

San Ecatepec de los obreros

Jorge Belarmino Fernández



Jorge Belarmino Fernández

El verdadero Conde de Montecristo

I

“Belarmino se movía en Xalostoc como Edmundo Dantés (parte II del Conde de Montecristo), rey del proyecto del barrio solidario del futuro...”¹

Así escribía Paco Ignacio Taibo II sobre mí circulando a mediados de los años 1970 entre el Puente Negro y San Cristóbal, en Ecatepec². En realidad lo que le llamaba la atención era la zona misma, su gente y lo que producía en quienes andábamos con ella.

Encontraba en Agustín, Simón, Nabor, Fidel, Irineo, el Jarocho, el Güitas, Juan, Salvador y los demás, algo que parecía no hallarse en quienes en otros lados del valle de México protagonizaban, o se involucraban, en el nuevo despertar de las luchas de los trabajadores y trabajadoras. Era algo a un mismo tiempo impulsivo y paciente, que igual producía luchas muy decididas, que una organización cuyo silencio auguraba un largo futuro.

En el fondo había un mundo obrero con menos de dos décadas de vida, compuesto casi en su totalidad por hombres y mujeres procedentes del

1 “Belarmino en Xalostoc” se llama el cuento, y está publicado en *El regreso de la verdadera araña*, de Editorial Planeta.

2 Municipio del estado de México que linda con el norte del Distrito Federal. Hoy es el más poblado del país. Se habla de tres millones de habitantes, pero hay quienes calculan bastantes más. En contraste con el resto de la zona metropolitana, en 2008 una parte de esta población seguía trabajando en la industria y quizás por ello el municipio es mucho más que una ciudad dormitorio.

San Ecatepec de los obreros

campo o de pequeñas poblaciones del interior de la república.

A una velocidad prodigiosa, ese mundo ocupaba llanos y montañas semidesérticos desde el principio de los tiempos, en los cuales las fábricas y las viviendas crecían profundamente interrelacionadas entre sí. Porque a diferencia de otros lugares, las familias solían vivir muy cerca de sus centros de trabajo.

Fábricas y viviendas, sólo eso existía en el municipio, fuera del pequeño espacio ocupado por los siete pueblos y villas de orígenes seculares o milenarios. Ni colonias de clase media ni comercios ni nada más había allí, donde la orgullosa, gigantesca ciudad que dominaba la vida de la República Mexicana se había acostumbrado a echar cuanto le molestaba.

Los gobiernos seguían cantando al *milagro mexicano*, que a partir de los 1940s había industrializado al país, alcanzando los municipios alrededor del Distrito Federal, donde la población crecía a un ritmo inusitado, ahora sobre todo en Ecatepec³.

A un lado y otro de la Vía Morelos⁴ se había instalado el reino de los empresarios y se expandía el de sus socios, el partido y los sindicatos oficiales.

3. Los datos del INEGI y las diversas correcciones que se le han hecho sobre la última parte del siglo XX, muestran que en 1970 la población de Ecatepec crecía ya a un ritmo superior al de Naucalpan, Tlalnepantla e incluso Nezahualcóyotl, y que lo haría todavía más a partir de la década siguiente.

4. Principal vía interior del municipio y antigua carretera a Pachuca.

Jorge Belarmino Fernández

Cada quien a su manera, unos y otros veían criaturas de corazones y mentes pobres en las familias que hacían posible que electrodomésticos, alimentos procesados, herramientas, toneladas de acero, salieran de allí a miles, sin dejar un centavo para garantizarles techo, urbanizar las colonias, levantar clínicas, aliviar un poco la vida con mercados y centros de recreo.

Y es que el milagro demandaba sacar cuanto se pudiera de aquella gente a la mayor brevedad, en plantas tan improvisadas como las condiciones lo permitieran, sin reparar en nada. No venía a cuento, por ejemplo y sin exageración alguna, el número de dedos, ojos, piernas, oídos, pulmones, espaldas, cuerpos enteros, perdidos en el camino.

Los hacedores de la desastrada modernidad nacional, no percibían que quienes abandonaban sus pueblos y rancherías, a veces desprendiéndose de cuanto había sido la razón de ser de sus antepasados, volvían a inventarse al llegar a Xalostoc, a Santa Clara Coatitla, a Tulpetlac, a las afueras de San Cristóbal. Y que al hacerlo reinventaban también el entorno, desarrollando formas de vida y visiones de sí mismos y de la sociedad que los rebelaban contra sus condiciones de vida, para dignificar su lugar social y plantearse la necesidad de cambiar el presente y el futuro.

Suena fácil decir esto y no lo era en lo absoluto. Cada lucha, por modestos logros que se propusiera, resultaba una imperdonable ofensa

San Ecatepec de los obreros

para los empleadores, para las mafias sindicales y el monolítico Estado que justo en esos momentos se empleaba en la *guerra sucia*. Despidos, quiebras fraudulentas, maniobras de la autoridad laboral, grupos de choque y fuerzas públicas, respondían al más tímido reclamo.

El libro que aquí comienza está hecho con la memoria de unos cuantos de quienes participaron en los movimientos de Ideal Standard, Laminadora Kreimerman, Gas Metropolitano, Trailmobile, Visa, General Electric, Alumex, Vidriera, Spicer, Kelvinator, y en los numerosos que no se veían desde la calle y eran también muy intensos.

Su obra pareció perderse en la nada cuando, entrada la década de 1980, se vino abajo el auge del sindicalismo democrático en el país. La insurrección electoral en torno a la figura de Cuauhtémoc Cárdenas, que en Ecatepec el régimen no pudo ocultar, demostraría lo contrario. La confirmación vendría en 2006, con un partido de izquierda capaz de hacerse del gobierno municipal, plagado de antiguos militantes obreros.

Taibo II no se habría equivocado, pues a mediados de los años 1970 a lo largo de la Vía Morelos andaba un colectivo Conde de Montecristo, con su “proyecto del barrio solidario del futuro”. A su nombre va con amor el libro.

Jorge Belarmino Fernández

II

Estas páginas no son una historia del movimiento obrero en Ecatepec, sino un acercamiento cálido al recuerdo, que se refiere a las luchas y a una variedad de asuntos. Está hecho de viñetas separadas entre sí. Unas son testimonio de los demás, otras las escribí yo y en el resto participamos todos⁵.

Las de los demás se asoman al interior de fábricas y colonias, y al de los propios personajes.

En las que me tocan hablo desde mí mismo o desde la veintena que componíamos un informal grupo involucrado en la organización obrera. A ratos trato así de mirarnos por dentro, usando mi historia personal.

Me tomo la libertad de cambiar e inventar algunos nombres, advirtiéndolo en cada caso con una nota al pie de la página, pues los hemos olvidado o lo piden los protagonistas.

Una disculpa a los movimientos y a los hombres y mujeres que tuvieron un lugar destacado y no aparecen, y un reconocimiento a los miles que no se citan por su nombre.

5. Son cinco los compañeros que dan su testimonio. A ellos se suman las entrevistas que los trabajadores de Alumex y Vidriera tuvieron con Luis Ángel González, el Solín, quien con ellas hizo el libro *Vidrieros*, publicado por *Información Obrera*, *Equipo Pueblo* y la sociedad anónima creada por los propios trabajadores en las dos fábricas, tras el éxito de su movimiento: Unión de Productores de Vidrio Plano del Estado de México. De la lucha de Spicer, por su frescura, reproduzco el folleto que ella misma produjo al terminar.

San Ecatepec de los obreros

Él

No importa por dónde vayan los momentos de este libro, nos acompaña el rostro de un muchacho en una fotografía. Tiene dieciocho años, su piel mulata parece de aceite, los cabellos se le ensortijan y los brillantes ojos negros sonríen.

Un mediodía en las afueras de la General Electric (1974) ⁶

Cuando dos horas antes un tembloroso funcionario entregó a la carrera el papel en el cual la Secretaría del Trabajo declaraba la inexistencia de la huelga, el mundo alrededor de las dos plantas pareció vaciarse, dejando a solas con los demonios al centenar y medio que hacíamos guardia en las puertas.

Ahora veíamos aparecer una mancha de gente acercándose desde el sur por en medio de la Vía Morelos, con palos, varillas y quién sabe si algo más todavía imprecisable, y la soledad se profundizaba.

Lo hacía para ese centenar y medio y para los cuando menos dos mil quinientos trabajadores y trabajadoras, de los tres mil quinientos de la General, que habían probado estar con el movimiento y a los cuales se había dado permiso para buscar trabajos momentáneos.

La mancha se acercaba y no era temor lo que producía, sino un acusarse de cuanto con la soledad

6. La General Electric quedaba en lo que se daba en llamar Cerro Gordo, hacia el borde norte del corredor industrial que atravesaba Ecatepec.

Jorge Belarmino Fernández

se había experimentado en esas dos últimas horas: coraje, impotencia, incertidumbre por el futuro. También en mí, que estaba allí no a la manera en que creía debía estar, como un enlace con los obreros organizados por su cuenta en Xalostoc⁷, sino asumiendo una cierta calidad de dirigente, en representación de los abogados Castillejos.

El dolor y la confusión se volvieron casi insoportables cuando la mancha humana nos alcanzó. Al frente, con un actuario enviado por la autoridad laboral, venía un tipo, que pronto se hará famoso en esta historia, junto con su guardia personal, presumiendo pistolas al cinto. Los seguidores, unos ciento cincuenta o doscientos, esperando la orden de apalear y patear a los huelguistas.

Pero si nadie les impedía abrir las puertas, según mandaban los papeles oficiales, el medio día sería muy aburrido para ellos. A menos de que encontraran un pretexto. Mi compañero y yo, que no éramos trabajadores, servíamos perfectamente para eso, y por primera vez en mucho tiempo dejé que el más viejo de mis conocidos me tentara: el miedo. Me odié por reconocerlo, mientras a un obrero le tenían sin cuidado las pistolas y los mazos y se les plantaba inventando que las llaves se habían perdido. Entre codazos otros se acercaron para apoyarlo, mi compañero se retiró

7. En los 1970s Xalostoc, al sur del municipio, lindando con el Distrito Federal, era una suerte de extensión de la zona fabril en torno a Eduardo Molina, y en ella daba comienzo el rosario de factorías. Formada por varias colonias, había pertenecido al pueblo y el ejido de San Pedro.

San Ecatepec de los obreros

prudentemente y yo me dije que no podía dejarlos así.

Antes debía hablar por teléfono y apuré el paso hasta el único aparato en kilómetros a la redonda, que la providencia había colocado a cincuenta metros. Entonces descubrí que los golpeadores no venían solos. Del lado contrario al cual habían utilizado para llegar, estaba lo que me pareció la reunión de toda la policía del estado de México: patrullas, *julias*, personal de la montada.

Llamé a Don Armando Castillejos para preguntarle si era posible que se presentara pronto una orden de reabrir las plantas, y si no había una alternativa legal para evitarlo siquiera unas horas. Las respuestas fueron las previsibles y di media vuelta.

Nunca antes ni después hice un paseo como aquél. Los del cerco me recibieron a empujones, preparados a divertirse conmigo; el famoso puso la mano sobre la culata de su arma y ante los que defendían la puerta aparecí como un cobarde:

—Denles la llave. Por ahora no hay nada que hacer.

—¿La llave? Se perdió —insistió campechanamente el que había iniciado el asunto, sin voltear a mirarme.

—Entonces dejen que abran como puedan —dije y rompí el momento de magia que la decisión de él y del puñado de hombres a su lado había creado y cuyo final no parecía importarles.

Jorge Belarmino Fernández

Alejándome me sentí una basura y los de los palos echaron a correr detrás de mí y de mi compañero, con el grito esperado:

—¡Agitadores!

12 de agosto de 1967

Chillidos que rasgaban o juntaban metal; soplos de fuego cuya fuerza parecía salida de un cuento; muescas y cadenas chocando en su carrera sin pausa.

Carlos López Ortega podía precisar de dónde venía cada sonido, pero no quería, y se hundía en el mar de ellos y en su eco al rebotar contra los muros que se alzaban treinta metros por el galerón enorme, mientras le bajaba a la fuente de calor. Y no era porque la caldera urgía su atención, se esforzaba en no darle tregua y amenazaba con achicharrarlo.

Hacía mucho había aprendido que las máquinas tenían mucho de tiranas y mucho de niñas mimadas, y jugaba con sus ritmos, sin temerles, de modo de darse tiempo para intercambiar noticias y chanzas, recordar esto y aquello, hacer cálculos para mañana y después de mañana. Todo, orgulloso del hombre en el cual se había construido durante sus 46 años de vida, en buena parte gracias a lo aprendido del padre, de la madre, de los abuelos, que estaban ahí, a su lado, más a lo cierto que si colgara sus retratos, como en las ciudades de Puebla y Veracruz donde crecieron.

San Ecatepec de los obreros

A lo lejos, la Sierra de Guadalupe no tenía modo de verlo⁸. Lo que contemplaba era la fábrica con sus tres plantas echando humo, perdida sobre las salmueras de un inmenso llano. Al pie de ella encontró un camino que andaba hacia el poniente; a los hijos de Carlos y de su hermano Juan corriendo al borde entre los matorrales, con dos veintenas de niños y niñas cuyas travesuras animaba el Dios del Viento, que soplaba desde el cerro más allá, donde cobijaba a la villa de San Cristóbal⁹.

Los ojos de la sierra se tendían no sólo hacia ese valle. Se desparraman por lo que había sido la vasta cuenca del Anáhuac, en cuyo centro crecía la ciudad que amenazaba desbordarla desde el sur. Pasando rápido por su memoria de atrás hacia delante, sin empezar demasiado lejos según su tiempo, a las montañas les tomó un suspiro ver cómo el lío de lagos que era ese Anáhuac, fue estrechándose hasta desaparecer, igual que si una criatura monumental aspirara el agua.

De allí, de la desecación de los lagos durante cuatrocientos años, venían las tierras salitrosas que rodeaban las tres plantas de la fábrica donde Carlos

8. La Sierra de Guadalupe, de la cual forma parte el cerro del Tepeyac, donde la virgen se reveló por primera vez a Juan Diego, bordea por el norte el valle de México y, a sus pies, hacia uno de sus costados, se extiende el valle de Ecatepec.

9 La población tiene orígenes milenarios, como uno de los asentamientos producidos por las migraciones venidas del norte de México para establecerse en el Anáhuac, siglos antes de la Conquista. Fue también punto importante en las rutas comerciales entre las culturas asentadas en aquél y las regiones septentrionales. A partir de la colonia se convirtió en paso insustituible del tramo final de la carretera Veracruz, Puebla-México.

Jorge Belarmino Fernández

López seguía entre enamorando a la caldera y peleando con ella. Y también las magras del extremo contrario, el más cercano a la sierra, en las cuales sólo de trecho en trecho crecía otra cosa que hierbajos y árboles flacos.

Por ese lado se abría una herida gris sobre la que corrían chirriando animalitos de hierro con gente y materiales dentro. Sorteando sus pies, también en el vacío, la Guadalupe distinguió otras dos factorías, esta vez enanas. En la segunda, Nabor, el michoacano de la colorida bolsita de mercado en la que llevaba su alimento, después de ocho meses de barrendero y cargador el jefe lo ponía frente a un torno:

—A ver, dale —lo retó el tipo, sin saber que él se había pasado horas aprendiéndole al aparato.

Continuando la carretera que corría hacia el pueblo de San Pedro Xalostoc, Don Melquíades, nativo del lugar, miraba las fábricas extendidas donde el llano se establecía, preguntándose qué haría al jubilarse.

Abajo, a un par de kilómetros desiertos, el padre de Agustín Olvera pedía a su mujer, ambos nacidos en las montañas de Hidalgo, le alcanzara más de los ladrillos que levantaban el segundo cuarto de la casa, donde los dos hijos varones dejarían de dormir en la misma cama y la niña tendría un rinconcito aparte. Y a espaldas de ellos, una cuadra atrás, María, venida de la sierra sur de Puebla, tendía la ropa en el patio velando con el rabillo del ojo a Eleazar, la más pequeña de sus criaturas, y pensaba

San Ecatepec de los obreros

en las demás sin que podamos decir bien a bien cómo, pues las ideas en ella andaban en una lengua de la cual sólo reconoceríamos palabras sueltas.

Cruzando en derechura había un segundo camino asfaltado, que se cortaba en dos ensanchándose para seguir las vías del ferrocarril, y a unos cientos de metros de donde circulaba un canal de pestilencias, una empacadora señalaba el comienzo de un fraccionamiento industrial. Al acabar, la calle se hacía lodo, y en la que le seguía a la izquierda, en el par de cajoncitos con piso de tierra a los cuales se reducía su casa, Inés soltaba sin pena su lengua alvaradeña, al darse cuenta de que Mario el Jarocho, su esposo, había olvidado llevarse la comida, y le pedía al hijo mayor que se la acercará a la planta, a tres cuadras.

Veinte metros adelante, Gloria servía un plato de frijoles y un cerro de tortillas a Fidel, su señor, que no volteaba a mirarla pensando en la lista negra de los patrones, en la cual le habían dicho estaba por ser uno de los rojillos despedidos de una fábrica. Allí dentro de poco le harían lugar a Guadalupe el Güitas, un paisano de por los rumbos de Ojo Caliente, Zacatecas, que en ese momento en su pueblo, mientras apuntaba con el rifle a un conejo para, igual que siempre, dar en el blanco, le decía a un amigo que no lo acompañaría a los Estados Unidos, según habían quedado.

Muy cerca un baldío esperaba la llegada de Manuel, sus padres y hermanos, en la marcha iniciada en Chacaltianguis, Veracruz, que ahora tenía al joven trabajando en un taller del Distrito Federal.

Jorge Belarmino Fernández

De regreso a la carretera con las vías en medio, y nuevamente en dirección al norte, las montañas de la Guadalupe advertían una hilera de fábricas que chillaban y desprendían olores insufribles para los extraños. Al terminar una de ellas, hacia adentro, pronto se instalaría Simón el Grillo, que en esos días era un niño peleando con su burro en la ranchería de la planicie queretana que trabajaba a lo mediero las tierras de un amo.

Más allá, al costado de donde la línea de plantas anunciaba agotarse, un muchacho de nombre Leopoldo subía una loma no hacía mucho asaltada por casitas, pensando en su primera infancia, pasada en los bosques próximos a Uruapan, Michoacán. Iba tiznado por la tierra de donde sacaba los fierros de desperdicio que vendía para sostener a la familia, mientras se cumplía el año que le tomaba al padre sanar de un accidente de trabajo.

A un paso, en las afueras de Santa Clara Coatitla, que era otra de las viejas poblaciones del municipio, no tardaría en arrimarse la familia de Cristina, que aún vivía en las afueras de Salvatierra, Guanajuato. Regados estaban los hogares de Juan, Rosalío, Francisco, Gilberto, cuyas vidas habían comenzado también lejos, y que a un costado a la distancia ponían los cimientos de dos vidrieras.

Algunos de estos hombres y mujeres no se conocerían jamás, aunque el destino los uniera.

—El destino, ¿quién lo hace? —pensó la Sierra y no se atrevió a contestar.

San Ecatepec de los obreros

Era sabia, pero ni siquiera ella podía decir con certeza qué sucedía en los seres que estaban allí, y menos, claro, en los que no habían llegado todavía y que bien podrían no llegar. La vida de ellos se decidía día con día, dentro de cada uno, a su alrededor y tan lejos como pueda imaginarse —en una guerra en Medio Oriente o el sur de Asia; en un laboratorio de Los Ángeles o Tokio, en la bolsa de valores de Londres o Nueva York.

—¿Cuántos más vendrán? —se preguntó la Guadalupe, incapaz de prever lo que sucedería, a pesar de haber presenciado la manera en que la capital de la República se esparció como una peste.

Los ciento cincuenta mil seres humanos que poblaban la planicie de Ecatepec no eran cualquier cosa, comprendían las montañas que hasta hacía un segundo de su tiempo rápido, hallaban allí menos de una décima parte de esa cantidad. Pero resultaban insignificantes comparados con los diez millones reunidos del otro lado.

De hecho, acostumbrada a atestiguar el ajetreo del Distrito Federal, la sierra encontraba el llano donde Nabor, Agustín, María, el Jarocho y los demás hacían la vida, un mundo opaco, triste, fuera de los siete dispersos pueblos.

De precursores

A fines de los sesenta Paco Taibo (PIT) II y una compañera suya de la Liga Comunista Espartaco¹⁰,

10. La liga era una importante escisión del Partido Comunista, dirigida

Jorge Belarmino Fernández

dieron clases de educación básica a trabajadores de la Laminadora Kreimerman. Paco no supo cómo fue a parar allí.

Fidel¹¹ no se enteró de las clases, debido a que quizás no estaba en la fábrica todavía. Aunque pasado el tiempo podía comprender que las hubiera. Eran producto de la preocupación de unos cuatro mil obreros y de los abogados Castillejos y Fernández del Real, tras la experiencia de los sindicatos independientes creados en la propia Kreimerman y en Ideal Standard.

Fidel llegó a ellos en un proceso que parecería simple accidente y no lo era del todo, como parte de una historia personal y colectiva iniciada en El Refugio, Zacatecas, cuando él cumplió veinte años de edad.

El padre tenía cuatrocientas cabras, pero había que cuidarlas, a nuestro compañero no le gustaba y se fue de mojado. Anduvo en la pizca en Texas, al terminar trató de avanzar con otros hacia el norte, un coyote los abandonó a la migra, y él fue a dar a Monterrey, Nuevo León, donde entró a una maestranza en que corrugaban varilla. Desde ahí, a los nueve meses le escribió por primera vez a su padre, pidiéndole ayuda, y le contestaron como correspondía: “Te vienes por ti, cabrón”.

por José Revueltas tras 1959, que se deslindaba de una buena vez del estalinismo y procedía a una revisión a fondo de la hegemonía soviética y de las directrices de la Internacional Comunista.

11. El nombre completo de nuestro compañero es Fidel Campero

San Ecatepec de los obreros

Muy respetuoso, regresó al pueblo, para a menos de dos semanas marcharse a la ciudad de Arkansas. Ya no había nada qué hacer con él, y cuando se acabó la chamba volvió sólo para esperar una tercera y luego una cuarta ocasión. En la última, en 1960, fue a un pueblito de Texas que estaba en la frontera. Un par de años estuvo, hasta que llegaron los “gusanos” que escapaban de la revolución cubana.

—A nosotros nos pagaban diario ocho dólares y fracción y los cubanos se ofrecieron a cobrar cuarenta centavos la hora. Nos corrieron.

Echó marcha atrás a El Refugio. Ahora el papá tenía bajo su responsabilidad a familias de sobrinos y sobrinas, Fidel no quiso ser una carga y se puso de vuelta al camino. Que esta vez lo hiciera en dirección contraria a la acostumbrada y hacia Ecatepec, no resultaba casual: varios del municipio se habían instalado en las colonias que crecían en Xalostoc.

No es seguro, pero su primer trabajo posiblemente se lo indicó un paisano. Fue en la Mexalit de Santa Clara, donde hacían tubos de asbesto, supliendo a un obrero durante las vacaciones. Al terminar el plazo le dijeron adiós y se puso a seguir la vía del tren hacia San Cristóbal. Llegó a las bodegas de lo que en aquel tiempo se llamaba Sanitarios El Águila, cuyo nombre cambiaría luego al de Ideal Standard. Uno de los viejos que estaban ahí le preguntó:

Jorge Belarmino Fernández

—¿Quieres trabajar?

—Nomás díganme en qué.

No era trabajo dentro de la fábrica, sino fuera, descargando furgones del ferrocarril con materiales para los sanitarios: tanques, tapas, jaboneras, azulejos, medialetas. Les pagaban el carro a 120 pesos, eran cuatro trabajadores, de modo que tocaban a treinta pesos, y a veces hacían dos carros por día, cuando el salario mínimo andaba en 21.50 pesos.

Transcurrió un año y pidió chamba en el interior al jefe de personal. Le dieron un contrato de veintiocho días de barrendero y no se hallaba, porque a lo que estaba impuesto era a las friegas en los carros. Estos llevaban cuarenta toneladas y ellos los descargaban en tres horas. Además adentro el mínimo no le rendía, y se lo dijo al jefe.

—Pues sólo que te demos sábados y domingos, con tiempo extra —le contestó el hombre.

Había semanas en que ganaba mil pesos, que era un dineral. Y como vieron que tenía ambiciones, lo colocaron de ayudante para esmaltear color para las tazas, los tanques, etcétera. Aprendió la fórmula y se quedó como jefe de los molinos de esmalte a color.

Había empezado una nueva vida, pues, pero por seis años no se dio cuenta bien a bien del particular rumbo al que lo conducía el estar justo en ese lugar y tener a los amigos que tenía. Entonces apareció un sindicato cetemista, echó fuera al asesorado por los Castillejos y Fernández del Real, y Fidel y el resto

San Ecatepec de los obreros

de los trabajadores con poca antigüedad tardaron en darse cuenta del real significado de aquello.

Cuando lo hicieron fue que apareció en él el espíritu que lo conduciría por los próximos cuarenta años. Se dedicó a hacer labor de hormiga, para cambiar al comité ejecutivo charro; lo descubrieron y corrieron, “porque es usted un rojillo”, y empezó un nuevo peregrinar, al boletinarlo en otras fábricas. Hasta que sus paisanos se lo llevaron a la laminadora Kreimerman, donde trabajaban y se mantenía el sindicato independiente.

PIT II y su amiga habían llegado, pues, a la Laminadora no por acto de mera voluntad, sino seguramente gracias a una invitación de Adelita Salazar, la compañera de despacho y esposa de Castillejos, quien había ido a parar a la cárcel durante el movimiento estudiantil de 1968.

Cosas muy importantes sucedieron de ese momento a los últimos meses de 1972, en que los trabajadores de la laminadora y otros abrieron las puertas a los nuevos extraños que éramos nosotros. Algunos habíamos compartido un hermoso, duro año de luchas obreras a lo largo del país.

El año de buscar la luz

El crecimiento de la industria y de la población en Ecatepec, había coincidido con la transformación del mundo laboral en el país.

Cuando hacia 1959 en el municipio las plantas y la gente empezaban en verdad a reproducirse,

Jorge Belarmino Fernández

se consolidaba la nueva clase obrera que venía apareciendo con el gran desarrollo industrial, iniciado casi veinte años antes. Era una clase obrera que ahora tendía a concentrarse en las empresas de capital privado, procedente sobre todo de las zonas rurales o semirurales.

Ante ella el sindicalismo *oficial*, corporativo, controlado, *charro*, iniciaba su “década de oro”¹², tras la represión en aquel año a las corrientes democráticas representadas en el movimiento ferrocarrilero, magisterial, petrolero, electricista, postal.

A finales de 1971, en el momento en que en el municipio en la Kreimerman, con una nueva razón social, se reiniciaba el intento de crear un sindicato independiente, y la imitaban Talleres Ochoa, Vaciados Industriales, Gas Metropolitano y Trailmobile de México, la República vivía un renacimiento de las luchas de los trabajadores y las trabajadoras.

El suceso mayor era la aparición de la Insurgencia Obrera, que nacía en noviembre a iniciativa de Demetrio Vallejo, Rafael Galván y sus colaboradores¹³. El primero, símbolo de las batallas de 1958-1959, liberado después de once años de prisión, procuraba el rescate del gremio ferroviario. El segundo dirigía uno de los dos sindicatos de la Comisión Federal de Electricidad, defendiendo su

12. La cita viene del libro *El principio*, de Francisco Pérez Arce, que es el Paco Ceja al cual se refieren estas páginas. Está editado por Editorial Ítaca.

13. La principal fuente de información es el periódico *La causa del pueblo*, en el que colaboraba nuestra Cooperativa de Cine Marginal.

San Ecatepec de los obreros

autonomía y sus prácticas democráticas contra la sistemática ofensiva del otro: el SNTF de la CTM, origen del que tres años después ordenaría romper la huelga en General Electric.

En torno a ellos y a lo largo de 1972, en multitud de puntos se expresaron y tomaron fuerza movimientos de fábrica o centro de trabajo y de carácter regional y nacional. Nada semejante se había visto desde aquellos últimos años 1950, esta vez abarcando a una voluminosa industria privada. A su lado daba principio una reactivación de los históricos reclamos campesinos y se formaban los fermentos del movimiento urbano popular.

La Insurgencia Obrera convocó a cinco jornadas de manifestaciones simultáneas, que alcanzaron hasta medio centenar de ciudades, sin incluir al Distrito Federal. En la más exitosa reunió a 16 mil personas en Puebla, 13 mil en Tampico, diez mil en León, tres mil en el puerto de Veracruz, Monterrey y Chihuahua, más de mil en Celaya, Aguascalientes, Acapulco, Colima...

A ellas se sumaron otras locales o regionales del STERM de Galván, la toma de unas 17 secciones de su sindicato por el Movimiento Sindical Ferrocarrilero de Vallejo, y en algunas ciudades la formación de frentes en los cuales la Insurgencia participaba.

La agitación no se reducía a lo impulsado o amparado por el movimiento principal. En Cuernavaca los trabajadores y trabajadoras de

Jorge Belarmino Fernández

grandes y medianas fábricas (Textiles Morelos, Nissan, Rivetex, Textiles los Gallos, Mosaicos Bizantinos, Nobelis Lees, Electro Cap, Artemex), se liberaron de los charros saliendo o no de las centrales de estos, y en varios casos lograron notables éxitos en las revisiones del contrato colectivo, usando la huelga, los paros “locos” solidarios y las demostraciones conjuntas.

En Monterrey las mil 500 obreras de Medalla de Oro protagonizaban una lucha que resonaba en el país, por sus duros choques contra la mafia sindical y la policía y por la marcha que, venciendo obstáculo tras obstáculo, llegó a la Ciudad de México y de inmediato fue detenida y vuelta a casa por las fuerzas del orden, para continuar.

El Frente Auténtico del Trabajo, determinante en los avances de Cuernavaca y que desarrollaba una estrategia de formación de sindicatos nacionales independientes, por rama de producción, en el Bajío alentaba con éxito la revuelta en pequeñas y medianas fábricas, empleando imaginativos recursos.

El Movimiento Revolucionario del Magisterio, de larga historia, en varios puntos abría de regreso las puertas del gremio a la oposición, chocando de manera frontal contra la dirigencia cetemista y el Estado. La Liga de Soldadores preparaba combates de una excepcional radicalidad en las plantas de PEMEX que ayudaba a construir, y en diversas secciones de la agrupación petrolera el descontento se organizó. En Yucatán se sentaban las bases del Frente Sindical, uno

San Ecatepec de los obreros

de los proyectos que a partir de 1973 se confrontaría más directamente con los empresarios y la autoridad.

El experimentado Sindicato de Panaderos se reactivó, las disidencias autonómicas en Correos y Telégrafos trataron de recobrar las posiciones perdidas, y en Teléfonos de México aparecieron los primeros síntomas de descontento en mucho tiempo. Los trabajadores de la industria nuclear y los empleados y empleadas bancarios constituyeron sindicatos nacionales, y volviendo de cabeza la estructura vertical de la Universidad, surgió el STEUNAM para servir de ejemplo a otras instituciones de educación superior, que en diciembre hicieron paros en Oaxaca, Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Sinaloa, Monterrey, Zacatecas, Guerrero.

La Unidad Obrera Independiente, fundada por un abogado laboral, alentaba la implantación de sus propios sindicatos en las industrias automotriz, textil y hulera (Volkswagen y Goodrich Euzkadi, entre otras empresas en esos momentos), y la huelga triunfante de los mil trabajadores del Ánfora en la Ciudad de México, se convirtió en el más conocido logro en la asesoría de los Castillejos y Fernández del Real. El Frente Sindical Independiente, al que daba vida el Partido Comunista Mexicano, se sumó al esfuerzo.

Teniendo nexos o no con esta serie de fuerzas, por la geografía nacional una buena cantidad de asalariados se revolvieron contra las condiciones en las cuales trabajan, topando de inmediato con la hostilidad de sus sindicatos corporativos: en Fundidora

Jorge Belarmino Fernández

de Monterrey, Termoeléctrica del Valle de México, Diesel Nacional, Mechas de Dinamita de Durango, Celanese Mexicana de Zacapu, Coca Cola de Celaya, Pepsi Cola y departamento municipal de Aguas de Chihuahua; en la sección de Limpia del municipio de Torreón, Vekel de Aguascalientes, las tres plantas de Berkel de México, los transportes urbanos de Tijuana y farmacias de Tampico; en Olivetti, CIMA, Hilos Cadena, Aceros Esmaltados, Singer Mexicana, H. Steel, talleres de la Buick, líneas de autobuses Insurgentes-Bellas Artes y Santiago Algarín-Potrero, Panadería México, FANAL, FANTA, Tintorería Francesa, Radio Aereonaútica Mexicana, Berkton Dickinson, el grueso de éstas en la capital de la República.

Hubo despidos, huelgas siguiendo los cauces legales y de hecho, mítines y manifestaciones, choques con los grupos de seguridad patronales y sindicales, con la policía y, ocasionalmente, con el ejército. Se conquistaron o perdieron sindicatos independientes y secciones liberadas del aparato corporativo.

En septiembre el STERM de Galván se sintió obligado a la unificación con el SNEF, para plantearse la lucha interna formando la Tendencia Democrática en el único sindicato nacional electricista que de ese modo quedaba: SUTERM. La Tendencia seguiría sirviendo de referencia en distintos lugares del país, pero los vallejistas continuaron a solas su áspero enfrentamiento, y desapareció el paraguas nacional que protegía a otros.

San Ecatepec de los obreros

Aún así las centrales oficialistas, que conservaban el control de la absoluta mayoría de las fuentes de trabajo, por primera vez en trece años aparecieron, sin rastro de duda¹⁴, a la defensiva; sus balandronadas de convocar a demostraciones multitudinarias quedaron en nada, y sus actos ceremoniales del primero de mayo aquí y allá fueron perturbados por la oposición.

Se forjaba de ese modo un laboratorio de la emergencia de los asalariados urbanos, que descubría o redescubría una enorme variedad de formas de acción, y se subvertía la vida cotidiana, personal, colectiva, pública. En ese sentido ni siquiera los movimientos de 1958-59 se le comparaban.

Y es que una buena cantidad de quienes se rebelaban ahora, descubrían por primera vez su lugar en la sociedad y la alternativa de un futuro distinto: las mujeres, las que no tenían antecedentes en el trabajo fabril y quienes se empleaban en instituciones históricamente cerradas a la sindicalización.

En meses, decenas de miles de trabajadoras y trabajadores habían experimentado una revolución interna. El mejor ejemplo eran las obreras de Medalla de Oro, de los textiles de Cuernavaca y de la confección de Irapuato. Desde antes de la Revolución sus predecesoras habían sido tan atrevidas como ellas frente al poder. Ahora, sin decirlo, ellas se convertían a la vez en la real vanguardia del feminismo mexicano.

14. La afirmación viene del trabajo de Francisco Pérez Arce que se ha citado.

Jorge Belarmino Fernández

El tiempo dedicado a defender sus derechos y su beligerante presencia en las calles, las confrontaba con sus esposos, padres, hermanos y, a ratos, con sus compañeros de trabajo. No pocas terminarían convirtiéndose en madres solteras, dispuestas a experimentar la libertad en todos los ámbitos.

¿Cuánto de eso recogían la Kreimerman y el resto de las pocas luchas que en la época estaban en proceso en Ecatepec, casi todas en la Industrial Xalostoc y relacionadas por medio del despacho de los Castillejos y Fernández del Real?

¿Cuánto en un México enorme, en vertiginoso crecimiento demográfico y continuo cambio social, donde los medios de comunicación se habían convertido en un imperio experto en transfigurar la realidad, y en el cual las familias trabajadoras recibían con cierta confianza sólo las noticias que circulaban entre ellas, recelando por el instinto de encerrarse en sí mismas?

El evangelio según Don Carlos

A principios de los años setenta casi la totalidad de nuestros personajes estaba por construir sus casas y crecerlas con lugares para las familias de los hijos. No lo habían hecho porque no tenían un terreno o apenas habían levantado un par de piezas o simplemente eran demasiado jóvenes para preocuparse por eso.

Cuando lo hicieran, estarían siguiendo los pasos de Carlos López y de su hermano Juan. ¿Serían concientes de ello y de cierta manera los imitarían,

San Ecatepec de los obreros

o sólo responderían al sentido común de la nueva generación de trabajadores, que a su arribo a las ciudades buscaban las raíces perdidas, y querían tener un techo seguro para ellos y para quienes los siguieran, que sirviera de faro y cobijo?

Como sea, en sí mismo y en lo que le legaron sus padres, Carlos López llevaba sesenta años desarrollando una forma de vivir y de ver al mundo, que los demás apenas empezaban a crear. Para él, desde sus primeros recuerdos el meollo de todo estaba en el conocimiento de las máquinas, en la lucha por la dignidad personal y en el trabajo que lo hermanaba con otros.

Mientras su historia sucedía, el papá, Don Ramón, fue encontrando una manera de entenderla y transmitirla a los hijos, y Don Carlos hizo luego otro tanto. De ese modo entre los dos crearon una especie de manual del buen obrero. Con él llegó nuestro amigo en 1947 a la fábrica perdida entre las salmueras del antiguo lago: Sosa Texcoco.

En el primer capítulo, este manual encuentra a los abuelitos de Don Carlos, que nacieron cerca de la ciudad de Puebla, ya viejos, asentados en Córdoba, Veracruz, en casa del esposo de una de sus hijas, al que ayudaban en la tienda de su propiedad. Murió el abuelo y ni la abuela ni el papá de Don Carlos estaban dispuestos a seguir de arrimados.

El tío había escogido el camino de aprovecharse de cuantos pudiera, y si bien declaraba a la familia que todo era de todos, no le daba un quinto a nadie.

Jorge Belarmino Fernández

Entonces el papá de Carlos se fue de aprendiz con un herrero italiano, y la abuela resolvió regresar a Puebla.

Antes ella le dio la primera gran lección al hijo, que tenía catorce o quince años:

—Te voy a entregar tu libertad.

Eran momentos en los que en los arrabales de las ciudades y los pueblos grandes, muy parecidos a chiqueros, muchos,—como Chucho el Roto, Barrabás y otros a quienes Ramón conocería trabajando en los astilleros de San Juan Ulúa—, se daban a la mala vida con sangre de por medio, al lado de miles de mujeres que se volvían prostitutas y de mendigos echándose a la calle en plaga.

Doña Macedonia llevó a su muchacho a una esquina y, mostrándole las dos calles, le dijo:

—Si te portas bien estarás bien con la sociedad. Si no, vas a ir a parar a la cárcel.

Pasaron varias cosas y Ramón se halló en el tren al puerto de Veracruz. Uno de sus hermanos prometió acompañarlo, pero al final prefirió un segundo camino que había en la época y que seguiría habiendo después: el de agachar la cabeza para conservar la tranquilidad, quedando al amparo de la tienda y la casa del tío, de donde nunca saldría, para llevar una triste, oscura vida.

El padre del futuro obrero de la Sosa tomó un tercer camino, al que lo había alentado su madre, y fue a dar a los astilleros aquéllos de San Juan de Ulúa. Fue a dar allí siguiendo el instinto del aprendiz de herrero

San Ecatepec de los obreros

que era. No se usaba todavía la soldadura y los hierros se pegaban con puros remaches. Alguien preguntó:

—¿Qué, no hay un pailero por ahí?

Y Ramón levantó la mano, aunque sabía muy poco de eso. Con las máquinas, había aprendido, todo es cosa de decidirse y no temer a los peligros, y ayudado por dos presos que entendían de la cuestión, echó los remaches y se le hicieron bolas.

Uno de los presos quería comérselo vivo, y él lo contuvo diciéndole lo que millones de obreros y obreras dirían luego:

—Enséñame bien.

Así fue y el muchacho hizo algo que también sería común en los trabajadores y trabajadoras de la industria: se puso a trabajar las horas que fueran, para dominar el oficio.

El día de raya le colocaron un montón de pesos delante, y él tardó en agarrarlos, pues le parecían muchos. A los tres, cuatro meses, a la manera de los hombres de su tipo en todas partes del mundo, lo primero que hizo fue vestirse bien, sin que le faltara un reloj de cadena, signo de holgura.

Su siguiente paso fue el de cualquiera que valorara su orgullo: regresó a Córdoba a visitar a la familia. Y obtuvo la enorme satisfacción esperada. En el zaguán apareció una de sus tías y le preguntó:

—¿Qué se le ofrece, señor?

—¿Qué, no me conoces? —contestó él estirando su figura hasta el cielo.

Jorge Belarmino Fernández

Después vinieron los que para un trabajador de la industria fueron los extraños tiempos de la Revolución. Los variados campos mexicanos encontraron en ella oportunidades de redención. O unos de ellos, para ser precisos, en tanto otros no eran alcanzados. Salían de las más profundas sombras y se convertían en los mejores agentes del movimiento armado, que en las regiones zapatistas reconectaban con una lucha de siglos por defender sus derechos. Los obreros y obreras no. No hallaron su puesto.

Lo que le quedaba a Ramón era continuar desarrollando el espíritu de la clase que tardaba en madurar. Se hizo del gremio ferrocarrilero en una casa de máquinas y se cambió a Paso del Macho. Un día llegó un general con su tren cargado de federales, y a la locomotora venía saliéndosele la tubería.

—¿A ver, quién es el macho pailero aquí?
—gritó. Era un bruto, como todos los de su especie, y quería que le arreglaran la máquina sin enfriarse, para continuar la campaña. El papá de Don Carlos le dijo que así no se hacían las cosas, y lo agarraron preso. Entonces vio venir a tres mecánicos y, sabiendo lo que sabía de las calderas, que para él se habían convertido en las ariscas comadres a las cuales debía tratarse con inteligencia, les advirtió:

—Tengan cuidado.

—No venimos a que nos enseñes —le contestaron, y se pusieron unos costales mojados y se metieron por el registro, en el que nada más cabía un hombre. Como fuera le pegaron el tapón a la

San Ecatepec de los obreros

caldera. Ésta respingó soltando toda su presión. Los tres hombres querían salir y ninguno pudo: estaban cocidos.

Entonces Ramón demostró el insustituible lugar que se había ganado en el moderno mundo cuya vía el país empezaba a transitar. Arregló los tubos con un expansor, puso otro tapón y llenó de vuelta con agua la caldera, tan eficientemente como un médico o un ingeniero en sus asuntos.

Luego continuó su travesía y fue a dar a Atlixco, Puebla, a manejar unas calderas de leña. Los sindicatos se extendían por la República, el gobierno expidió la primera ley laboral, él se hizo secretario de trabajo de uno de oficios varios y agremió a unos albañiles. Al poco estos se le acercaron malencarados:

—¿Ya ves? Por sindicalizarnos nos quitó el trabajo el patrón. A ver cómo le haces para arreglarlo. Si no —remataron, probando una rústica forma de poder obrero—te matamos.

El ya Don Ramón, porque se había casado y tenía hijos, fue a la oficina del patrón y le dijo:

—Señor Peralta, está usted robando a sus trabajadores. Tiene usted una librería y no ha leído la Ley Federal del Trabajo.

—A ver, pasé usted —respondió el otro.

—¿Cuánto quiere para arreglar el problema?

—No, yo lo que quiero es que se le arregle el problema a los albañiles. Y si no nos arreglamos vamos a ir a Conciliación y Arbitraje, a acusarlo de que usted les está robando.

Jorge Belarmino Fernández

—No, ¿por qué?

—Porque la ley dice que el sueldo mínimo es \$1.37, y usted les da cincuenta centavos, y a los maestros les paga \$1.50 y debiera darles el doble.

—Ah, no, pues vamos a arreglarlo —dijo el empresario.

—Pues salga usted orita e infórmele a los albañiles.

Así fue, y en lugar de que los de la construcción mataran a su líder, lo invitaron a brindar en la pulquería.

La familia volvió a echarse a andar, hacia otra fábrica cerca de Atlixco, donde el hombre se ocupó de una caldera que funcionaba con chapopote. Era cosa de calentar bien la pasta, a 250 grados, para que se hiciera casi agua y el quemador se prendiera como un mechón. Luego el secreto estaba en nivelarle bien el aire.

La esposa era joven y bonita y unos de la factoría querían quitársela. Andaba bien greñado él, según la moda, y un día llegó a prender su caldera y encontraron el pretexto para cargarle sus envidias:

—Está usted castigado por venir con mucho pelo.

—¿Por qué se van a meter en mi vida privada?
—rechistó, afirmando el orgullo por el cual estaba dispuesto a pagar lo que se necesitara. —Si quiero andar con trenzas, es mi gusto. Ahí está su trabajo.

Y de vuelta todos a un camión, esta vez a la ciudad de Puebla. Carlos esperaba trabajar de lo que

San Ecatepec de los obreros

les había enseñado el papá, cuando le llevaban los tacos y los introducía en los misterios de la caldera —el cristal, el manómetro...—, pero no hubo modo y entró con él a una planta textil, ambos de aprendices de tejedores. De todas formas para el muchacho era un gran gusto entregarle semanalmente el dinero a la mamá. Ella le daba su domingo, para ir al cine.

El orgullo del padre no paró de mudarlos de ciudad. Tanto, que a Carlos no le importó que en uno de los cambios a Don Ramón lo metieran de barrendero, pues les dieron una casa en un lote con muchas frutas y un pozo. Era la oportunidad de quedarse quietos. Pero algo sucedió y volvieron a rodar de un lado para otro, hasta el Distrito Federal.

Quizás por eso cuando se dio la ocasión de entrar a las plantas de la Sosa, para de una buena vez quedarse fijo a la tierra, nuestro amigo estuvo dispuesto a cuanto fuera, excepto una cosa: renunciar a los principios aprendidos de su progenitor.

Para 1973 él no era, pues, como el resto de los personajes de estas páginas, que llevaban poco tiempo en las ciudades y en la industria y que acababan de instalarse en Ecatepec. Representaba al obrero que seguía los pasos de su padre, desde cuando el país se veía diferente y hombres de su clase reclamaban un sitio visible en la sociedad, a veces oídos por sus gobernantes, que en un caso hasta decía encontrar en ellos la promesa de futuro del país.

Jorge Belarmino Fernández

Y así, sin embargo, él, su esposa y sus muchos se emparentaban con la absoluta mayoría de los doscientos cincuenta o trescientos mil habitantes con que en ese momento contaba el municipio, concentrados en torno a las fábricas. Quienes llegaban repetían la experiencia de Don Carlos y la de su familia, transformándola a su manera.

Los hornos, los tanques y un distinto aprendizaje

En 2008 hice lo que el tiempo me permitió, para hallar al mayor número posible de los viejos compañeros. Los meses se agotaban, hallaba a muy pocos, pero no me preocupé. La suerte me había permitido encontrar muy pronto a Manuel, a quien apenas conocí en los años 1970, pues me estaba marchando cuando él se acomodaba en Trailmobile como Dios manda.

Seguía viviendo en la ampliación de San José Xalostoc y le pregunté si el Jarocho y Fidel todavía eran sus vecinos. Contestó que sí y que la forma más fácil de verlos era ir un domingo al camellón de Pugibet, donde los de su época se reunían a jugar dominó. El Jarocho no apareció, pero sí Fidel.

El zacatecano había sido una de las mejores representaciones del cómo y el por qué de la inquietud en Ecatepec, antes de la Insurgencia Obrera.

El sindicato independiente que encontró en la Kreimerman, había detenido los peores excesos de la laminadora en el trato a los trabajadores. No más que eso. En las clases de los domingos, Paco Taibo se había

San Ecatepec de los obreros

asombrado por las burdas alteraciones en las sumas y restas de los sobres de raya, y las condiciones laborales eran terribles.

Habla Fidel:

En el fierro vaciado, si de suerte alguna chispa del caldo caía en el suelo, era una explosión, y la gota que te llegaba a pegar era como una bala, te atravesaba.

El desbaste era de lingotes de fierro de cincuenta kilos. Venían del horno por un canalito y uno los agarraba con unas tenazas, que podían pesar hasta veinticinco kilos, y los acomodaba para que entraran al molino. Del otro lado estaba esperando otro trabajador, que le daba una vuelta, para que se fuera haciendo más delgado. Y salía del desbaste por otro canal, al rolero. Éste agarraba la orilla de la varilla, como a unos veinte centímetros, y le daba la vuelta como si fuera un mecate. Y allá estaba esperando otro, que también le daba la vuelta... hasta que la barra de fierro quedara según el tamaño: tres octavos, cinco octavos, tres cuartos... ¡Era una soba! Para ser rolero lo primero era que no fueras nervioso, porque el hierro iba al rojo vivo. El que trabajaba ahí era que tenía experiencia de años.

Pero el trabajo más pesado era la cama de enfriamiento. Te abrías de piernas para que la varilla pasara, y parecía que los testículos se estaban asando.

Había muchísimos accidentes porque a veces la varilla, que venía dando la vuelta, si no entraba como debía a la caja del rol, se levantaba hasta tres metros y rodaba, a los pies, sobre todo, pero a uno, por ejemplo, lo atravesó en un costado del pecho, de lado a lado. ¡Y el calor¡,

Jorge Belarmino Fernández

que no era como en las vidrieras, donde de plano era un infierno, pero había gente que se desmayaba. Y no había ninguna medida de seguridad.

De modo que los obreros podían obligar al patrón a aceptar una organización que no se plegara a sus caprichos. Pero lo que hacían era mejorar un poco los ingresos y esforzarse en resistir los abusos lo más posible, sin evitarlos del todo ni hacer menos penoso y arriesgado el trabajo.

Y ni eso estaba dispuesto a aceptar el señor Kreimerman, quien en 1971 hizo trucos para deshacerse del sindicato y de sus seiscientos agremiados. Puso a la gente a darle como loca, con el pretexto de que le había caído un gran contrato, y enseguida se declaró en quiebra.

Estaba sacando partido de la vieja práctica de registrar el terreno a nombre de un familiar, y aprovechaba para mejorar un poco su hechizo, gastado equipo. ¿Qué podían demandar en reparación los obreros?, ¿los hornos?, ¿la poca, triste herramienta? El empresario no tenía en mente deshacerse de la planta.

Se trataba de una jugarreta habitual y los trabajadores se mantuvieron al tanto, colocándose en otras partes cercanas a la laminadora y a sus hogares. Para Fidel no resultó fácil, ingresado en la lista negra de los empresarios y las mafias sindicales de la zona, y sólo encontró acomodo en Gas Metropolitano:

En esa industria teníamos horario para entrar pero no para salir. Y si te atrasabas más de cinco minutos después

San Ecatepec de los obreros

de las siete de la mañana, vas pa atrás. Y sin embargo, llegabas a las nueve de la noche y tenías que descargar lo vacío y volver a cargar lo lleno para el día siguiente, sin ningún centavo de tiempo extra.

Entonces empecé yo a hacer labor de convencimiento, para cambiar al sindicato, que era de la CTM. Y corrió rápido porque la gente ganaba muy, muy poco, más bien nos manteníamos con las propinas. Un tanque de a veinte litros valía diecinueve pesos, creo, y te daban el peso. Por un tanque de treinta te daban un peso con cincuenta centavos de propina, y por el de cincuenta te daban dos pesos. Con esos teníamos para más o menos comer. Y el sueldo de ahí era de veintiún pesos con cincuenta centavos más una pequeña comisión según las toneladas que vendiera el carro.

A mí me tocó el primer cuadro de la ciudad, que casi no tenía edificios con elevador. Había que chingarse por las escaleras cargando sesenta kilos, tres pisos, o dos pisos si eran tanques de cincuenta, porque eso era lo único que estaba permitido: cien kilos. Y tenía que ser muy rápido porque la camioneta no se podía parar y andaba a vuelta de rueda.

Entonces yo le dije a la gente:

—Vamos a buscar el modo de cambiar siquiera este delegado, que no sabe ni siquiera lo que es un sindicato.

Éramos cuatrocientos ochenta trabajadores, y tan rápido corrió la idea de cambiar el sindicato, que cuando hicimos la asamblea constitutiva en un terreno baldío, acudieron todititos. Formamos el comité y yo no quise ser el secretario general.

Jorge Belarmino Fernández

Pero la cosa llegó a oídos del patrón, y me mandaron llamar a las oficinas, que estaban en las calles de Buen Tono, en el centro de la ciudad. Y me dice el jefe:

—¿Pues qué hizo, Don Fidel?, ¿por qué anda con esas políticas si está usted re bien? Mire: tiene carros nuevos, tanques nuevos; el andén está muy bien hecho.

Y le contesté:

—¿Y qué, yo como con eso? Usted me paga veintiún pesos con cincuenta centavos.

—Pero a usted le dan propinas.

—Sí, pero no me las da usted. Me las dan porque me chingo a subir el tanque.

—Mire, Don Fidel —me propuso. —Deje a esa gente y yo puedo hacerle su casa, si usted quiere.

—¿Y los demás? —le contesté.

Como vio que no le hice caso, ya no me dejó entrar a la planta. Y se hizo una asamblea con el charro de la CTM, que todo el día andaba empistolado, en una de las bodegas. Marcó una raya con su zapato y dijo:

—Los que estén de acuerdo conmigo, a este lado. Y los que estén de acuerdo con Campero (que es el apellido de Fidel), de aquél. —Yo no estaba ahí, pero la gente, en lugar de voltearse con el charro, se salió.

De ahí quedamos 103 despedidos. A algunos choferes, que tenían muy buenas rutas y muy buena comisión, el patrón los convenció de regresar. Pero la gente estaba entusiasmada, y del otro lado del Puente Negro los sábados se hacía la cola para que nos cooperaran.

De todas formas éramos muchos los despedidos, no nos alcanzaba, y los compañeros empezaron a faltar a

San Ecatepec de los obreros

las reuniones, hasta que quedamos unos cincuenta. Y yo no quería que ellos sufrieran, porque estaba muy jodido el asunto y en ese tiempo a las primeras de cambio te boletinaban. Les dije:

—Muchachos, hablen con la verdad. Si quieren dejar, no hay bronca.

—No —contestaron. —Te acompañamos.

Y nos pusimos a botear en los autobuses. Íbamos a Chapingo, algunas veces a la UNAM y al Politécnico. Y de ahí nos manteníamos.

A la hora de repartir yo les daba a los demás los billetes o las monedas grandes y me quedaba con las puras de a veinte, y luego me daba vergüenza por mi señora que llegaba a la tienda y tenía que andar contándolas para pagar.

Así nos mantuvimos nueve meses, mientras se hacían los trámites para el sindicato. Y ya la gente estaba muy cansada, porque algunos debían renta y sus hijos necesitaban vestido y había poco dinero.

Cuando la cosa ya no se podía aguantar, tuvimos una reunión con el patrón y nos dijo que todos tenían permiso para volver al trabajo, menos yo. No quise necear ni mucho menos agacharme. Al final no regresó nadie, sino que nos liquidaron.

Para Fidel era el verdadero principio de una carrera en el sindicalismo democrático, que se alargaría por más de treinta años. De combinarse los tiempos, el siguiente paso pudo haberlo dado en la propia laminadora de la cual había salido, que Don

Jorge Belarmino Fernández

Kreimerman estaba a punto de echar a andar de vuelta.

El sabio analfabeta

Si nuestras historias a ratos pueden contarse como deben, en buena medida hay que agradecerérselo a Nabor.

No sé si he conocido alguien tan inteligente como él. Ya muchacho empezó a leer y escribir con ayuda de un silabario, y cuando estos dejaron de usarse se negó a continuar el aprendizaje y concentró su atención en ver, oír y reflexionar sobre grandes y pequeñas cuestiones.

Creo que disfrutaba constatando que los demás nos dábamos cuenta de cuán profundo era, y por eso estaba siempre dispuesto a pasar un buen rato con nosotros al terminar la jornada.

Íbamos a Vaciados Industriales (Visa), la fábrica en la cual trabajaba, para gozar del calor que faltaba en la Vía Morelos. Quedaba pasando la autopista, en un lugar que recordaba los plácidos linderos de una ranchería.

Se entraba a una arbolada calle sin pavimentar, sobre la cual estaba Talleres Ochoa, y cuando a veinte o treinta metros ésta desaparecía, se doblaba en una segunda todavía más corta, donde no había más que Visa y una tienda frente a ella, que en la parte trasera se adornaba con flores y música de una rocola, para servir de merendero y despachar cervezas clandestinas. Allí eran nuestras charlas con Nabor.

San Ecatepec de los obreros

En un estilo parsimonioso y como si se refiriera al precio de los chiles o las tortillas, esperando que alguien tocara un buen tema, soltaba sentencias o tejía cuentos breves que nos dejaban en suspenso, de modo de mostrarnos que hasta lo en apariencia más simple podía observarse desde varios lados. En ciertos momentos, sugería así ideas idénticas a las de grandes escritores y filósofos. Dos se me quedaron grabadas.

Sin saberlo, en la primera reproducía, palabras más, palabras menos, una frase cumbre de un famoso pensador francés: *El infierno son los otros*¹⁵; es decir, los hombres y las mujeres que nos rodean y ante quienes nos desvivimos para que nos reconozcan, buscándonos desesperadamente en el espejo de ellos. Por el padre, la madre, los hermanos, la pareja, los hijos, los compañeros de trabajo, los vecinos y los que nos dañan, vivimos; para que nos quieran, nos respeten o teman. Y cuando no encontramos en ellos lo que creemos haber sembrado de nosotros, no podemos soportarlo y sufrimos las mismas torturas que si nos condenaran a las llamas eternas. Tal fue, en resumen y mal contado por mí, su razonamiento.

La segunda gran idea que recuerdo, remataba un episodio suyo en el pueblo, del cual posiblemente había resultado un hombre muerto. Tocaba el tema de la culpa y la religión, para coincidir casi exactamente con el momento culminante de una de las mejores

¹⁵ La frase es de Jean Paul Sartre, en *El enemigo*.

Jorge Belarmino Fernández

novelas rusas, que no intentaré explicar: *Si Dios no existe, todo está permitido*¹⁶.

Le gustaba también referirse a los diablos o monstruos que nos perseguían. Según él, eran representaciones de cuanto intentábamos no percibir, aunque estaba dentro o fuera de nosotros permanentemente. Decía que tenían distintas formas: la de un gigantesco velo negro o una gruesa sombra; un descomunal hombre a caballo agitando un machete, o sólo el caballo, con ojos color sangre, que escurría babas y se levantaba para echársenos encima; una luz de brillo criminal, una grotesca máscara carcajeándose o un agudo sonido que destrozaba los oídos.

La peor de estas criaturas se hallaba por todas partes, en todo instante, y hacía vacilar la tierra que pisábamos, amenazando con abrirla y tragarnos.

A las once en Toluca

En 1973 Irineo llevaba la voz cantante del pequeño grupo de obreros de Trailmobile de México en el cual se sostenía la organización del sindicato independiente. Aunque Mario el Jarocho, los Luises, Mauro y Juan de Dios tenían virtudes de sobra para dirigir el trabajo, respetaban su impetuosidad y el hecho de que fuera quien introdujo la iniciativa.

Había estado con Fidel en la Kreimerman, y cuando tras el cierre fraudulento encontró trabajo en Trail, al menor pretexto se propuso repetir la

16. Así dice el personaje de *Crimen y castigo*, la novela de F. Dostoievskiz

San Ecatepec de los obreros

experiencia y de mejor manera. Para el grueso de sus compañeros, que poseían mayor calificación e ilustración, resultaba un poco atrabancado, pero ninguno tenía una idea de sí mismo y de la sociedad como la que él había empezado a adquirir.

Otros podían saberse más capaces que los supervisores o que los propios encargados de la gerencia, o se movían con mayor soltura en el medio urbano. Sólo Irineo, sin embargo, decía *No* sin tapujos, arriesgando lo que fuera, sintiéndose pertenecer a algo más allá de la fábrica y la colonia.

Él fue el único de los de Trailmobile en recibir con gusto la invitación de los trabajadores de Sydney Ross, para hacer un mitin ante la Junta Local de Conciliación. Y no es que Mario, los Luises, Mauro y Juan de Dios fueran apocados. Habían demostrado lo contrario al conducir el paro que devolvió a la fábrica al propio Irineo, despedido con otra veintena de compañeros al tener noticia la empresa de la formación del sindicato. Simplemente se sentían fuera de lugar pensando en plantarse en la plaza de armas de Toluca, al lado de personas que no conocían o conocían muy poco, para hacer quién sabe qué clase de alboroto.

Si aceptaron fue porque con el paro habían empezado a probarse que la presión, a la que casi por naturaleza apelaban con el tortuguismo solapado y otras acciones, tenía un poderoso efecto cuando se llevaba a determinado extremo. Y porque en el despacho les hicieron ver que de no forzar las cosas, se postergaría hasta el infinito la celebración del recuento en el cual

Jorge Belarmino Fernández

debía resolverse la titularidad del contrato colectivo, ante el sindicato de la CTM con el que la gerencia había negociado en secreto. Además llevaban nueve meses de espera, con la amenaza de más despidos.

Cuando el sábado hubo que pintar una manta en las afueras de la casa del Jarocho, escondían la incomodidad con albures y juegos de manos que, contra su costumbre, irritaban a Irineo. Y al día siguiente, en el camión con unos quince compañeros más, charlaban de cualquier cosa, excepto del motivo del viaje.

No había que esforzarse mucho para entenderlos. Su vida estaba construida sobre el trabajo y la dignidad personal. El lío no era lo suyo, fuera del que podía armarse por una desavenencia o unas copas de más; con la autoridad no querían otro trato que el estrictamente forzoso, y un íntimo sentimiento les hacía gustar de los grandes espacios públicos, como al que se dirigían, silenciosamente, pasando desapercibidos.

Apenas podían reconocerse, pues, en el Iri que en el autobús alzaba la voz al hablar del recuento y del mitin; que hinchaba el pecho al bajar con la manta y encabezarlos rumbo a la plaza, y que pasaba por encima de lo convenido saludando a los grupos que empezaban a reunirse allí: de FASA, Lido Texturizado, Gas Metropolitano y Tecnomaya¹⁷.

Se había quedado en hacerse los desconocidos y guardar las mantas hasta que los de Sydney Ross lo decidieran, pues la sorpresa, decía hacía mucho la

17 Fidel era también el iniciador del movimiento en Tecnomaya.

San Ecatepec de los obreros

historia de las luchas populares, era un instrumento valioso. Lo era frente al poder omnímodo que había empezado a construirse tras la Revolución y que en los últimos treinta años era cada vez más intransigente. Si no que lo dijeran los cercos de sangre, las torturas y las desapariciones de la guerra sucia, durante esos mismos inicios de los setentas.

Aquel domingo la atmósfera de la plaza de armas de Toluca no era diferente a la del centro de cualquier pueblo o ciudad del país, y confirmaba que debíamos andarnos con cuidado. Los uniformados y los agentes secretos, que habíamos aprendido a detectar con una ojeada, regados aquí y allá, y el palacio de gobierno donde se juntaba la cúpula del partido oficial en el estado, decían a las claras que las protestas recibirían su merecido, por prudentes que fueran.

Los trabajadores que se reunían iban en son de paz y con reclamos amparados en resoluciones de la autoridad laboral, pero por instinto las fuerzas públicas se les echarían encima en cuanto intuyeran su propósito. Lo harían antes de que se formara un contingente de cierta consideración, bien plantado frente a las puertas del palacio, atrayendo la mirada de los paseantes, pues entonces reconocerían las proporciones del asunto y no se atreverían a obrar sin instrucciones.

Con la ligereza de su comportamiento, entonces, Irineo ponía en riesgo los planes, pero bastó que alguien le hiciera una llamada de atención, para moderarse. Fue una de las compañeras de Medalla de

Jorge Belarmino Fernández

Oro, cuya marcha de Monterrey a la ciudad de México se había producido un año antes.

Una pequeña comisión de ellas se había trasladado a Toluca, como parte de la gira por la República para dar y recibir solidaridad después de renovados actos de resistencia y renovados golpes.

Se sabía que estarían allí, pero su presencia desconcertó al Jarocho, a los Luises, a Mauro, Juan de Dios y los demás, y también a Irineo. Todo en ellas resultaba asombroso para los trabajadores, cuya experiencia en aquellas cuestiones se reducía a las asambleas preparatorias en sus fábricas, al ambiente de la oficina de los abogados y a velados choques con la patronal, sin contacto con el exterior.

Eran mujeres, eran jóvenes y se conducían y hablaban en público con un aplomo que ellos no habían visto sino en los políticos, y la determinación de sus rostros y sus voces advertía a cuantos las contemplaban, igual policías que conquistadores en potencia, de andarse con cuidado.

Casi dos horas después de lo acordado, seguían sin aparecer los trabajadores de Sydney Ross, principales convocantes del acto, que por mañas del patrón no encontraban, donde debían estar, a los camiones que habían contratado. Entonces ellas urgieron comenzar el asunto y como nadie se decidía, tomaron la sartén por el mango, exaltaron el ambiente y empujaron a intervenir al primer grupo.

Cuando, justo en el momento en que por fin llegaban los de Sydney, los uniformados se acercaron

San Ecatepec de los obreros

con gesto intimidatorio, para detenerlos fue suficiente la advertencia de una de las obreras por el megáfono. Apenas alcanzábamos las doscientas personas, pero la certeza de que el intento de disolvernarnos se volvería una refriega, y las arengas subiendo de tono, hicieron que el secretario de gobierno bajara a entrevistarnos.

Escuchó, se comprometió a dar solución a la media docena de reclamos que se le presentaron, y cuando se preparaba a dar tranquilamente la vuelta, una de las compañeras lo detuvo por el brazo:

—No, señor. Ya no creemos más en palabras. Queremos un compromiso por escrito.

El funcionario clavó la mirada en la joven, lo pensó unos segundos y aceptó, equivocadamente seguro de que su firma no serviría para nada.

Manuel tardaría un año en encontrar un puesto en Trailmobile, de modo que no sabía cuánto lo preparaba aquel domingo a convertirse en el primer edil de la izquierda en el municipio. Los futuros compañeros suyos que estaban en la plaza de armas, tampoco precisaban el efecto que el mitin tendría sobre su destino.

Pero Irineo, Luis Vázquez y el Jarocho, que lo suplirían en la secretaría general; Mauro, Juan de Dios, Luis Velázquez y el resto, no serían exactamente los mismos después de aquello. Empezando por la inesperada manera en que las compañeras de Medalla les despertaban respeto, a ellos, que disfrutaban el mundo reservado a los hombres y que amaban la

Jorge Belarmino Fernández

abnegación y el comedimiento de las mujeres a su alrededor.

Con el respeto iba la conciencia, esa sí ya adquirida por el Iri, de que cuanto ellos hacían, por arduo que les pareciera, era muy limitado, y de que algo mucho mayor estaba en curso, en un país quizás menos ajeno de lo pensado y en disposición de vivir grandes cambios.

Durante el mitin y en el viaje de regreso a casa, su actitud era muy distinta a la de la mañana y cuadraba con la de su virtual secretario general. Y cuando al día siguiente la empresa y la CTM intentaron una burda operación para evitar el recuento, secundaron a la perfección a aquél para desmantelarla, convencidos esta vez de que el sindicato independiente no era una simple, dudosa apuesta y se inscribía en un suceso de vastas dimensiones.

Un curioso grupo

Una mañana a principios de 1973, antiguos amigos de mis amigos me recogieron en un auto sobre el Puente Negro, para ir como miles de universitarios en numerosos puntos del país, después de 1968, “en busca del pueblo”, en tanto otros desarrollaban proyectos guerrilleros.

Los de esta historia se trasladaron a vivir a Santa Clara. Luego, de cierta manera se relacionaron con el Partido de los Pobres, la organización campesina dirigida por Lucio Cabañas, que estaba en armas en

San Ecatepec de los obreros

el estado de Guerrero, y eso les reforzó la conciencia de que debían andar con los pies de plomo¹⁸.

Al acompañarme ahora rompían sus normas, para cuidar a uno de los compañeros que, les habían dicho, comenzaba a hacer trabajo en las fábricas de la zona.

De inmediato nos dimos cuenta de que no simpatizaríamos. Ellos me tomaron por alguien que no sabía en dónde se metía, y a mí me resultaron ejemplares de una especie en extinción, incapaces de entender la riqueza de la lucha popular y, particularmente, en las fábricas.

En buena medida unos y otro teníamos razón. En su caso ¿no era legítimo pensar que tarde o temprano yo caería en manos de alguna clase de policía, delatándolos? ¿Y a cambio de qué? ¿En verdad iba a desarrollarse en la industria de Ecatepec un movimiento que partiera de aprovechar los rincones que dejaban la Ley Federal del Trabajo y las nuevas circunstancias del país? ¿Dónde quedaban en un trabajo de esa clase, los cambios revolucionarios demandados por México?

La Cooperativa de Cine Marginal de la cual yo era parte, recibía su formación en la muy distinta experiencia de las revueltas de 1971-72. Y nuestro 18. Es apasionante seguir el rastro de la inquietud social. Tal vez la llegada de los compañeros a Santa Clara tenía relación con el militante de un imprecisable grupo de izquierda, a quien allí visitó un dirigente del gremio postal de Guerrero en los años sesenta. Éste pudo ser, a su vez, el vínculo original con la Asociación Cívica Guerrense de Genaro Vázquez o con el propio Partido de los Pobres.

Jorge Belarmino Fernández

punto de partida no tenía nada que ver con la del conjunto de la izquierda.

Cada día me decía que debía apuntar las situaciones entrañables o divertidas, que habían pasado en las últimas veinticuatro horas, porque eran tantas que en el futuro no me acordaría. El placer y el sentido del humor no cabían en otros grupos, y en principio se lo debíamos a los Pacos: Taibo II, el Ceja, el Quinto, y a algunos de sus ex correligionarios de la Liga, como Armando. Parecían conservar lo mejor del espíritu del movimiento estudiantil de 1968, del cual luego escribirían:

“En la práctica (el movimiento) reivindicó también la subversión de la vida cotidiana, la liberación de los modos y las costumbres, las revoluciones íntimas pero trascendentales, la utopía de todos los días, el milenio chiquito. Y es que, entre otras cosas, el 68 fue una fiesta... que ayudó a liberar espiritualmente a toda una generación de mexicanos¹⁹.”

“Los estudiantes... muy pronto estuvieron seguros de que vivían un periodo inédito, extraordinario, trascendente. Ello fomentaba su alegría. Sus cantos eran más bien de vida que de guerra. Disfrutaban su superioridad moral, la justeza de su causa y su juventud. Se sabían hermosos y románticos²⁰.”

Los Pacos eran concientes del pequeño papel que nos correspondía, vomitaban los manuales con

19. Armando Bartra: *1968: el mayo de la Revolución*, publicado por editorial Ítaca en 1998.

20. Francisco Pérez Arce, en el libro del cual hemos hablado: *El principio*.

San Ecatepec de los obreros

que otros se adoctrinaban, y del maoísmo tomaban o derivaban un par de grandes ideas: la verdad no la poseían unos cuantos iluminados, sino que residía en las masas, a las cuales la organización debía acompañar y no imponérseles; el proletariado urbano no era una vanguardia absoluta, y el cambio latía igualmente en el campo y en diversas expresiones de la lucha popular, como los movimientos estudiantiles y por la posesión de la tierra en las ciudades.

Cuando con otros crearon la Cooperativa, a nadie se le habría ocurrido que terminaríamos siendo uno de los pocos grupos de izquierda del país vinculados a las luchas obreras. A partir de una película casera hecha con sus amigos, en un festival de cine independiente, Taibo (PIT II) se sumó a una decena de jóvenes para formar la Cooperativa de Cine Marginal, que quería mostrar en las pantallas el drama social y político de México.

En poco tiempo PIT II se la apropió, los demás se fueron y el grupo, para el cual el cine era un pretexto, participó en la fundación de la Insurgencia Obrera. El futuro escritor lo hizo ayudado por el Quinto y el Ceja, y por una partida de individuos como yo, que en una buena serie de casos bien podríamos estar en un psiquiátrico. Luego la mayoría de estos se marcharon para dejar su lugar a jóvenes recién llegados a la universidad.

Ellos, los jóvenes, fueron de hecho los primeros en acercarse a las fábricas de Ecatepec, en un proceso representativo de determinada inquietud

Jorge Belarmino Fernández

estudiantil. Terminaron la preparatoria en una serie de las mejores escuelas privadas de la capital, y la libertad de los seis meses que les faltaban para entrar a la UNAM, los hizo conocerse y entrar en contacto con Heberto Castillo, recién liberado por el gobierno, quien los remitió con Castillejos, uno de sus compañeros de prisión.

Guiados por los obreros que asistían al despacho del abogado, volantearon las zonas industriales de Xalostoc y Santa Clara. En ese momento se encontraron con la Cooperativa, a la que el cine no le servía ya de gran cosa, y que a cambio continuaba haciendo con Armando y sus amigos un periódico²¹.

En resumen, *¡Pura vida!*, como diría Clavillazo. Porque aprendíamos mil cosas, apapachados por la gente que en esas condiciones, como nosotros, mostraba su mejor lado, creyendo, en verdad creyendo que, de acuerdo a un famoso dicho del movimiento estudiantil francés, la imaginación debía tomar el poder y había manera de transformar todo.

Si terminaba la pasión, el propósito de andar con el pueblo sin creernos sus maestros, y esa convicción de que podía volverse de cabeza hasta lo que parecía imposible, nada valdría la pena.

Una manita, o un dedo siquiera, por favor

Es cierto que Guadalupe el Güitas no era un hombre común. Cercano a los treinta años, calmudo, su 21. Este periódico, *La causa del pueblo*, luego se convertiría en *Trabajadores en lucha*.

San Ecatepec de los obreros

sonrisa apenas se esbozaba y tenía sin embargo una espléndida naturalidad. Sobre todo en los ojos, que hablaban más que sus palabras, y en los cuales ni aun entonces desaparecía la melancolía.

Se trataba de una tristeza añeja, particularmente conmovedora cuando se enternecía con los hijos, aún pequeños, entre quienes parecía hallar el único lugar en la tierra que le acomodaba. Sin duda era esa tristeza contenida lo que imponía en él y hacía que se anduviera con cuidado al tratarlo.

En la época en que sucede esta historia, iba con desgano a una fábrica en la San Miguel Xalostoc, donde tornos y prensas se descalibraban a cada rato, y uno podía imaginarlo pensando cómo había terminado en aquel rincón, bajo la mirada del hermano del dueño, que hacía las veces de capataz.

Nadie recuerda bien a bien los detalles. De lo que creemos acordarnos es que un día midió la delgada sierra que corría de ida y vuelta en la máquina a su cargo, y decidió dejarle como al descuido la punta de un dedo. De acuerdo a algunos, para ello había estado al pendiente de que los caprichos de la empresa —afiliándolos y desafilándolos— lo tuvieran en la lista del IMSS. No era mucho lo que recibiría, pero bastaba para unos cuantos meses de cubrir los gastos de la familia.

La historia no era común, pero tampoco única, y hacía luz sobre las condiciones de trabajo en la mayoría de las empresas de capital privado. Si Guadalupe se había dejado rebanar la corona de una falange,

Jorge Belarmino Fernández

quizás sólo se adelantaba a lo que podía sucederle al día siguiente, como ejemplificaba la estampa que Don Juan López, el hermano mayor de Don Carlos, gustaba describir a sus hijos.

Cuando lo despidieron de Sosa Texcoco por pertenecer al partido comunista, Don Juan se convirtió en investigador en higiene y seguridad de la Secretaría del Trabajo. Según él, de ese modo había encontrado en las oficinas de ciertas compañías, frascos en los que, a la manera de trofeos, se guardaban en formol los dedos amputados por las máquinas.

Vaya uno a saber si Don Juan había visto los frascos o los construía en la imaginación, para simbolizar la constancia de los accidentes que costaban pérdida parcial o total de un miembro. Porque en verdad no había fábrica donde no se encontraran varios casos de este tipo. En especial en las manos, pero no sólo en ellas. Los brazos, las piernas, los ojos estaban también en permanente riesgo de cortarse, quemarse o quedar aplastados.

Quizá el hombre, que hizo viajes al extranjero, conocía otras afectaciones igualmente dañinas, no reconocidas entonces por las leyes mexicanas. Las múltiples de la espalda o del oído, digamos, o debidas a la aspiración de sustancias químicas.

Las mascarillas no eran usuales, y hasta en grandes plantas en las que se esperaría las hubiera, faltaban o eran insuficientes las protecciones para soldadores, fagoneros, torneros, y hasta los guantes y

San Ecatepec de los obreros

cascos reglamentarios. En particular en la industria de capital privado.

Los electricistas, los petroleros, los ferrocarrileros, los obreros de la metalurgia y la rama automotriz, de paraestales, con décadas de organización sindical a sus espaldas, gozaban de condiciones que los equiparan a una franja de las clases medias. Eran los beneficiarios de la Revolución.

Los millones que habían venido incorporándose a las fábricas levantadas por los particulares, no compartían el “privilegio”. Los salarios mínimos generales compraban más de tres veces lo que en el 2008, y los salarios profesionales, las horas extras, los bonos y repartos de utilidades, y la garantía de seguridad en el trabajo, permitían una vida decorosa. Pero las patronales tendían a hacerse remolonas con su reconocimiento, y si el registro a la seguridad social resultaba más difícil de evadir, lo evitaban siempre que podían.

En esas factorías, si bien no existía lo que en el siglo XXI llamamos flexibilidad laboral, sí el cambio o la multiplicidad de tareas, el aumento de ritmos de producción sin incrementar la paga, y las reducciones de salarios.

De esa forma se había levantado y seguía levantándose nuestra milagrosa industria en el sector privado. De esa forma, demandando extremos de sacrificio de los trabajadores y las trabajadoras.

Sobraban las fábricas que al nacer habían reproducido las prácticas de Alumex. En el largo periodo de arranque, el patrón trató a Juan, Rosalío y

Jorge Belarmino Fernández

los demás como amigos. Se sentaba con ellos a comer y una vez por semana ordenaba traerles carnitas. Cuando le acercaban un taco decía²²:

—Coman, es de ustedes, yo vengo de gorrión. Ustedes lo ganan porque trabajan.

Los obreros le hacían las horas extras que se requirieran, sin cobrarlas, y cuando uno le pidió vacaciones después de un año, contestó:

—Espérate, ves que acaba de nacer la vaquita, deja que dé leche.

En pocos lugares una vaca pateaba tanto, produciendo accidentes. La razón volvía a ser justa: si se compraba equipo de protección ¿de qué iba a alimentarse el animalito?

Campos, que así se apellidaba el patrón, por supuesto no los inscribía al IMSS, y a cambio los mandaba con un partero, que los cosía como Dios le daba a entender. Al cabo de cuatro años los camiones no paraban de ir a repartir la “leche” que salía, pero nada cambió. Excepto Campos, que se hacía el desconocido.

Bajo esta lógica los empresarios no estaban dispuestos a ceder, desde luego, a las presiones, por simples que fueran. La regla era proceder a despidos apenas se les demandaba ajustarse a los derechos básicos de la ley, y había a raudales los que preferían dejar las plantas, vaciándolas, para reaparecer en otro lado.

22. Las entrevistas, ya advertimos, las publicó Luis Ángel Gómez, el Solín, en el libro *Vidrieros*.

San Ecatepec de los obreros

De la primera a la última de estas patronales, usaba de su influencia o de su dinero bien repartido en las juntas de conciliación y arbitraje, y acudía a la fuerza pública cuando el conflicto los desbordaba.

Cada grupo que se reunía en Xalostoc, Cerro Gordo, Tulpetlac, etcétera, para no más que hacer valer lo que hacía mucho, en 1917, la Constitución había declarado como garantías fundamentales, tenía que enfrentarse a eso. A eso y a la rapaz voracidad de los sindicatos corporativos, que sacaban ventaja de la situación.

Antes de la historia con la cual empezamos esta viñeta, el Güitas intentaba organizar a sus compañeros en la fabriquita aquella de la San Miguel, pero las cosas marchaban con extrema lentitud. Tal vez cansado de ello, había tomado la decisión de cambiar la punta de una falange por una indemnización.

Los *pericos*

A Taibo II le atraía lo que llamaba mi “feísmo” o gusto por lo feo: “Jorge dijo que *el lodo de Xalostoc estaba a toda madre...* Hablaba del *lodo*, de esa mezcla de tierra suelta, mierda sintética, deshechos industriales y sucia agua de lluvia. Y quería decir que estaba bien, que manchaba los zapatos; que si lo veía con cariño, tenía su chiste brincar los charcos y ver el reflejo de los postes de luz en el agua estancada, manchada de aceite...²³”

23. Nueva cita de “Belarmino en Xalostoc”.

Jorge Belarmino Fernández

Había dos causas en ello, que Paco entendía. La primera era el placer por los escenarios románticos, que había acompañado el desarrollo de la sociedad industrial, encontrando el encanto de los paisajes dramáticos, a primera vista terribles.

Puede entenderse sin problemas, por ejemplo, al recordar el efecto que en todos producía el ferrocarril, por el cual en los años dos mil diez muchos seguimos sintiendo nostalgia. Los gigantescos animales corriendo por las vías; los paraderos, los talleres, componían un universo de gris, burdo acero y tosca geometría, con su alharaca metálica. Representaban el extremo opuesto de lo que antes había parecido noble y armonioso, y sin embargo una pila de generaciones los hallaba hermosos.

La segunda causa de mi gusto por “lo feo”, venía de la conciencia de alejarme de las falsas apariencias, en las cuales tenía la clara sensación de haber vivido en la colonia de clase media donde crecí. Allí mismo había podido deshacerme de algunas y luego las manifestaciones estudiantiles por esto y aquello, hasta culminar con el 68, desbarataron otras²⁴. Pero el mejor y más intensivo curso lo había recibido acompañando a la Insurgencia Obrera y a las luchas desparramadas por el país.

Esa era la razón de que estuviera enamorado de los *Pericos*, como se les llamaba porque se pintaban de verde y azul. Formaban parte de los autobuses

24. Para 1968 yo había abandonado la universidad, por inútil ella y, sobre todo, yo, así que viví el movimiento desde fuera.

San Ecatepec de los obreros

que iban zangoloteando y matando gente entre el Distrito Federal y los municipios cercanos del estado de México.

De ida observaba por la ventana cómo se desvanecía el orden y la abundancia de la que presumía la capital federal, para pasados los Indios Verdes saltar la Sierra de Guadalupe, o atravesar el Puente Negro desde Eduardo Molina, descubriendo un valle semivacío. Era un valle en caos, despreciado, fuera de las fábricas que aventaban sus deshechos sin preocuparse por los hombres y mujeres cuya presencia requerían en torno suyo.

Los *Pericos* resultaban entrañables también por sus pasajeros, que en esos viajes de ida, pasado el mediodía, eran sobre todo mujeres. En sus calmudos rostros que delataban un tinglado de pensamientos; en sus trenzas o sus recatados cabellos sueltos; en sus rebozos o sus modestos suéteres con años de trajín encima, y en su paciencia o sus reclamos al chofer por el maltrato que nos daban, encontraba con su vocación de sacrificio sin límites, complejas humanidades en las que el último año de obreras, campesinas y posesionarias dispuestas a cualquier cosa, me había revelado una voluntad de trascender el papel al cual por milenios se las reducía.

Con la calidez de su proximidad, conforme recorríamos el valle y los montes que lo cercaban o lo salpicaban, intuía pequeñas y grandes dulzuras detrás del seco, pobre exterior de las casitas improvisadas aquí y allá.

Jorge Belarmino Fernández

Había encontrado antes esas dulzuras en vagones de deshecho del ferrocarril en Chihuahua, convertidas en hogares que rebosaban tiestos con flores y pájaros en jaulas; en los jardines colgantes en los cuales convertían sus salas unas costureras de Irapuato, etcétera.

Cada persona y cada cosa, pues, significaban un túnel que hacía un agujero a la realidad aparente. Un túnel sin fin, cuyo conocimiento retaba a quienes veníamos de fuera.

Yo no sabía nada sobre el municipio. No tenía idea, por poner un caso, de que las obras para disecar la cuenca del Anáhuac se habían dirigido especialmente hacia ese lado, y que por ello cruzaba por allí el gran canal del desagüe. Y los entonces vastos espacios sin poblar del municipio, no me permitían entender que el número de habitantes se desarrollaba a un ritmo aún más sorprendente que el presenciado por mí en el Distrito Federal.

Entre aquellos ríos de gente habían venido los personajes de nuestro libro, que no eran ciegos como yo y traían sus verdades. ¿Cuánto se extrañaban de las nuevas y cuánto se transformaban con ellas?

El viaje de María²⁵

¿Eran los constantes, a veces súbitos cambios de paisaje, lo que le estrechaba el corazón a María, haciéndola

25. El personaje real que reconstruyo con María, no se llama así. La historia me la contó en los setentas y en 2008 fui a preguntarle si podía publicarla. Había muerto y el permiso me lo dio su hijo, con una condición: cambiar el nombre de ella.

San Ecatepec de los obreros

sentir que andaba en un caos donde el mundo perdía cualquier sentido? ¿Era eso o la vista de extrañas ciudades y pueblos a la carrera, el ir y venir sin pausa de autos y camiones, el reciclarse en cada parada de los pasajeros de su propio autobús, que hablaban y vestían de manera cada vez más rara y variada? ¿O era sólo el paso de las horas y la conciencia de la rapidez con la cual se apartaba de cuanto había conocido en sus veintinueve años de vida?

Hasta donde tenía noticia, sólo un tío y un par de primos, entre la treintena de parientes vivos, habían ido tan lejos. De haber conocido el mar entonces, y saber de los grandes barcos, la impresión que le producían esos tres aventureros de la familia, habría sido la de quienes volvieron de la inmensidad inconmensurable y habían contemplado lo que ni siquiera podía imaginarse —lugares donde la hierba quizás no se pintaba de verde o no había nubes o el sonido era hueco, o los animales, monstruos.

Cuando su señor se fue por primera vez seis años atrás, guardó silencio pero no la convencieron las explicaciones de él sobre lo que había encontrado. Y ahora ella estaba en el autobús cuya violenta carrera le daba pavor, andando sobre aquello. Sobre aquello para el resto de la vida, según había decidido él al rematar hasta el último efecto de su propiedad.

Si bien es cierto que el propio camino le hacía disipar los temores más inquietantes, le confirmaba otros. Entre ellos, el de no poder darse a entender en el lugar al que iban. Era conciente de cómo con los

Jorge Belarmino Fernández

años su habla se fue haciendo enredada, pensando en náhuatl y hablando en castilla, de acuerdo a lo que mandaban los tiempos, decía su madre.

En el autobús el hijo pequeño y la niña iban a su lado, pues siete meses de embarazo abultaban su vientre. En los asientos de adelante, a los cuales se asomaba cada poco para constatar su presencia, estaban el esposo, Elías y Jacinto.

Cuando descubrió las primeras columnas de humo alzándose a lo lejos, sintió que le faltaba el aire y abrió la ventana sólo para descubrir que así empeoraba, mareada por la certificación del llano sin término y el temor a perderse en él. En silencio se puso a llamar a la Virgen repetidamente, cerró los ojos y al llegarle la carga de sonidos con los cuales la ciudad comenzaba a anunciarse, se culpó por su equivocación: ahora el susto no vendría poco a poco, sino de golpe.

Fue la mano de la niña al agitar su brazo, para compartirle el enorme gusto por las novedades, lo que empezó a tranquilizarla. Si la niña, lejos de hallar allí motivos para atemorizarse, festejaba cuanto veía, se dejaría guiar por ella, entregada a su protección. Lo haría en ese momento y por el resto de la vida.

Trampas, coimas y contagios

Un año después de declarar la fábrica en quiebra, en el mismo exacto lugar Don Kreimerman reabrió la laminadora con el título de Omega Manufacturera. No había manera ni necesidad de teparle el ojo al macho. Treinta años llevaban las autoridades laborales, ha-

San Ecatepec de los obreros

cendarias, encargadas de la economía y la propiedad en el campo, de los estados y los municipios, haciendo cuanto favoreciera a quienes eran sus socios en la construcción de un caótico México moderno, que en múltiples lados podía derrumbarse con un buen golpe: en la educación, la infraestructura, la agroexportación, la urbanización, el sistema monetario. Y desde luego en la industria, incapaz de sobrevivir si se le terminaban la mano de obra superexplotada, las protecciones y subsidios.

Se pensaría que los trabajadores tenían acogotado a K, y que salarios y prestaciones no le dejaban para comer. Fue necesario hacer mitin tras mitin y apelar a otros mecanismos de presión, para que luego de un año la Secretaría de Trabajo pareciera cubrirse de gloria, aceptando dar un fallo.

No había manera, en verdad no la había, de que se resolviera a favor de la patronal. Y sin embargo, y a pesar de que el gobierno de Echeverría estaba en lo más alto del intento de promover un nuevo sindicalismo, a las once de la noche del día fijado el funcionario a cargo llamó a los Castillejos, para decirles: *Ni modo*. Estaba claro: había concedido en lo del fallo con el propósito de sacarle una jugosa tajada a K.

Para entonces la experiencia se había esparcido a Vaciados Industriales, etcétera. Y quién sabe a cuántas plantas más, donde no crecería como en aquéllas pero tal vez colaboraría a la aparición de movimientos posteriores. Podía hacerlo a través de los compañeros

Jorge Belarmino Fernández

de Martín²⁶, Irineo y Fidel, o de sus parientes, paisanos o amigos.

Aunque, desde luego, no se necesitaba el conocimiento de una lucha previa para rebelarse contra las condiciones de trabajo. Era una reacción natural, que se producía diaria, sistemáticamente y resultaba en castigos y en muchos de los despidos injustificados por los cuales los asalariados acudían a sindicatos y abogados laborales. En particular desde la reforma a la Ley Federal del Trabajo, de 1970, que abrió ciertos resquicios.

Los despachos de asesoría legal empezaron a plagarse de trabajadores, que entablaban y solían ganar juicios. El de los Castillejos y Fernández del Real adquirió fama de honesto y eficiente, y se volvió especialmente atractivo. En él, siempre que las condiciones parecían permitirlo, aconsejaban transformar las demandas individuales, planteadas en origen, en colectivas, y convertir el reclamo de indemnización en reclamo de reinstalación.

Éste, en caso de tener éxito, significaba una doble, transparente, casi insoportable derrota para los empleadores, y una enorme satisfacción para el trabajador o trabajadora, que regresaba con la cabeza en alto animando a sus compañeros con el ejemplo. Al menos de momento, pues la empresa no se resignaba con ser doblada y buscaba deshacerse nuevamente del reinstalado, haciéndole la vida pesada.

26. Martín era el dirigente del sindicato, a quien no debe olvidarse. Por desgracia, no recordamos su apellido.

San Ecatepec de los obreros

Cuando detrás de este hombre o mujer había una organización, no importa si elemental, o cuando su regreso encontraba condiciones favorables, se entablaba una lucha general.

¿Cómo no decir que lo que estaba en curso en las zonas fabriles de Ecatepec era, sin exageración alguna, una guerra?

La primera noche

Con Irineo, los Luises, Mauro, Juan de Dios y una docena más de los trabajadores de Trailmobile, habíamos acudido a reuniones en el despacho de los Castillejos y cerca de la fábrica, a los preparativos y el mitin en Toluca y al recuento que echó fuera al sindicato de la CTM.

Pero la primera noche de la huelga, el Iri quería probar nuestro verdadero aguante ante la mayoría de los trabajadores, que no sabían qué pensar de los güeritos enviados por los abogados. Nomás nos vio llegar les echó un guiño, preparándolos para la fiesta.

—¿Puestos para la bola de chingadazos que nos vamos a dar? —fue su primera finta, pero la cosa no iba a seguir por ese lado.

—Éntrenle —dijo, señalando la cazuela de los frijoles. Nomás que abusados con el chile rompecolas que ponen los compañeros —y las sonrisas empezaron.

Así se estuvo un par de horas, que aguantamos sin problemas. Cuando yo me puse nervioso fue a la

Jorge Belarmino Fernández

hora de dormir. Me dio una manta y me acompañó hasta una esquina:

—Eres nuestra encomienda y no queremos que salgas perforado. Así que te acuestas con las nalgas contra la pared.

Sin duda la amenaza era parte de las bromas. Pero luego se echó pegadito a mí y se puso a contar a los que dizque habían gozado de su miembro, dando pelos y señales. Que la bajada de los pantalones, que el rasgar los calzones, que los gritos de dolor y placer cuando entraba para removerles hasta las tripas. Y yo iba creyéndole cada vez más.

—Chale. ¿Voy a tener que perder, para que me dejen quedarme? —me decía en silencio. Al cerrar los ojos me encomendé a no me acuerdo quién, para amanecer virgen todavía.

Más me inquietaba estar un poco a ciegas, conocer apenas las calles, la gente y las reglas con las cuales se manejaba.

En una cuadra, un pueblo, un barrio, a quien viene de fuera se lo detecta de inmediato, se recela de él y al menor descuido se lo trata mal. En el fraccionamiento industrial donde estaba Trailmobile, la cosa podía ser peor. Porque los fraccionamientos industriales estaban contruidos, entre otras cosas, para que las empresas y la autoridad controlaran cuanto sucedía dentro, y actuar rápido si algo hacía peligrar su tranquilidad.

No había en ellos sino fábricas y el movimiento en las calles estaba regulado por los turnos, de modo

San Ecatepec de los obreros

que quienes como nosotros debíamos andar en ellas fuera de hora, sentirían mil ojos observándolos.

Aquella primera noche en Trailmobile, durmiéndome vacilaba entre estos pensamientos y el rezo por no pagar con mi dignidad masculina el permiso de los trabajadores para compartir con ellos la experiencia.

Serás, seremos

El Jarocho tenía un corpachón de piedra que se alzaba un metro ochenta por encima del suelo, capaz de intimidar hasta al más pintado.

La facha contrastaba con su aire pacífico y alegre, que al llegar a casa se volvía la de un niño buscando el cobijo de su señora, y del segundo de sus hijos y sus dos hijas, la más pequeña de las cuales parecía haber servido de modelo a las muñecas mulatas.

Los cinco vivían en dos cuartos sin encalar y piso de cemento, con lo mínimo indispensable: las camas, una mesa de latón para comer, la tele y unas cuantas mudas de ropa colgando de un tubo y metidas en un par de cajones sobre el piso. No parecía sobrar un peso para más.

Aquello me llamaba la atención, porque el hombrezote era un soldador calificado. Hasta que vi la foto enmarcada en el centro del cuarto. Era la del muchacho de dieciocho años del principio de este libro. Estaba allí como un retablo al cual se rinde culto.

Jorge Belarmino Fernández

Buena parte del salario se destinaba a sostener al joven, que estudiaba una carrera en otra ciudad. Todos los sacrificios se justificaban, para sacar adelante a aquel hijo cuyas cartas guardaba amorosamente la madre en una cajita.

A botear

Al principio de los años en los cuales estamos, Ecatepec existía nada más como ente administrativo, y al final de ellos todavía faltaba un buen trecho para que constituyera una unidad económica y social.

En San Cristóbal, por ejemplo, había una actividad más o menos animada, en la que un relativo corto número de familias obreras privilegiadas se mezclaba con pequeños y medianos agricultores, ganaderos, comerciantes y profesionales. En contraste, en el área de Xalostoc —para la cual la cabecera municipal quedaba mentalmente tan lejos como el Distrito Federal—, fuera del pueblo de San Pedro todo había empezado avanzada la década de los cincuenta y giraba por completo alrededor de las fábricas y las gaseras. Al fraccionamiento industrial le tenía sin cuidado que Sosa Texcoco llevara un cuarto de siglo instalada, que en Santa Clara, Tulpetlac y Coacalco hubiera más factorías, y que allí o en otros puntos del municipio en el pasado se hubieran producido huelgas.

Hasta 1972 la Industrial era un pequeño mundo en paz, donde los empresarios no habían sufrido conflicto con sus operarios, a excepción del

San Ecatepec de los obreros

de la Laminadora Kreimerman, resuelto con cierta mañosa facilidad. Y la mayoría de los trabajadores, de procedencia campesina, no había presenciado altercados sindicales allí o en cualquier otro lado.

Entonces aparecieron mayores signos de descontento. Representaban una llamada de atención, pero la apariencia de calma continuaba todavía y la tarde en que en septiembre de 1973 en Trailmobile se colocaron las banderas rojinegras, fue un auténtico acontecimiento, aunque no se apreciara a simple vista y un vacío la circundara.

Cuando por la noche me presenté con David y Julio el Pelos, que eran dos de los más jóvenes compañeros de la Cooperativa, las mantas regadas por el suelo, que servirían de camas; el par de fogatas sobre las cuales se cocinaba, escondiendo, revelando, transfigurando las formas, y las sombras de las fábricas cercanas, daban un aire romántico a la escena.

En el penoso año y medio de labor para organizar el sindicato, con frecuencia los más habían estado a punto de echar reversa y olvidarse de lo que en resumidas cuentas resultaba una aventura que ponía en riesgo lo más sagrado: el trabajo. Lo habíamos atestiguado antes y lo haríamos una buena cantidad de veces en adelante, pero eso no nos permitía conocer una historia que vista de lejos podía pensarse se trataba de una entre multitud de copias, cuando resultaba irrepetible, como todas.

Porque los trabajadores nunca eran los mismos, tenían pasados y presentes personales, y a quienes

Jorge Belarmino Fernández

se enfrentaban y las condiciones en las cuales lo hacían, también eran siempre singulares y creaban momentos inesperados, de cuya solución dependían los siguientes.

Al escribirse después sobre las luchas obreras en estos tiempos, daría la impresión de que fueron naturales, digamos, empujadas por una serie de grandes hechos al margen de las voluntades individuales. Y en cierto sentido lo eran. En Trailmobile la huelga no se habría declarado entonces, si Irineo no hubiera trabajado en la Kreimerman y entrado en contacto con Armando, Adelita y Fernández del Real, representantes de una generación de abogados laborales críticos del sistema, que alentaban la creación de sindicatos independientes, a través de los cuales llegaba luego el eco de la Insurgencia Obrera y de los otros movimientos iniciados en 1972, en los que a su vez se expresaba el hartazgo tras la “década de oro” del corporativismo, etcétera.

Pero Irineo bien podría no haber estado en la laminadora, ni comprometerse con el sindicato independiente ni tomar la iniciativa en Trailmobile, como Fidel en las plantas donde se contrató luego de compartir la experiencia con él. Y bien podrían Juan de Dios, los Luises, Mauro, el Jarocho y el puñado que escucharon sus primeros consejos, hallarse en otros lados o desinteresarse de sus palabras, o los demás dar vuelta a la hoja con los despidos ordenados por la patronal al enterarse de lo que preparaban. Y a final

San Ecatepec de los obreros

de cuentas llegaban a la huelga rodeados por medio centenar de plantas en calma.

El futuro se decidía diariamente y estaba también en manos de la empresa y de sus relaciones con las autoridades y los *charros*. El gerente podía llamar de vuelta a la CTM o acordar la entrada de la policía, y los 167 obreros que apenas comenzaban a constituir una real comunidad, en los cuales obraba la influencia de 167 familias, cada una particular, en el conjunto de los casos habían tomado la decisión sin estar plenamente convencidos, y nadie, ni ellos mismos, podía garantizar su comportamiento en el futuro.

Clausurar las puertas, hacer guardia para vigilarlas, quedarse sin ingresos, buscar solidaridad económica que en buena parte se destinaría a sostener las propias guardias, sin idea de cuándo y cómo terminaría el asunto, de entrada iba en contra, nuevamente, de cuanto aquellos hombres habían hecho a lo largo de la vida.

Aquella primera noche lo presentíamos en los rostros que el par de fogatas volvía huidizos, y en las charlas que se escuchaban a fragmentos. Más allá de la docena o así, que estaba resuelta a no ceder ante nada, a los huelguistas los dominaba la intranquilidad.

Amaneció y el día de amable sol otoñal, amenizado por el café de olla y el pan de dulce, muy pronto se fue al caño:

—¿A dónde?—gritó el Jarocho a un compañero

⊕

Jorge Belarmino Fernández

que estaba a punto de ganar la esquina. —Ya es hora de las comisiones.

La frase acabó con la cháchara desparpajada, y Mario apuró el trámite:

—Aquí los del boteo y acá los de las guardias.

La mitad había olvidado o no se había enterado de a qué se les asignó durante la reunión de la noche anterior, se hizo la confusión y voces encimadas preguntaban con desgana y chanzas. Irineo las cortó:

—Ya, no se hagan pendejos. Luis, léeles de vuelta las listas.

Nadie hizo caso así nomás al secretario general del sindicato, pues el cargo no dejaba de tener un sentido vago. De pronto hubo quienes pensaron que habían cometido un error y ahora estaban supeditados a un grupo de jefecillos no menos incómodos que los del común, delegados de un jefe mayor, el abogado, que fuera uno a saber a dónde los conducía ni, si se reflexionaba en la cuestión un segundo, con cuáles verdaderas intenciones. ¿No había algo oscuro debajo de aquello? ¿A poco unos y otro se habían tomado tantas molestias de gratis?

¿Quiénes eran, bien visto, el tal Castillejos y la tal Adelita? ¿Y el trío de güeritos con facha de estudiantes, que posiblemente también iban a darles órdenes? Raro, muy raro el asunto.

Las dos comisiones se juntaron y los de boteo fueron poniéndose cada vez más molestos, conforme les explicaban:

San Ecatepec de los obreros

—¿Qué?

—¿Y andar dando tristezas?

—¡Ni madres!

—Espérense, no vamos a pedir limosna —les respondió Luis paciente y comprensivo, pero a Juan de Dios no le pareció el método.

—¡A la chingada! —estalló. —O boteamos o nos lleva la verga. Así que ¡como van!

La breve protesta se resolvió con la formación de parejas que recogían los botes ya preparados.

—¿Y cómo va la cosa?

—Te paras, les cuentas por qué estamos en huelga...

—A mí no se me da el pico.

—Pues dejás que hable Élfego.

—¿Yo? No.

Nos ofrecimos a acompañarlos y recibimos miradas de muchas clases. De *¿A estos quién los mete? a Está bueno*, pasando por *Ya ni modo*.

Éramos cincuenta en una columna deshilachada, y al llegar a la Vía Morelos casi todos se deshicieron de nosotros. Los que quedaron esperaban que el Pelos, David y yo tomáramos la iniciativa, y cada uno subió con tres o cuatro compañeros a los primeros camiones que pasaron.

—Vamos a asustar a la gente —pensé, pero no había de otra y me tiré el discurso para el cual me había preparado una colección de boteos previos. En ellos recogía la herencia de quién sabe cuántos hombres y

Jorge Belarmino Fernández

mujeres que los habían hecho antes, y agregaba de mi propia cosecha.

Así se formaba la cultura en cualquier ámbito, como un acto de constante creación, al que aquella mañana se incorporaban los trabajadores de Trailmobile.

Se creería que era algo intrascendente, pero representaba un momento muy especial. Con lentitud y timidez mis acompañantes descubrían una manera distinta de relacionarse con los demás y con los ámbitos públicos. Su mirada se despejaba y apreciaban lo que antes les pasaba inadvertido, convirtiéndose en agentes activos de una ciudad que hasta entonces los apabullaba. Con el tiempo las calles y la gente se iluminarían mejor, y aunque fuera por un instante, una cosa similar sucedía en los pasajeros.

Era emocionante ver a un huelguista decidirse no ya a hablar, sino acercar el bote a las personas, y resquebrajar la muralla que desde su nacimiento se le había impuesto frente a los desconocidos y lo ajeno. O buscar en el gesto de los escuchas la reacción que les producía la repentina invasión del espacio neutro, de nadie, del camión más allá del asiento que se ocupaba. Sus rostros se iluminaban al encontrarse con una mirada o una palabra de simpatía o de entendimiento.

Era emocionante a la vez, observar el comportamiento de la gente, que en principio y en su conjunto resultaba de sordera profunda; que en tal y

San Ecatepec de los obreros

cual caso denotaba inquietud o irritación, y que para una variable cantidad se transformaba durante los cuatro o cinco minutos que duraba el asunto.

La tarea requería, claro, tomársela con pasión. Hacía unos meses lo había confirmado hasta el agotamiento, con el medio centenar de viajes diarios para apoyar al movimiento tranviario. Es cierto que de tal modo cumplía mi vocación de merolico, buscando el aplauso en la atención del público, y que al terminar el espectáculo me sentía realizado, olfateando la gloria del siguiente.

En todo caso, así tardara tiempo y fuera en menor grado, nada resultaba igual, ni para los boteadores ni para los pasajeros, después de esa suerte de mítines relámpago que a diferencia de los tradicionales, a través del acto de dejar una moneda permitía a los espectadores ser algo más.

Y nuestros compañeros de aquella mañana comenzaron a entenderlo, cada uno con una intensidad distinta. Al cabo de una semana había expertos que de regreso a las guardias presumían su cosecha agitando los botes y compitiendo entre sí.

De revoluciones

Vaya uno a saber por qué la Liga 23 de Septiembre se apareció en las zonas fabriles de Ecatepec hacia 1974, acusando de traidores reformistas a quienes se dedicaban al trabajo sindical, y si la autoridad usaba su nombre para provocar. Pero la idea del reformismo de los sindicalistas la compartía buena parte de la

Jorge Belarmino Fernández

izquierda, de la más osada a la que se la pasaba en círculos de estudio y pintando bardas. Preguntaba en qué caray ayudaba aquello a la revolución.

Manuel y Leopoldo, que por entonces se iniciaban en la lucha, en unos años ingresarían a una organización de izquierda, y a pesar de que su acción se extendería a otras fábricas a través de la Coordinadora Obrera de Ecatepec, defenderían la autonomía de los sindicatos frente a las injerencias del PRI y de los propios grupos de izquierda. En el caso de estos, por la tendencia a hacer de sanguijuelas en movimientos a cuya formación no habían contribuido.

Como sea, no había luchas en el municipio y en el resto del país, que en mayor o menor grado no resultaran de inmediato en un choque de clases y una confrontación con el régimen. Spicer era un buen ejemplo.

Formalmente la fábrica pertenecía, por unos cuantos centenares de metros, a Tlalnepantla, pero estaba en el mismo corredor industrial de Ecatepec, y un buen número de sus trabajadores vivía en las proximidades de la Vía Morelos. Cuando en 1969 se produjo allí un intento por cambiar a los delegados del sindicato charro, la empresa se solidarizó con éste, dio permiso a la policía de llegar hasta las máquinas y sacar a punta de pistola a los veinticinco compañeros cuyo despido aprobó.

Tres años luego, echaba a otros diez, por el mismo motivo, y un poco después del momento en el cual va nuestro relato, al estallar la huelga el dueño

San Ecatepec de los obreros

obtendría el apoyo de las patronales de la industria automotriz, que a su vez conseguirían el de la Secretaría de Industria y Comercio, para abrir las fronteras a la importación de los ejes para autotransportes fabricados en la planta.

¿Qué más recurrente enfrentamiento al sistema podían reclamar quienes acusaban a estas luchas de conformistas?

Agustín

A Agustín alguien le puso Porfirio, porque su ojo derecho no veía, como Porfirio Cadena, el del corrido. Era un apodo de los miles que se les ocurrían a los obreros apenas llegaba un desconocido. Parte de la cultura de la ciudad, pues, a través de la cual uno podía calcular con cierta exactitud si alguien había nacido allí o cuánto tiempo llevaba. Bastaba reparar en la velocidad y el tino de los sobrenombres.

Con todo y que el de mi compadre se lo habían puesto con cariño, a él le dolía aunque no dijera nada ni intentara cobrarse, porque no tenía modo. No lo había tenido nunca, estoy seguro, desde cuando sus padres decidieron dejar el pueblo. Pero no era el origen campesino el que le impedía manejar el humor filoso y otras artes para abrirse paso en estos lados.

Conozco poco de su historia familiar. Sólo sé que algo se escondía en el trato extremadamente respetuoso de Agustín hacia su padre, a quien besaba la mano al llegar o despedirse. Era algo que me parecía una pelea por quererlo sin olvidar el sagrado lugar de

Jorge Belarmino Fernández

su madre. Tal vez por la devoción hacia ella, se había hecho un hombre muy responsable y no aprendió a ser gracioso y ocurrente ni a gastar el tiempo con amigos.

Lo del ojo había sucedido en la empacadora Brenner, donde trabajaba desde chamaco, por un bicho que crece entre la carne muerta. Le había comido el ¿iris? y eso le daba un aire melancólico, que completaba el de su andar despatarrado y su ensimismamiento.

Con nadie en Ecatepec hice migas tan pronto. Tres o cuatro encuentros después de que nos presentaran me invitó a su casa, donde luego me recibían siempre que no tenía un punto fijo al cual ir.

La invitación se debía en parte a que, a diferencia de la mayoría de los trabajadores de por allí en esos primeros años, la casa era propiedad de la familia y por ello más o menos amplia y acogedora. Como todas las de su tipo iba creciendo y remodelándose con los años, y en ese momento acababan de inaugurar un cuarto sólo para Agustín, en quien cada vez más descansaba el sostén económico de la familia.

El cuarto estaba tras el patio, frente al espacioso rectángulo que sin divisiones de por medio separaba el lugar de los padres, la cocina, la tele y las camas de la primera hija y el segundo hijo.

Agustín estaba orgulloso de la intimidad recién ganada y del reconocimiento que de ese modo se hacía de su papel en el hogar. Del costado contrario a la cama cuidada por un Cristo, había puesto una mesa

San Ecatepec de los obreros

donde apuntaba sus pensamientos en un cuaderno. Eran de unas cuantas líneas, escritas con trabajo. Mirándolas me llamaba la atención el contraste con la riqueza de las conversaciones de Nabor.

La diferencia residía, me parece, en que éste, satisfecho con su vida, no esperaba nada del futuro, y el que sería mi compadre, sí. Estaba lleno de sueños y dispuesto a remar contra la corriente para darse sentido y dárselo a los desvelos de la madre. Entre nosotros y a través la modernidad de la cual la palabra escrita parecía ser la clave, veía despejarse una puerta hacia ellos.

En 2008 fue a él a quien primero y con más afán busqué. No pude hallarlo y cada vez más sentí su falta.

Los de a fuerzas

Treinta años son siempre muchos y más en el México contemporáneo. A principios de los setentas el PRI seguía siendo el monolito de las tres décadas anteriores, cuyo fin no se avizoraba; en el área metropolitana de la capital de la República había la mitad de los habitantes de hoy, a los campesinos no quería condenárselos a desaparecer y constituían todavía el cincuenta por ciento de la población; los precios de los cines y las rentas de los viejos edificios estaban congelados; no había ejes viales ni los automóviles se apropiaban por completo de las calles y la vida personal; los conservadores con el PAN al frente continuaban su siglo de estancia en la más densa sombra,

Jorge Belarmino Fernández

el planeta no se decía globalizado, no existían las computadoras personales ni la Internet ni los teléfonos celulares; el narcotráfico resultaba un chiste, nadie imaginaba el surgimiento de los *tabledance* y el sindicalismo corporativo se encontraba en la cúspide.

Cuando transcurrían nuestras historias, los líderes de estos sindicatos en Ecatepec constituían un grupo muy variado. En un extremo había un tipo que vestía y vivía como un banquero en la ciudad de México y era tratado con respeto por los medios de comunicación, y en el contrario, otro a quien sólo conocían en su casa de San Miguel Xalostoc.

El primero recibía con aire paternal a los trabajadores inconformes, para al despedirse de ellos y sin perder la compostura, ordenar los callaran a como diera lugar, y el segundo les sacaba la pistola en plena calle, apoyado por las uñas y los cuchillos de cocina de su esposa, sus hermanas y cuñadas.

Descendían de una casta tan antigua como el régimen posrevolucionario, sin la cual éste no se entendía. El primer gobierno de las corrientes que salieron victoriosas del movimiento armado, había contado ya con su ayuda, mostrando el camino para que una pequeñísima porción de trabajadores y asesores se hiciera parte de la familia revolucionaria y gozara de sus privilegios, hasta introducirse, en los más exitosos casos, en la gran burguesía nacional.

Don Carlos recuerda los prácticos consejos que su padre desoyó cuando era dirigente del sindicato

San Ecatepec de los obreros

aquel de oficios varios. Se los había dado otro líder, mostrándole la forma en que las exigencias de los agremiados podían convertirse en buenos metros de manta o dinero contante y sonante.

Este no es un libro sobre historia del movimiento obrero y no intentaremos resumir el proceso del sindicalismo corporativo. Pero es importante no olvidar que para 1970 éste había experimentado grandes cambios desde los cuarentas. Hasta entonces a los charros no les había sido del todo fácil mantener su influencia.

Las condiciones cambiaron con los golpes a los movimientos de 1958-1959. Entonces el sindicalismo oficial vivió su “década de oro”, convertido “en uno de los pilares del sistema político mexicano”, cada vez más cercano a los patronos que a sus agremiados²⁷.

La experiencia de las luchas de los años setentas en Ecatepec y lo que algunos compañeros aprendieron después, al penetrar como oposición la maquinaria del poder en el municipio, no basta para descifrar las redes del corporativismo allí.

Los datos oficiales no permiten precisar el porcentaje de empresas en las cuales los charros metían la mano en la zona, pero el conocimiento empírico señalaba su estancia en la absoluta mayoría de ella. En un dibujo simplista, encontraríamos que no existían allí plantas pertenecientes a los grandes gremios nacionales, en los cuales había una larga tradición reivindicativa y corrientes progresistas. En general

27. Del citado libro de Francisco Pérez Arce: *El principio*.

Jorge Belarmino Fernández

no se requería, pues, ejercer un control estrecho ni friccionarse con los patrones y las gerencias, exigiendo continuas mejoras. Los contratos de protección se extendieron, los líderes tendían a ver en su actividad un mero negocio y un mero trampolín para cargos de elección popular, y eran usuales las disputas entre ellos por el botín. De un lado estaban las secciones de la CTM, y del otro la COR, la CROM, la CROC y las centrales estatales, particularmente agresivas, como la COCEM y la CTC.

Eso revela muy poco, en verdad. Quizás lo único significativo que podemos anotar, es que la mayoría de las mafias no tenían su centro en el municipio. Si bien era importante para ellas, lo atendían de lejos. Unas, sin embargo, incluyendo un par de secciones cetemistas, veían en Ecatepec un coto privado sobre el cual sustentar su crecimiento.

Para los obreros y obreras cada fábrica representaba una peculiar relación con los charros, y según progresaba su conocimiento, permitía diseñar estrategias diferentes. Por ello a veces se planteaba la lucha frontal, proponiendo sindicatos independientes, y a veces se trataba de ganar espacios sin confrontar a las dirigencias. También por ello se terminarían concibiendo mecanismos de lucha más allá de las plantas, en los terrenos de mayor vulnerabilidad para los líderes (sus hogares, por ejemplo).

Para entonces tal vez habíamos topado a un personaje que puede hacer luz sobre el entramado aquel, y sobre la rudeza con que empezaba a enfrentar

San Ecatepec de los obreros

la evolución del descontento obrero. Se trataría del pistolero que conducía a los golpeadores en el rompimiento de la huelga de General Electric.

Según algunos era Wallace de la Mancha, quien luego adquiriría una siniestra celebridad en el municipio. Por ejemplo, en Babcock and Wilcox, otra empresa de Cerro Gordo, cuando en 1986 los trabajadores tomaran simbólicamente la fábrica, preparándose para el recuento entre su sindicato independiente y el cetemista. Este es el relato de un periodista presente durante los hechos, y está contado desde la perspectiva del propio de la Mancha:

—Cinco sujetos platican con los obreros en las puertas de la empresa, parecen periodistas. De un *walkie talkie* salía la voz de radio de un patrullero.

Aquel aviso te confundió. De momento tus hombres asimismo se extrañaron. Se te adelantaron Wallace.

—Mire sargento usted haga la señal convenida porque esos también se mueren.

Cuando el jeep policiaco encendió la sirena, frente a la fábrica aparecieron dos camiones con individuos agitando palos, chacos y pistolas.

—¡Ya llegó Wallace de la Mancha, cabrones!

Un periodista, con credencial en mano, se enfrentó al grupo:

—Somos de la prensa.

¿Recuerdas cómo te reventaba la sangre? por las sienas, por los ojos, por los huecos y con un placer rugiste en el silencio de la calle:

Jorge Belarmino Fernández

—A esos también mátenlos.

Cómo gozaste aquella refriega. Tus hombres lanzaron bombas en dos carros estacionados, pero el imbécil del sargento se alarmó; huyó por la bocacalle donde esperaban otros dos camiones de Gregorio Velázquez, secretario general de la CTM en Toluca y hermano del sempiterno Fidel. Los periodistas se treparon a tiempo en el jeep.

—Disparen —rugiste.²⁸

Ese hombre, a quien antes se había acusado de ser el asesino de Misael Núñez, el dirigente magisterial que trabajaba en la primaria de Tulpetlac, hacía apenas sus pininos cuando, siempre de acuerdo a esta versión, llegó a las guardias de la General Electric en 1974, y era ya un protegido de Leonardo Perete, secretario de la sección 11 de la CTM, con residencia en Tultitlán.

Tal vez, parece —según algunos, aclaro—, puesto que yo a quien creí reconocer aquel medio día en la General fue a Robles Santibáñez, el encargado de hacer el trabajo sucio a Francisco Pérez Ríos. De haber sido él, la operación de la General se habría organizado en Paseo de La Reforma, donde el SUTERM tenía sus oficinas.

Pero si en verdad fue Wallace, el SUTERM, el Sindicato Nacional de Industria que se había formado con la fusión forzada de los electricistas de 28. El artículo es de nuestro amigo Alberto Dogart, y se llama “Wallace de la Mancha: un producto hecho en México”. Está publicado en el número 40 de la revista *Tratado de Libre Comercio*, de marzo-abril de 1991.

San Ecatepec de los obreros

Rafael Galván durante la Insurgencia Obrera, debió comunicarse con la CTM mexiquense y ésta a su vez con Perete²⁹.

¿Eso indicará que la Central estaba bien coordinada a nivel del estado y de los municipios, y que los empresarios a quienes se ofrecía o que solicitaban sindicalizar a sus trabajadores, aunque quizás trataban con un dirigente solitario, estaban seguros del aval de la organización? ¿Otro tanto sucedía con la CROM, la CROC, la COR?

El PRI municipal no estaba dominado por el sector sindical, sino por la CNOP. A partir del gobierno de Miguel Alemán, en buena medida la fuerza de ésta residía en sus nexos con el empresariado, de manera que no debe sorprender su hegemonía local. Pero la CTM y el resto jugaban desde luego un papel destacado, y tampoco era extraño que a Wallace se le encargara el “zafarrancho” en las elecciones de 1983 en Tultitlán.

En la guerra que estaba en curso en Ecatepec y en el resto del país, esas mafias representaban a un sector del régimen que era aliado de los empresarios y estaba por encima de ellos. Se trataba del sector más cercano al conflicto, con sus propios intereses, y conforme la lucha avanzaba se constituía en el primer enemigo a vencer.

La forma en que durante los últimos años se habían alejado de los reclamos de los asalariados, que

29. En realidad estoy usando la confusión que por un momento tuvieron algunos compañeros. Porque no hay duda de que quien iba al frente de los golpeadores era Robles Santibáñez.

Jorge Belarmino Fernández

le servían de base de sustento, cada vez más hacían inútil el propósito inicial de usarlas.

Don Melquíades el misterioso

A Don Melquíades lo conocí sin proponérmelo, aunque no por casualidad. Fue una tarde en el puesto de la esquina de Trailmobile. Pidió un refresco a mi lado y en cuanto lo vi caí en cuenta de que me lo había topado con frecuencia, pero no atinaba a decir dónde ni en cuántas ocasiones.

Saludó como por rutina, mientras yo recordaba que había percibido su figura allí mismo, cuando la huelga; en un mitin a las puertas de la empresa de partes para electrodomésticos de la Rústica; en el billar en el que a ratos nos veíamos con Fidel, el Güitas, la Lombriz y otros zacatecanos, y en algún sitio más que no precisaba.

Y me preocupé. ¿España? Era difícil creerlo, por su aspecto: cerca de setenta años, ojos bonachones, grandes y callosas manos de obrero curtido. ¿Pero por qué aparecía en tantos y tan inesperados lugares, buscando confundirse entre la gente?

Debía deshacerme de él antes de la llegada de los compañeros de Acumuladores Industriales, que estaban organizándose³⁰.

—Perdone usted —dijo leyendo mis pensamientos, y repitió la fórmula para presentarse

30. Me apena no hablar de la lucha de AISA, que tenía mucho de ejemplar. Y es que a pesar de lo mucho que estimaba a estos compañeros, no recuerdo detalles, ni conservo documentación alguna.

San Ecatepec de los obreros

que había desarrollado en años, de modo de transmitir confianza. Se trataba de una fórmula que lo hacía parecer extremadamente ingenuo, cuando cada vez lo era menos. Y continuó:

—Yo estuve en el sindicato independiente de Ideal Standard... Usted sabe de ese sindicato, ¿verdad?

Sus palabras me tranquilizaron e inquietaron al mismo tiempo, y al ver a los de AISA acercándose, se despidió. Intrigado, lo vi marcharse con el paso lento y firme de quien había hecho de caminar una profesión o un arte.

Pasaron los meses y volví a hallarlo en los bajos de La Loma, por donde cruzábamos en nuestra búsqueda de una ruta para la marcha del primero de mayo. Estaba al pie del tenderete donde una señora vendía las que no sabíamos eran las famosas *canelitas* de las cuales luego me hablaría Leopoldo.

Levantó el jarro, convidándonos, y aunque no teníamos la menor intención de aceptar, nos detuvimos. Fue en ese momento que posiblemente vi a quien sería el secretario general del primer comité liberado por los trabajadores y trabajadoras de Kelvinator. Se trataba o no de éste, Don Melqui saludó al hombre que pasaba, en quien apareció la misma exacta expresión que la mía en el puesto frente a Trailmobile. También a él debía resultarle vagamente familiar y extraño el viejo, quien siguió su marcha con los ojos y sentenció en voz baja, para sí:

—Se vienen muchas y grandes cosas.

Jorge Belarmino Fernández

—Está de atar —fueron las palabras del Pelos, y yo estuve seguro de que se equivocaba; de que el jubilado no hablaba por hablar y sabía cosas que los demás no imaginábamos. Algunas quizás estaban en el viento, como presagios.

Ganarle al hambre

Habla Leopoldo³¹:

Cuando nosotros llegamos, La Loma era un bosque entre cañadas, que seguía hasta Cerro Gordo. No estaba la autopista a Pachuca y había armadillos, conejos... Al frente había baldíos y campos de futbol, y allá a lo lejos estaba el pueblito de Tulpetlac, donde la virgen de Guadalupe se apareció a Juan Diego y demás. Nosotros fuimos de los primeros pobladores porque mi papá había encontrado trabajo en Kelvinator, que estaba a cinco minutos caminando.

Veníamos de tener buenas tierras, de ganar buen dinero con el corte de los árboles de nuestro monte, y nos proletarizamos gacho. Mi padre tenía un pequeño salario, mi madre se convirtió en una señora de colonia, que se parte la madre para conseguir comida para sus hijos y pide a las vecinas, etcétera. Nos quedábamos sin dinero y ella pedía los cincuenta pesos para irse a Michoacán a pedirle ayuda a mis abuelos, y regresaba con maíz, con frijol, con habas, con guajolotes o gallinas. Y repartía una parte entre las señoras de por ahí. Cuando lo ves con el tiempo, esas son como grandes lecciones de moral y de solidaridad.

31. El nombre completo de nuestro compañero es Leopoldo Garduño Gómez.

San Ecatepec de los obreros

Cuando cumpla los doce años y voy a entrar a la secundaria, mi papá, que lo habían echado de la fábrica y se había convertido en albañil, estando cimbrando, una viga cayó y le rompió dos dedos del pie. Estuvo mucho tiempo sin poder trabajar, y mi hermano mayor, que tenía diecisiete años, había perdido el trabajo como técnico en la Morotola, porque cambiaron la empresa de Ecatepec a Querétaro, creo.

Y me puse a trabajar: en una tortillería, dando grasa a los zapatos y vendiendo chicles en los camiones. Y juntaba quince, veinte pesos, que era casi el salario mínimo. Además había tiraderos de las plantas y me iba a juntar fierros para vender a los depósitos. Conocí a los vagabundos, a los que se habían desquiciado, pues. Con ellos las enseñanzas eran de cómo sobrevivir. Les preguntaba:

—Oye, ¿cómo le haces en las noches de invierno?

—Pues fácil —me contestaba uno. —¿Conoces la tierra donde echan los de Aceros Ecatepec? Me entierro...

Como era tierra caliente, iban haciendo un hoyo y allí la pasaban. Por eso andaban tiznados. Era una negrura acumulada en años.

Yo le buscaba por donde fuera, porque sabía que mis hermanos tenían que comer. Era muy allegado a la Iglesia, iba mucho a la parroquia de Tulpetlac, las madres me querían mucho, yo las ayudaba y a cambio te daban que el kilo de frijol y así.

Y las madres me dijeron que había unas viejitas que necesitaban que las cuidaran, y que si quería irme a vivir con ellas. Me iban a dar escuela y demás. Y le pregunto a mi madre y me dice que vaya si quiero. Y me encuentro

Jorge Belarmino Fernández

con una residencia en la colonia Del Valle, en la Ciudad de México, enorme, con hall, piano... Eran parientes del dueño de Gigante, creo. Entonces me doy cuenta de que, ¡ay, buey!, hay otro mundo. Y afortunadamente no aguanté. Empecé a sentirme mal cuando empezaron a llegar los niños de la familia. Yo no sabía patinar y ellos sí... Chavitos con todo, pues se desplazan de otra manera, y, como yo, crueles y cabrones por la edad... Me regresé.

Me puse a trabajar de vuelta, pero mi madre ya no quiso, porque cuando venía mi abuela le avergonzaba mucho que yo diera grasa, que olierá... Y entonces a fuerzas me dijeron que me metiera en un restaurante con un familiar. ¡Cabrón!, ¡qué explotación! Trabajé de seis de la mañana a seis de la tarde, con una comida al día, y por una semana me dieron ¡seis pesos!

Ahí decidí que tenía que estudiar la secundaria. Yo sabía que la miseria y todo el entorno era debido a la ignorancia que nos cargábamos. Si no estudio, me dije, voy a reproducir lo mismo.

Pero por otro lado yo era muy feliz, ahí en el bosque y todo lo demás. Entré a la secundaria y me di cuenta de la cruda realidad. Yo tuve muchos problemas por el color de mis ojos. Era como el prietito del arroz. Puro muchacho moreno, y a mí no me perdonaban que tuviera el ojo de color y tenía que agarrarme a chingadazos todos los días.

Entonces iba a la secundaria, regresaba, agarraba el cajón para bolear, porque si no, no tenía dinero para la escuela. Era muy pobre la secundaria, pero los maestros eran excelentes. Yo de ahí salí filoso en el conocimiento. Por

San Ecatepec de los obreros

eso cuando hice el examen para el CCH quedé entre los primeros, y no me lo creía. Como que la necesidad te hace dar resultados.

Yo iba a la escuela casi sin desayunar nada y sin almuerzo. Y me decía mi madre:

—Ay de ti si pides algo.

Era una clase de moral, como las muchas que me daba. Y ahí fue donde hice la reflexión más importante de mi vida: “Si no dejas que el hambre te doble, nadie ni nada te va a doblar nunca”.

Saliendo de la secundaria fue que entré a trabajar a Kelvinator.

Que a La Choza le falta una placa

El tercer encuentro con Don Melquíades fue una inusitada tarde en La Choza. Agustín era abstemio; los cooperativos nos habíamos prohibido el alcohol, al menos andando entre trabajadores; aquella era una cantina y estaba en San Cristóbal, muy lejos de los lugares del Güitas.

Mi futuro compadre, Guadalupe y yo habíamos ido de paseo y caminando, caminando, terminamos en la cabecera municipal, que ellos no conocían por dentro ni de vista. El zacatecano descubrió el letrero, dijo que tenía sed y entramos. El colmo fue encontrar en una mesa al misterioso jubilado.

Nos sentamos con él y la necesidad de compartir con alguien su solitaria tarea de los últimos tres años, que todavía no se atrevió a confesarnos, le soltó un poco la lengua. La conversación sacó

Jorge Belarmino Fernández

colación de temas. Uno de ellos eran los trabajadores de Alumex, con quienes nosotros ya habíamos entrado en contacto.

—Aquí, en La Choza, fue donde empezaron —dijo Don Melqui, y me pregunté si el Pelos no había tenido razón y nos hallábamos ante un delirante mentiroso. ¿Cómo podía afirmar algo tan preciso y a final de cuentas intrascendente, según yo en ese momento? ¿Intuía él tan pronto, que ninguna experiencia en Ecatepec se parecería a la que empezaban a desarrollar Juan y sus compañeros, a la cual luego sumarían a Vidriera, una empresa hermana en varios sentidos?

He dicho empezaban, y no es cierto. En realidad la historia había arrancado casi al tiempo que la de Trailmobile, con una significativa diferencia: nadie había llegado a Alumex sabiendo de sindicatos.

Una buena parte de los trescientos trabajadores se había contratado recién inaugurada la planta, que hacía vidrio plano. Después de cuatro años de amarrarse los cinturones por los ruegos del patrón, y cuando éste había dejado de decirse su amigo, fueron a reclamar lo suyo.

—¿Qué pasó con el seguro social, señor Campos? ¿Y el equipo que nos dijo? —le preguntaron, y él salió con su vieja cantaleta:

—Ya prontito.

Al décimo pedido buscaron a los charros de la COCEM, que hacían mucha propaganda para convencer a los trabajadores de afiliarse.

San Ecatepec de los obreros

—¿Tienen contrato con alguien?—les preguntó el charro Moreno en su despacho de Tlalnepantla.

—No.

—¿Seguro?—insistió él, que conocía las mañas de sus colegas.—Mejor vemos en la Junta.

De ese modo se enteraron que un sindicato de vidrieras de la CTM había tratado con Campos. Y se entrevistaron con Fragoso, su líder. Ni se acordaba el individuo, del contrato aquel.

La buena fortuna hizo que el tío de alguien trabajara en Vidrio Plano, la gran empresa del ramo, cuya organización independiente asesoraba el FAT. Les dieron unas recomendaciones y no necesitaron más para explorar las dos posibilidades: crear un nuevo sindicato o una comisión de delegados que no le armara bronca a Fragoso y le propusiera renegociar con el patrón lo del seguro y diversos asuntos más.

El mafioso no les prestó atención y cuando escuchó que le estaban moviendo el piso, convocó a una asamblea en la planta, a la cual se hizo acompañar por sus ablandadores. Llegaba tarde al asunto, y ni con estos impidió que lo mandaran a volar.

Las protestas dentro de la fábrica aumentaban en tono y cantidad, y vinieron los despidos.

Hasta ahí las cosas habían seguido el curso normal de un grupo que se organizaba. Luego la lucha adquiriría una intensidad y un modo que habría sido una verdadera desgracia no culminara como lo hizo.

—¿De veras aquí fue donde tuvieron sus primeras reuniones?—le insistí a Don Melquíades el

Jorge Belarmino Fernández

día en la cantina de San Cristóbal.

—Sí, aquí, en La Choza —aseguró de nuevo con aplomo.

No estaba del todo en lo cierto el viejo, porque lo de verse allí había sido en la segunda etapa de la organización. En todo caso, tal vez pensaba ya lo que a mí se me ocurriría con el tiempo: que en el lugar debía haber una placa o algo por el estilo, que recordara el momento, al modo que se usa tras la visita de artistas y políticos.

El Ojitos

Me había acostumbrado a andar bien avanzada la noche por la Industrial, y un miércoles, recuerdo bien, después de unas horas de trabajo regresé a la huelga de Trailmobile.

Bajé del Huixquilucan en la contraesquina de la Brenner, cuando salían los últimos de los segundos turnos. La sombra era gruesa de ese lado de la calle y no supe de dónde saltó el mocoso de cuatro patas que me asustó con su ridículo ladrido. Debía tener dos meses o así, de nacido, y sus ingenuos ojos brillaban coronando el circo que hacía para conquistarme.

No se podía evitar sonreírle, ni que él malentendiera el gesto y me siguiera convencido de haber ganado, al fin, un hogar. Al fin, digo, pues parecía llevar un buen rato así y entender ya que si luego de unos metros no había un nuevo signo de amistad en el interfecto al paso, debía probar con el próximo, y me dejó al cruzarnos con un paisano.

San Ecatepec de los obreros

No le hizo el mínimo caso el hombre, sin duda acostumbrado a escenas de ese tipo, y como yo volteé interesado en su suerte, regresó sobre mí. Avanzando a la manera de dos buenos amigos, le expliqué la situación, pero a él le pareció una muestra indubitante de haber conseguido el objetivo, y no paraba de dar brinquitos y ladridos eufóricos.

Pensé en llevármelo a la huelga, pero alguien se me había adelantado un par de días, con no pocas protestas de los demás. En esas estábamos al bajar al arroyo en la esquina, cuando a unos metros en una sola acción un trailer arrancó y prendió las luces. Con dificultades el inexperto Ojitos dio marcha atrás antes de que se lo llevara el diablo.

Luego hubo un par de tensos minutos, de yo volverle a explicar y él de mirarme con el espanto que le había dejado el animalote aquel y el descubrimiento de un lado hasta ahí desconocido del mundo de espantos al cual lo habían entregado. No sé lo que habría hecho yo de no atravesar una pareja y a la mujer venírsele la ternura al contemplarlo. Con ellos reanudó el camino y yo volví al mío.

Una hora después Juan de Dios me pidió que lo acompañara a su casa por un anafre, creo, y el Ojitos continuaba en su búsqueda, ahora desesperada e inútil, pues para entonces la noche se había quedado a solas con sus fantasmas.

Al olfatearnos echó a correr en dirección nuestra, pero íbamos por la banqueta contraria y los arres-

Jorge Belarmino Fernández

tos para repetir la experiencia de cruzar se le acabaron con el rugido de un horno que despertaba. Dio un giro enloquecido, la máquina cobró fuerza y salió de estampida.

La desesperación, sin embargo, debió obnubilarlo, y nosotros de vuelta a la huelga, no estaba más en la misma acera sino en la de enfrente, donde la empacadora, presentándole su espectáculo al policía de la caseta, que en su infinita soledad lo festejaba. Sonó un claxon, el policía se levantó disparado para abrir la puerta y el auto que salió por ella casi le arrancó la cabeza al enano, quien de nuevo se dio a la carrera.

La mañana siguiente, camino a botear, encontré a nuestro amigo una cuadra más allá. Seguramente de un puesto o de una bolsa con el almuerzo había caído lo necesario para llenar la pequeña panza, y se divertía con los paseantes. No iba más suplicando detrás de ellos, sino juego tras juego, de modo que en apariencia le había encontrado el gusto a la incertidumbre.

—Así es esto —debía decirse—, y no está mal. Un poco peligroso, pero entretenido.

Subí al camión con un par de compañeros, contagiado por su optimismo y su espíritu libertario.

Al terminar la tarea cuatro o cinco horas después, lo descubrí desde la ventana, antes de apearnos. Era un montoncito de carne muerta al borde de la Vía Morelos.

Cuento esta historia porque refleja un lado de la vida en el Ecatepec obrero, y porque los perros tuvieron en esos años un significado muy importante

San Ecatepec de los obreros

para mí. Algunos serían tan entrañables como el Ojitos, y otros, queriéndolo o no, se convertirían en terror después de aquella tarde en la General Electric.

Cristina³²

Yo estaba entre un círculo de obreros que en el local del Frente Auténtico del Trabajo (FAT) miraban de reojo y con coraje a Cristina, una de sus compañeras siempre con la risa en la boca y en los ojos, y aquella tarde más animada que nunca.

Trabajaban en una pequeña fábrica cuyo nombre no diré, y durante años habían sido tratados como escoria por el patrón. Por la mañana, después de meses de preparación, habían declarado la huelga de una manera que sólo podía ocurrírsele al FAT, la organización más ingeniosa del país: tomar la planta no desde fuera sino desde dentro.

Desconcertado, el abogado de la empresa llamó al actuario de la Junta Local de Conciliación y Arbitraje y a la policía, con la seguridad de que aquello se saltaba la ley. No era así, pero el actuario ordenó a los uniformados abrir la puerta. No pudieron y hubo que traer un soplete. Mientras la flama quemaba la cerradura, los vecinos se juntaron y uno podía sentir que a la primera oportunidad se solidarizarían con los huelguistas. Lo único que faltaba es que estos les dieran pie.

32. Excepto en el caso de los cinco compañeros que me ayudaron a hacer este libro, no doy más que el primer nombre de pila de nuestros personajes, porque conociendo los apellidos de muy pocos, mencionarlos resultaría injusto con los demás. En cuanto a Cristina, por obvias razones, aunque los supiera no los diría.

Jorge Belarmino Fernández

Pero cuando el del soplete terminó su tarea y la policía se puso a detenerlos, los trabajadores se paralizaron. Parecía que todo acababa ahí, hasta que Cristina se sacudió la mano del agente que la jalaba y se le echó encima. Entonces la gente del barrio se acercó gritando y las fuerzas del orden, el actuario y el abogado patronal se hicieron humo. Una marcha triunfal coronó el momento.

Eso celebrábamos por la tarde en el local. Aunque no todos estaban igualmente contentos. La mayoría de los hombres no le perdonaba a Cristina haber sido más valiente que ellos, y ahora se dedicaban a hablar mal de ella, asegurándose que era una cualquiera que en lo oscuro se dejaba hacer cuanto ellos quisieran, a cambio de un regalo. Quizás era verdad, pero contemplándola, joven, hermosa, segura de sí misma, a mí no me cabía la menor duda de que en todo caso ella había jugado con ellos, sin dejarse poseer jamás, la hubieran penetrado o no. De modo que posiblemente lo de la mañana había caído sobre un viejo resentimiento hacia ella.

Los personajes de este libro en su mayoría son hombres, porque las luchas y la organización en las cuales participamos se dieron en centros de trabajo donde no había mujeres o había muy pocas. No estábamos todavía en tiempos en que el mercado demandara mayormente la mano de obra femenina y seguía sosteniéndose la idea de que el sexo débil en verdad lo era. Sin embargo, ya había muchas Cristinas por todo el país, probando en público lo contrario.

San Ecatepec de los obreros

En público, digo, pues cuanto sucedía en aquel nuevo despertar de la clase obrera, no se entendía de ninguna manera sin las madres y las esposas.

Ellas y el secreto

Era una mañana cualquiera entre semana, y hacía horas los hombres, formando arroyos, habían abandonado las casas rumbo a las fábricas, cuya presencia podían ver y oler las mujeres que trajinaban para sostener y completar lo que ellos hacían.

Los niños y las niñas se habían marchado también con su bulla, y sobre las colonias caía una paz aparente, en la cual circulaba un sentido del tiempo desconocido para sus esposos o sus hijos e hijas que troquelaban, soldaban, torneaban, montaban, empacaban, se paraban frente a las prensas y los hornos, entre bandas y cadenas por donde andaban incesantemente piezas de mil clases, entre un concierto de ruidos.

Por el hormiguero de hogares de las colonias, las mujeres escuchaban sólo sus pasos, el arrastrarse de la escoba contra el piso, el borboteo de las cazuelas, el frotar de la ropa enjabonada, el agua que caía de las jícaras, los reclamos de los bebés y de las pirinolas que todavía no tenían edad para la escuela; el viento soplando contra el tendedero, media docena de gallinas en el patio o en el de la vecina, los perros que jugaban o peleaban en la calle, los pájaros que saltaban de rama en rama o pasaban de largo buscando la media docena de árboles en muchos metros a la redonda, bajo el sol

Jorge Belarmino Fernández

que se venía a plomo o entraba a rayos o fulgores por la puerta.

Andaban las mujeres de aquí para allá en los cincuenta o cien metros cuadrados a los cuales se reducía su vida, mezclando tareas, haciendo cálculos mentales sobre cómo distribuir el dinero que había de repartirse de forma de contar siquiera con lo mínimo para el almuerzo, la comida y la merienda de seis, ocho, diez o más, durante siete días, y en la renta, si no se había corrido con suerte para que el suelo que se pisaba fuera de uno; en los uniformes, los zapatos de fulana y sutano, que no daban para más; en los pasajes del camión a la escuela, al mercado, a la clínica.

Sus señores y sus criaturas rodaban de un lado a otro, con centenares de compañeros y desconocidos que traían decenas de pueblos y ciudades encima, y ellas a cada rato les hallaban palabras, tonos, modos, ideas nuevas, que a veces anunciaban convertirlos en seres extraños.

Y eso las confirmaba en el pensamiento de que, a la manera de sus madres y sus abuelas, debían ser las que jamás se pierden, las que eternamente recuerdan, en quienes el pasado se conserva. Al menos tanto como se podía o era recomendable, puesto que lo que todos habían dado era un paso gigantesco, para encontrarse con pura novedad. Que no resultara un salto en el vacío, esa era su responsabilidad, de modo que nadie se extraviara en el camino.

Un día le pregunté a nuestro sabio, Nabor, si le parecía que así eran las cosas. Me miró extrañado y

San Ecatepec de los obreros

entendí que jamás se había preocupado por el asunto, como por ningún otro relacionado con las mujeres. Se quedó pensativo durante largos minutos.

—De si son ellas las que guardan el secreto, no sé —habló al fin. Si dices que uno viene aquí, a la ciudad, y trae sus cosas y calladito se las guarda, pero ahí están, yo te contesto que sí. Aquí en la fábrica se burlan de mi bolsita, pero todos traen la suya.

—Todos traen la suya —repetí yo, como entendiendo la idea.

—Sí.

—¿Cómo qué? —le pregunté, pero él siguió dándole vueltas a la idea, seguramente dándose cuenta de que la cosa merecía un buen clavado dentro de ella.

Yo tendría, pues, que esperar hasta que él concluyera algo y encontrara el modo de contarlo sin que se empobreciera.

Mientras eso sucedía, Don Melquíades me daba nuevas pistas. Y de haber sabido entonces de Don Carlos y de Leopoldo, más tendría, aunque sólo con el tiempo podría discutir el tema con ellos y con Manuel, Fidel, etcétera. Nunca, por desgracia, con María, la madre de Agustín, Inés y otras amas de casa, que eran quienes tenían la clave.

Lo que Nabor comprendía yo buscaba, era la forma en la que los recién llegados a las fábricas de Ecatepec creaban la nueva identidad, las nuevas formas de comprender al mundo, a las cuales estaban

Jorge Belarmino Fernández

obligados al dejar atrás las que poseían hasta entonces y que eran multitud.

Los gobiernos posrevolucionarios nos habían mentido al hacernos creer que México era un país integrado desde hacía largo tiempo. Lo habían hecho con clara conciencia de que su principal reto consistía, precisamente, en crear una nación.

Hasta 1920 estas tierras componían un mosaico de extraordinaria diversidad. Empezando por el tercio de la población que no hablaba español, sino una de las doscientas o más lenguas y dialectos indígenas. Y siguiendo por un impreciso porcentaje de otros, como María, que usaban el idioma oficial de la República sólo para lo relacionado con el exterior, guardando su habla para cuanto tenía que ver con la vida familiar, la religión, el trabajo.

Todavía en 1940, cuatro quintas partes de la República se dispersaban por ochenta mil caseríos con menos de dos mil 500 habitantes, de los cuales 48 mil no rebasaban las cien personas. Eso en un territorio muy vasto, que en el centro y el sur se arrugaba en incontables nudos montañosos, a los cuales se habían remontado las comunidades tras la conquista. Un territorio cuyas modernas vías de comunicación resultaban en extremo pobres: cuatro mil kilómetros de carreteras pavimentadas, sólo unos mil de ellos pavimentados, y veinticuatro mil de líneas de ferrocarril.

Para cuando la mayoría de nuestros protagonistas nacía, el régimen lanzaba una campaña

San Ecatepec de los obreros

tras otra para reducir el índice de analfabetismo, que alcanzaba el 75 por ciento. El primer objetivo consistía en homogeneizar a la población.

Al llegar a las zonas industriales, a la manera de las familias de la mayoría de los personajes de este libro y de los habitantes de Ecatepec en su conjunto, los hombres y las mujeres de los variados campos mexicanos traían un país particular en su interior, con sus propias naturalezas, modos de hablar, de comer, de vestirse, de transmitir el pasado, de relacionarse entre sí y con los otros.

¿Cómo iban apropiándose de las que encontraban, y cuánto las transformaban e iban haciendo algo distinto con la mezcla de lo que los demás llevaban? ¿Cómo, en una realidad en la cual madres y esposas eran las responsables de conservar el equilibrio?

¿Era esto último, por ejemplo, y no sólo el machismo, la razón de que las borracheras del obrero hombre se tomaran como naturales, y las de sus mujeres resultaran condenables y doblemente destructivas? ¿Por qué cuando ellas caían la familia entera se derrumbaba?

Una gran escuela

Como corroborarían las que la siguieran, la huelga de Trailmobile probó que era una oportunidad incomparable para solidificar la unidad y desarrollar la democracia directa, sobre la cual luego se levantaría dentro de la fábrica lo que llamábamos poder obrero.

Jorge Belarmino Fernández

Estas nociones estaban en la base de lo mejor y más sano de los grandes movimientos sociales y políticos del mundo entero. Y los de la Cooperativa, que no recibíamos adoctrinamiento y que entre novelas costumbristas, de ciencia ficción y género negro, leíamos igual a Marx que a Bakunin, a Trotsky que a Lenin, a Rosa de Luxemburgo que a Mao y el Che, teníamos bastante información sobre ellas.

Pero no era de nuestras lecturas de donde venía la obsesión por el tema, sino de las experiencias de la Insurgencia Obrera, y de la práctica de los trabajadores y trabajadoras.

En Trail la huelga fue de cualquier cosa excepto de inactividad. Había sólo una puerta por cuidar, pues la segunda, la de la gerencia, no tenía uso y estaba a unos metros, de modo que no se montaba más que una guardia por turno, y no las tres, cuatro o más de la General y Spicer.

No podía entonces avanzarse como se haría en aquéllas, fomentando la organización departamental por área de trabajo, donde se compartirían los mismos exactos problemas, pero sí lo suficiente para que en menos de tres semanas los 167 obreros se dieran una identidad común, repensaran la vida y cerraran el paso a las tentaciones del caciquismo, discutiendo las decisiones que se tomaban.

Y a que lo hicieran como era justo: de la manera más divertida posible. Porque la medida que habían tomado tenía mucho de alegre, en la reivindicación colectiva y personal y en la promesa de un mejor por-

San Ecatepec de los obreros

venir. De modo que entre boteos, tareas domésticas y comisiones para pedir ayuda a otros sindicatos, con las charlas y las asambleas había torneos de cascarita, dominós, juegos de baraja.

Se trataba, desde luego, de una escuela muy dura, que dejaba casi sin ingresos a la familia —quien entendía o no a los huelguistas—, llevada hasta extremos de padecimientos como los que Leopoldo conocía en La Loma. Por eso debía intentarse acercarse a las esposas y a los hijos e hijas. Con Spicer se probaría cuán importante podía ser la participación de estos, para la lucha y para sí mismos.

Un muchacho

Conocí a Martín en su primer día de trabajo. Él no lo sabía, pero su entrada a Trailmobile era producto del triunfo de la huelga. La empresa cargaba la mano a la gente y le exigía tareas que no estaban contratadas, y la huelga terminó con eso, abriendo nuevas plazas.

Tenía 17 años, era de talla media, rellenito, y en todo él había la tranquilidad y la alegría de quien ha sido criado con amor y se siente orgulloso de comenzar a labrarse un futuro.

Yo esperaba en la calle el cambio de turno y lo detecté enseguida, entre los más adelantados. Caminaba charlando animosamente con Luis y cuando éste me saludó, extendió hacía mí la mano con confianza. Alguien llamó a Luis, nos quedamos solos y un par de minutos fueron suficientes para transmitirme su emoción por la chamba. Si ésta iba

Jorge Belarmino Fernández

bien, debía decirse, todo andaría sobre ruedas de allí a la eternidad, aprendiendo y explayando sus destrezas cada día.

A partir de entonces se quedaba a la media hora de bromas pesadas, albures, piquetes de cola —por los cuales me reprenderían con severidad en la Cooperativa cuando las cosas se pusieran a andar mal. Parecíamos hermanos bien avenidos, con unos años de por medio, y conmigo daba rienda suelta a su creciente felicidad por haberse incorporado a la comunidad simpática y solidaria que había dejado la huelga.

Dos semanas después se me acercó rabiando.

—No me dejan trabajar —dijo.

—¿Quiénes? —le pregunté contagiado por el enojo, creyendo que un supervisor lo había castigado o algo así.

—Ya veía yo que me estaban mirando feo, y hoy Juan de Dios...

Se le soltaron un par de lágrimas y yo no entendía nada.

—¿Qué?

—Me regañó... Que le bajara.

Los dos nos resistíamos a admitir la previsible razón, yo comprendí que debía tomarlo con calma y le prometí hablar con Juan de Dios, quien cuchicheaba con otros mientras nos miraba desconfiadamente.

Volví a ser conciente de que compartir los cuarenta días de la huelga, no borraban el simple y contundente hecho de ser un tipo de fuera, que jamás trabajó en una fábrica, desconfiable por naturaleza.

San Ecatepec de los obreros

No sólo no debía usar el privilegio que me confería representar a los Castillejos. Era justo el momento de dejar en claro que nunca lo haría, puesto que me reconocía no más sino menos que cualquiera de los ya doscientos compañeros de la planta.

Y me entristecí por ello y por Martín, tan deseoso de inaugurar su ser adulto mostrando sus facultades para el trabajo, que eran el principio para probar muchas más y ganarse un hermoso lugar en el mundo.

—Tú no te desanimes —le dije sabiendo que primero que a nadie me lo decía a mí mismo, quien debería pensar en el complejo tema detrás de aquello.

El muchacho se marchó sin convencerse, buscando en el enojo protección para una verdad que con los años podía ir matando algo muy dentro de sí mismo.

Me acerqué a Juan de Dios para preguntarle si algo podía hacerse a manera de aliviar la pena de Martín.

—No, se tiene que cuadrar —fue la obvia respuesta. —Está metiéndole como loco, haciendo todo lo que le piden. Si lo permitimos, nos chingan.

Tenía razón, y únicamente el desarrollo del sindicato en los próximos años podía cambiar la situación, como lo había hecho antes en Sosa Texcoco y lo haría después en Kelvinator. Lo haría siquiera en parte, a menos que sucediera lo que sucedería en Alumex y Vidriera, y sólo por el tiempo en que

Jorge Belarmino Fernández

las condiciones de la sociedad en su conjunto lo permitieran.

¿Ésta es la famosa trasnacional?

Habla Manuel³³:

Yo nací en una población muy pequeña de la cuenca del Papaloapan, en el sur del estado de Veracruz. Una zona muy pobre pero muy bohemia, digamos, con jaranas, decimeros, fandangos...

Cuando tenía dieciséis años me vine con mi familia al Distrito Federal. Mi papá trabajó en el restaurante de un hotel de esos elegantes y yo en una ostionería, por un sueldo de chícharo de peluquería: siete pesos diarios o así, y tu comida. Posteriormente nos fuimos mi hermano y yo a una constructora.

En esa empresa ya nos dieron lo que era el salario mínimo, que eran veinticinco pesos, y te alcanzaba perfectamente para cubrir tus necesidades básicas y hasta te quedaba algo para ahorrar, siendo un buen administrador. Pero yo nunca lo fui y difícilmente llegaba al fin de semana con los diez pesos que me quedaba, porque lo demás se lo daba a mi mamá. El camión costaba treinta, cuarenta centavos.

Estuvimos trabajando unos dos años en la constructora. Ahí aprendí a soldar, aunque nunca fui un soldador de excelencia, como había algunos. Luego nos fuimos a trabajar a otros talleres. Y posteriormente emigramos aquí a Ecatepec, con la idea patrimonial que

33. El nombre completo del compañero es Manuel Crisóstomo Reyes.

San Ecatepec de los obreros

tiene todo padre de familia de tener un espacio propio para vivir. Y ahí todos apoquinando, compramos un terrenito en Xalostoc, cuando la zona todavía era bastante difícil para sobrevivir.

Había que vivir de algo. A veces había trabajo, a veces no. Pusimos un taller de costura y allí nos la rifamos unos tres años. Mi padre era muy emprendedor y siempre estaba buscando la manera de mejorar nuestras condiciones de vida y decía que en las chambitas que teníamos no íbamos a prosperar gran cosa.

En aquel tiempo teníamos una casa de lámina de cartón, cercada con ladrillos. Era una construcción prácticamente provisional. Ahí nos acomodábamos todos: el taller, la vivienda. A la hora de dormir movíamos una máquina y acomodábamos nuestra cama.

De 1970 a 1972 yo trabajé en la misma empresa que mi hermano y yo habíamos ayudado a construir, que era un almacén de vidrio. Y ya estando en Xalostoc fui a buscar al hombre que nos contrató allí, a ver si tenía algo. Y efectivamente, volví a trabajar en ese lugar, como soldador, en los trabajos de mantenimiento. Eventualmente me pidió el patrón que me encargara del almacén, para controlar las entradas y salidas de material. Después de dos años salí, porque no le veía mayores expectativas. Yo en ese tiempo, ya tenía veinte años, me puse a terminar la secundaria. Y me vine a trabajar con mi papá en un negocio de vender ropa en abonos. Y dije no, tampoco esto me satisface. No era tanto por el dinero sino porque yo quería otro tipo de trabajo.

Jorge Belarmino Fernández

En enero de 1974 fue cuando entré a trabajar a Trailmobile, porque Irineo Esparza era suegro de mi hermano y eso nos familiarizó un poco. Cuando entré ya era sindicato independiente. En aquellos años existían las condiciones. Se estaba empezando a dar el movimiento sindical de los 1970s.

Yo me acuerdo que cuando entré, los compañeros comentaban que hacía un año habían estado en huelga. Y yo si bien es cierto que conocía algunos antecedentes de la huelga, tampoco estaba muy empapado de ello. Me hablaban muy mal de los patrones y yo me llegué a convencer de que sí, no había motivos para confiar en ellos.

Acababan de salir de la revisión contractual y estaban muy contentos por lo que habían conseguido. Sin embargo había muchas conquistas por hacer. Por ejemplo: éramos doscientos ochenta trabajadores y sólo ochenta eran de planta; los demás éramos eventuales, por contratos. Y fue una de las principales demandas del sindicato posteriormente: la basificación de todos los trabajadores. Era casi casi más importante que la cuestión de los salarios, que eran mínimos profesionales. En la revisión se consiguió que la empresa contratara otros setenta trabajadores.

El primer día que llegué me quería salir, porque lo que me encontré allí fue un montón de chatarra. La empresa en sí misma era una chatarra. Era el desperdicio que habían dejado los gringos, el que nos mandaban para acá. Una empresa con un nombre muy rimbombante, que nada tenía que ver con lo que veías adentro.

Las condiciones de higiene y seguridad eran mínimas. Había un ruidero que, yo considero, rebasaba

San Ecatepec de los obreros

los doscientos decibeles. Y ni siquiera tenías equipo para amortiguar el ruido. Los soldadores soldaban con guantes a veces cortos, a veces largos. No había petos, no había botas de cuero... No había medidas de seguridad que eran elementales.

Yo quedé lesionado de un oído, por el ruido tan espantoso que producían las pistolas neumáticas a la hora de remachar los costados de las cajas, que eran de lámina de aluminio y fierro. Sin embargo parecía que los obreros que ya tenían un rato trabajando allí, se habían acostumbrado. Como nos fuimos acostumbrando después los que entrábamos nuevos.

Accidentes había todos los días, graves o no graves: machucados, quemados, cortados... A veces el descuido mismo de nosotros hacía que no tuviéramos el cuidado necesario para que el equipo de gas que utilizábamos para el corte que se hacía en las láminas no se quedara adentro del tanque, y cuando se llenaba el tanque había una explosión que te aventaba hacia arriba o hacia abajo, según estuvieras.

O bien, había descargas eléctricas, porque las instalaciones no estaban en condiciones. O tomabas una de esas grúas que le llaman viajeras y recibías una descarga con sólo tocar los mecanismos para maniobrarla.

No teníamos médico en la fábrica. Si había un accidente, si el trabajador podía por su propio pie, se iba al seguro, y si no, lo llevaba alguien de la empresa. Y hasta ahí recibía la primera atención. Hubo desde los que se cortaron una mano con la sierra de cortar la madera, para colocar los pisos de las plataformas, hasta accidentes fatales, donde

Jorge Belarmino Fernández

murieron dos compañeros, por un exceso de presión de aire de los tanques, que reventaron las soldaduras, porque el manómetro para medir las libras de presión no servía.

Las instalaciones eran como del octavo mundo. Se fueron haciendo sobre la base de que “aquí tengo un tubo, aquí tengo otro; los voy a colocar, los voy a soldar”; “aquí voy a hacer, a como me parezca, una plataforma para colocar mis unidades”. Las vueltas de las manivelas eran manuales...

El equipo que teníamos era totalmente obsoleto y se podía echar a andar por la imaginación, con la astucia y con la fuerza de los trabajadores.

Ese fue uno de los puntos que más despertaron el interés en el sindicato independiente, en las futuras revisiones contractuales.

El Rastro y el miedo

¿Qué había en aquel hombre de veinte años o poco más; en su rostro de angulosos, firmes huesos, bien dibujado; en su cuerpo flaco y duro, en los vivos ojos que se clavaban en los demás, y en las manos rápidas en las cuales podía sentirse el cuchillo que no dudaba y sabía mil trucos?

Los de la Cooperativa no lo conocíamos, como no conocíamos la calle aquella que nos habían aconsejado evitar porque espantaban quienes se habían convertido en fantasmas vivos, en espera de extraños para tundir o algo peor. Estaba a sólo dos cuadras de Trailmobile, donde desaparecía el fraccionamiento industrial, y el asfalto y las luminarias dejaban de

San Ecatepec de los obreros

existir entre construcciones que se achaparraban y desalineaban, dando tumbos.

Las prevenciones que los trabajadores y sus familias tomaban para no ir por allí, eran parte del miedo que acompañaba la vida desde cuando decidieron venir a la ciudad. Miedo a extraviarse y a enfrentar una violencia nueva, cuyos códigos tal vez nunca aprenderían. Miedo a los caprichos de los hornos, las prensas, los troqueles, los tornos. Miedo al chofer que hacía por tronar el motor tentando a la muerte, para él y para quien fuera, en cada curva, cada bajada, cada tramo sin semáforos en la avenida. Miedo, si se era mujer, al jefe, al patrón o al paseante que echaban espuma por la boca al toparla a solas. Miedo a la noche poblada vaya uno a saber por qué clase de extravagantes seres, y a la policía, doble si era sábado de paga. Miedo, en resumen, al caos en el cual se convertía la vida en las orillas improvisadas del gigante que no paraba de crecer y gritaba a los cuatro vientos: la única regla es pepenar cuanto se pueda en el menor tiempo posible, para protegerse... del miedo.

Yo, hijo de una familia en origen bien acostumbrada a la violencia y que al cambiar de país se había hecho profundamente pacífica, era un experto en el tema. Desde niño me veía en sueños como un hombre pequeño y sin fuerza, en una esquina donde otros grandes e iracundos disfrutaban dándose con todo, y los últimos años de manifestaciones, etcétera, no habían cambiado la imagen, pero trajeron la idea de poseer un secreto: el peligro era menor para

Jorge Belarmino Fernández

quienes lo conocían, entraban en su fuente o lo producían.

Una tarde nos llamaron al despacho de Castillejos y de Adelita. Teníamos cita al día siguiente con el joven de mirada dura y diestro en las artes del cuchillo, y con sus amigos. Eran los matanceros del rastro de Xalostoc, a quienes se atribuían los maltrechos, los robados, a veces medio muertos, de la calle aquella. Íbamos nerviosos, preguntándonos qué podían querer de unos abogados laborales, hombres a los cuales se temía en centenares de metros a la redonda, pensando que era una buena ocasión para probar la receta que rebajaba el miedo.

La respuesta y la razón de la respuesta a la pregunta no eran asuntos menores, intuimos en las horas antes de ir a la reunión. Contra lo que parecía, la huelga de Trailmobile no había sucedido en un hueco ante el cual los trabajadores cercanos cerraban los ojos y los oídos. Se hacían los desentendidos, pero estaban pendientes de ella.

Al principio, de seguro pensaban que era cuestión de un sindicato como los aprovechados y poderosos de sus fábricas, para ganar el contrato colectivo o algo por el estilo, o producto de la maña de los propios obreros, de un puñado de vivales entre ellos, más bien, con el fin de sacar alguna extraña ventaja. O del súbito estallido sin futuro, de los enojos acumulados. Más allá del motivo, nada bueno podía salir de allí, excepto quizás un buen día de zafarrancho—golpes, policías y cosas así—, que animara las

San Ecatepec de los obreros

muertas calles del fraccionamiento y diera de qué hablar durante un rato.

Luego, cuando las guardias en la puerta de Trailmobile no se quedaron solas ni se convirtieron en un barullo de rostros tristes o rabiosos, con reguero de mantas, sillas, basura y olor a necesidades hechas en cualquier lado, y hubo risas, juegos, señales de comida decente, las charlas sobre el tema sin duda tomaron otros rumbos.

El exitoso final les dejó las cosas en claro. En especial, que se había tratado de una pelea en regla, cara a cara trabajadores y empresa, y que ésta se había rendido. Y eso resultaba un gran acontecimiento, también en términos de la violencia y el miedo cotidianos.

La gente de Trailmobile y los instrumentos que había usado para ganar, se elevaron sobre la zona como una estatua invisible, representación, antes que nada, de la fuerza. Sin que lo entendiéramos, en adelante pasarse con Irineo, el Jarocho, los Luises, Mauro, Juan de Dios, era compartir el orgullo de fajarse y poder. Una estatua en el aire, pues, se levantaba allí, o algo todavía más volátil, que recorría las calles imprimiéndose en las paredes en las cuales en el futuro podría leerse la historia.

El joven de mirada penetrante y manos rápidas, y sus compañeros del rastro, probarían hasta qué grado la huelga había impactado ese gran asunto de la disputa por cada día, que marcaba la vida del municipio, recoveco del mundo urbano que crecía

Jorge Belarmino Fernández

como Dios le daba a entender, sin importar cuánto hería en su camino.

Los del rastro, su juventud, su revolverse con furia contra todo a la vista para hacerse los reyes de la calle y extender su fama, ganándose el silencio de los hombres a su paso y el deseo de las muchachas, podían con lo que se les pusiera enfrente. Incluido, desde luego, el patrón, que encontraban varias veces a la semana en el patio y que en las buenas jugaba con ellos a ser muy machos. Bastaba pararlo y decirle sus verdades con el filo aguardando, y en un momento soltar el brazo.

No era el miedo o la estrategia lo que lo que los había hecho conectar a los de Trailmobile y acceder a un encuentro con los abogados o con quienes hacíamos de sus ayudantes. Era la oportunidad, aparecida a sus ojos con el triunfo de la huelga, de pegarle al tipo donde sabían le dolería más que una cuchillada: directo al bolsillo. Al menos hasta cuando —si ese era el gusto de él—, con sus compinches se les viniera encima y ellos hicieran lo que habían decidido a las primeras, para no importar si los doblaban a tajos o a tiros o, como estaban convencidos sucedería, se llevaban la mejor parte y debían luego hacerse humo.

De cuando supimos que la nada no era tal y arropaba

Al principio nuestro trabajo se reducía al más o menos pequeño universo entre Vaciados Industriales y Trailmobile, y a las colonias en torno a ésta: la Urbana,

San Ecatepec de los obreros

la San Miguel y la San José, todas con apellido Xalostoc. Con el rastro y la fábrica de partes para aparatos eléctricos donde se ocupaban casi sólo mujeres³⁴, se extendió un poco, hasta la Viveros y la Rústica. Allí nos sentíamos en casa los de la Cooperativa.

Lo era incluso en la Industrial. No había árboles ni aleros ni cosa alguna que protegiera del sol y el agua, y durante los turnos no teníamos a quien saludar o con quien platicar, pero el concierto de chillidos, fragores, rítmicos golpeteos; el seco paisaje guiado por las columnas de humo elevándose hacia el cielo; los efluvios de la galletera, del par de fábricas de jabones y productos químicos que por momentos producían mareos, acunaban con la certificación de una humanidad pletórica, cuya actividad no se interrumpía jamás.

Cuando la Cooperativa resolvió celebrar una marcha alternativa del primero de mayo, y nos escogió para organizarla, luego de una eufórica reacción caímos en el desconsuelo: nuestra casa no servía para ello. Las fábricas estarían prácticamente vacías ese día, fuera de los equipos de mantenimiento, y no podíamos exponer a las colonias a la factible llegada de la policía.

Fue entonces que nos dimos a las exploraciones, en las cuales encontramos a Don Melquíades en las *canelitas* de los bajos de La Loma. De haberle tenido confianza, él nos habría descubierto muchas rutas posibles. Buscábamos zonas habitacionales sin

34. Nadie recuerda el nombre de esta empresa.

Jorge Belarmino Fernández

hallarlas, a excepción de las muy a la vista, sobre las cuales caerían en un santiamén las patrullas y las julias.

Don Melqui nos habría llevado a las que, como Los Reyes, justo tras La Loma, habían crecido entre las quebraduras, ocultándose de la autoridad cuanto era posible. Y es que a los mismos obreros de Xalostoc se les escapaba la manera en que el municipio se iba poblando.

Tanto se les escapaba, que Agustín no se atrevía a incluir en la ruta para la marcha, a las casitas que crecían en el cerro frente a su casa. Subimos hasta ellas y tras la primera visible fila, aparecieron muchas otras, alineadas, respetando los caprichos del suelo.

Si bien de entrada daban la impresión de un desconcierto, estaban muy lejos de serlo y entrañaban un enorme esfuerzo de convivencia. Los diablitos colgados de los cables sobre la calzada, por ejemplo, presumían que cada familia había hecho el trabajo por su cuenta. De ser así, sin embargo, habría centenares y no dos docenas de ellos. Y dentro ya del asentamiento, podría creerse que las ramificaciones salidas de cada línea, habían copiado el método original. No sucedía así y el tinglado tenía un orden, a fin de que no hubiera disputas ni sobrecargas.

Lo que con el tiempo se conocería como tejido social se construía allí, pues, al margen de las instituciones.

La visita a la colonia nos decidió a hacerla parte insustituible del extraño recorrido que haríamos

San Ecatepec de los obreros

seguir a quienes el primero de mayo vendrían de otros lugares del valle. Nada podía ampararnos mejor que ella, cuyos pobladores dijeron sí a nuestro pedido y nos mostraron el mejor camino, confirmándonos que las fuerzas públicas tardarían en darse cuenta de lo que hacíamos y no se atreverían a subir.

El ridículo y una gran cuestión

Creo que nada enseñaba más que hacer el ridículo. Si es cierto, entre los trabajadores y trabajadoras debí volverme una lumbrera. Uno de los momentos cumbres de esta forma de aprendizaje fue en Vaciados Industriales.

Nabor y la atmósfera pueblerina no eran lo único cálido e inteligente allí. Salvo unas cuantas excepciones, los sesenta obreros que producían moldes para fabricar herramientas, rimaban con ellos.

Tengo la impresión de que el dueño de la empresa y de la vecina Tosa, estaba por encima de la media patronal en lo que se refiere a sentido común y tolerancia, y por eso convivía sin mayores problemas con el sindicato independiente.

Pero su naturaleza le impedía, como a Campos el de Alumex o a la gerencia de Trailmobile, aceptar lo palpable: Nabor, el Otro Agustín, los Juanes, hacían mucho más que operar las máquinas.

De aceptarlo, habría sacado más partido de sus magras instalaciones, y en momentos de dificultad económica habría apelado a ellos y no a las burdas trampas. Como las del pago de las bonificaciones, en

Jorge Belarmino Fernández

1974. Cuando los compañeros le contestaron por ello fue que empecé a hacer el tonto.

La tensión se notaba en el cambio de turno, que de un día para otro pasó del rito amable a las caras largas, los roces con los encargados de la seguridad de la puerta y los intercambios de miradas agresivas a la salida del empresario y los empleados de confianza.

Una tarde, al llegar nos encontramos al Otro Agustín —que tenía a su cargo la secretaría general del sindicato— y a los demás, reunidos en la calle, con humor de perro. Les habían despedido a ocho.

—¿En serio? —pregunté sin creerlo.

La asamblea informal terminaba, no escuchamos más que las arengas y cuando se disponían a marcharse me acerqué a Agustín. Me informó a grandes rasgos e inicié lo que pretendía ser una sesuda revisión del asunto. Él me siguió la corriente, más bien aburrido, y en un punto se le salió una sonrisa. Fue cuando le sugerí que hicieran tortuguismo. Le pregunté la razón.

—Por eso despidieron a los compañeros— contestó.

—¿Perdón? —alcancé a decir. —¿Y desde cuándo empezaron?

—Hace dos meses, con un diez por ciento...

—¡Dos meses! ¿Qué clase de idiota soy para no haberme dado cuenta durante tanto tiempo? —pensé, mientras él continuaba:

—Esta semana andábamos por el veinticinco por ciento, pero orita va a saber lo que es bueno.

San Ecatepec de los obreros

En baboso, entonces, el patrón no se me quedaba atrás. Había una diferencia en contra suya: parecía no extraer enseñanzas de la experiencia. Y es que si algo caracterizó la entrada del sindicato independiente, fue justo el incremento de la producción, al abandonarse el sabotaje instintivo de los trabajadores. De modo que el hombre debió haber previsto una respuesta como la que estaba recibiendo, al meterse en el lío de las bonificaciones.

—Nosotros no tenemos la culpa si se puso a hacer una nueva casa en Cuernavaca —siguió el compañero—, cuando al mismo tiempo anda levantando otra planta...

Tenían información de todo. Y “todo” era la manera en que el Señor Visa y Tosa pretendía que su par de vaquitas, más bien pequeñas, dieran para sus fantasías personales y las de su progenie. Sí, encima, creía aliviar sus problemas quedándose con la parte de los salarios que venía de cumplir las cuotas de producción. Había que ponerle las cosas en claro, en bien de los compañeros y de la fábrica.

Se las habían puesto y, lejos de entender, quiso sentirse todopoderoso, dejando sin ingresos a ocho familias. Debía pagar la jactancia con mayores pérdidas por nuevos descensos del ritmo de trabajo, y del cierre temporal de la planta, si persistía, aprovechando la revisión del contrato, que se aproximaba.

Montado en su macho el señor se negó primero a llegar a un acuerdo y dio luego una sonora cachetada

Jorge Belarmino Fernández

a la dignidad de los compañeros, ofreciéndoles aceptar los despidos a cambio de un aumento salarial.

No había manera de que comprendiera y el sindicato votó estallar la huelga para el 30 de abril. Sólo así el hombre empezó a reconsiderar, aceptando discutir la reinstalación.

Estaba de hecho vencido, cuando los demás decidimos darle una manita al Otro Agustín, a Nabor y a los suyos, aprovechando la marcha del primero de mayo que veníamos preparando.

Una distinta celebración

No he olvidado la cara de asombro de Paco Ceja, Saúl, Moisés, Cuauhtémoc, Mauro y el resto de los de Mexicana de Envases; de Paloma, el Rompecoches, Lupe Punk, Carolina, Rosario, Carmina, Beatriz, La Nena, Xochitl, Tilín, Carmen, Carlos Stalin, Benjamín, Juan Manuel, el Hash, la Micha, Javier, Silvia, Lourdes, Guadalupe la hermana del Chupón, Paco Ignacio, Carlos Mufiso y los trabajadores y trabajadoras de distintas partes del valle, al descubrir la ruta que les habíamos planeado.

Había algo de meramente desquiciado en ella, producto de los delirios de los dos Agustines, Juan el Hermano, el Jarocho, Fidel, el Güitas, Coral, el Pelos, David, el Celerín y mi persona. Pero resultaba también de valiosas experiencias e ideas.

El movimiento de los trabajadores y trabajadoras que venía gestándose desde 1972, encontraba instrumentos que renovaban los tradicionales o

San Ecatepec de los obreros

rescataban, sin conciencia de ello, los de los tiempos previos e inmediatamente posteriores a la Revolución, de acción directa.

Pi Plast, una pequeña fábrica donde se hacían cubetas y otros artículos de plástico, era el ejemplo más bronco de este proceso. Veinte jóvenes más inteligentes que un graduado en física de la universidad, se habían regodeado mostrándole al patrón que no era nada, hasta terminar encerrándolo en un cuarto para escuchar sus lacrimosos ruegos.

En el Sanatorio Español se había producido algo superior, para obligar al reconocimiento de la existencia de quienes por treinta o cuarenta años fueron viles sombras pasando al lado de siniestros, racistas administradores y monjas enfermeras. A patadas, los encargados de mantenimiento y las afanadoras impusieron la firma de un contrato colectivo y una organización por áreas laborales, que trocó la costumbre de ordenarles lo que fuera a punta de gritos y castigos, por la solicitud de su permiso. Ni el mayo francés había llegado tan lejos en invertir la pirámide del mundo, así fuera en pequeña escala.

Se había aprendido a ser arriesgados, imaginativos e imprevisibles, y la Cooperativa decidió celebrar el primero de mayo de 1974 haciendo a un lado las vías comunes. Tenía sentido, sí, enturbiar las marchas oficiales, manifestando sorprendentemente el descontento o retándolas, y pronto en muchos lugares los charros debieron suspender sus actos o tragar que la insurgencia los ridiculizara, dejando con un palmo de

Jorge Belarmino Fernández

narices al gobernador que se preparaba para recibir el aplauso.

Pero donde no había manera sino de ganarse una golpiza, como en el valle de México, en el cual las mafias nacionales concentraban a sus contingentes, se debía aprovechar para llevar la protesta a los lugares en que más efecto tendría sobre quienes más importaban: los propios asalariados y sus familias.

Los mil que nos reuníamos en Xalostoc, representábamos a una pequeña cantidad de sindicatos y una veintena o más de grupos en lucha, estrechamente relacionados con el movimiento en el país en su conjunto, y sabíamos que en el área metropolitana la Tendencia Democrática del SUTERM, el FAT, el SME, el STEUNAM, los tranviarios, los amigos de Compañero en Naucalpan, la disidencia magisterial y otros aprovecharían también el momento a su modo.

La marcha se proponía estrechar los vínculos entre nosotros, dar alas a la imaginación que se probaba dentro de las fábricas, sembrar la incertidumbre en charros y autoridades y contagiar cuanto pudiéramos a los trabajadores y trabajadoras de la propia zona, concientes de nuestros límites.

Con todo, los xalostoquianos organizadores sorprendimos a los compañeros que venían de fuera. Y no para bien.

La reunión fue en el triángulo a la altura de la Brenner, con que la Vía se ensanchaba respirando un poco. Era el paso natural de las familias en un día de fiesta como ese, y los de Mexicana de Envases,

San Ecatepec de los obreros

Empacadora San Rafael, Alteza, Pi Plast y demás que llegaban con novedosas leyendas en sus mantas, de momento se sintieron contentos.

La gente que cruzaba, las colonias que se presumían alrededor y la secuencia de plantas perdiéndose a la vista sobre la antigua carretera a Pachuca, prometían un gran, justo escenario. No sabían que aquello no era Azcapotzalco, Vallejo o la colonia Anáhuac, y que estábamos en el rincón de un municipio semidespoblado, donde reinaba la más agresiva policía de la República³⁵.

Cuando después de unos minutos de atraer la atención de los paseantes, en lugar de avanzar por la Vía nos desviamos a la Urbana, nuestros invitados se confundieron un tanto, pero creyeron todavía que no abandonaríamos el corredor industrial, tejiendo los vecindarios al borde.

El desconcierto comenzó al desviarnos hacia el cerro y ponernos a trepar.

—Pero si las colonias de los compañeros están del otro lado —dijo uno de los dos Pacos que quedaban.

Nuestras explicaciones, como todo en nosotros, fue a lo Cantinflas:

—Es que no queremos arriesgarlas.

—Por la Vía la tira va a llegar echa la raya.

—Tenemos que ir a Visa, que está hacia allá.

35. El Barapem se haría famoso enseguida por su brutalidad y por el tipejo que lo dirigía, quien tendría un destacado papel en la *guerra sucia* y en el inicio del crimen organizado dedicado a los secuestros.

Jorge Belarmino Fernández

Subir el monte los llevó a la conclusión de que estábamos locos y al meternos entre las filas de casas ocultas arriba, la cosa siguió pareciéndoles rara, pues creían andar por un campamento de posesionarios de los que conocíamos al sur de la ciudad, en los cuales la cuestión obrera resultaba distante. Uno de los xalostoquianos se sintió obligado a recorrer la columna advirtiendo que las familias allí eran de trabajadores y trabajadoras de las fábricas.

A nosotros nos parecía la gloria. Detrás dejábamos a los uniformados que en la calle descendían de una camioneta y no atinaban qué hacer, convenciéndonos de haberlos burlado. Y el movernos entre las hendiduras del terreno, ante la mirada de niños y mujeres, sobre todo, que interrumpían sus juegos y tareas para saludarnos, no tenía precio.

Los demás terminaron entendiéndolo, hasta que la última casita se perdió y no quedó sino el campo, árido y bajo el sol macho. Atravesar la autopista por el puente peatonal, de a pocos, porque anunciaba irse al suelo, tampoco fue grato, pero la llegada a la huelga de Visa los reanimó, sin quitarles de la boca el gusto a extravagancia.

El recibimiento tuvo mucho de teatral, considerando que el Otro Agustín, Nabor, los Juanes y sus compañeros habían cerrado la planta a pesar de llegar a un arreglo con la empresa, que les devolvía a los despedidos y el pago escatimado de los bonos y les daba un sustancioso aumento salarial. Era un

San Ecatepec de los obreros

acto simbólico, que aprovechaba el día de descanso obligatorio.

Quién sabe cuánto contribuyó la presencia de los mil, a que los *visos* fueran en adelante todavía más intransigentes de lo que eran por las torpezas del patrón, y con los años inauguraran la experiencia de las cooperativas obreras en la zona.

Los que vinieron

Fidel llegó a Ecatepec tras un largo deambular. El de Cristina y Simón el Grillo fue un viaje directo. Los de las familias de mi compadre Agustín y de María se diría que también resultaron así, sin embargo detrás estaba ya un cierto movimiento previo.

Antes de decidirse a traer a los suyos, el esposo de María había pasado varias temporadas como albañil en diversos puntos del valle de México, y el papá de mi compadre era dado a la inquietud —desde quién sabe cuándo y, viniendo de las región de las minas de metales preciosos en Hidalgo—, y desde muy joven se obsesionó con buscar tesoros aquí y allá.

Otro tanto había sucedido con Leopoldo y su gente. Su padre era de un pueblito de Michoacán, cercano a Zitácuaro, que se llama Carpinteros. Y su madre, de El Rosario, por el rumbo. Cultivaban las buenas tierras del abuelo y se dedicaban mayormente a la madera, que abundaba y vendían a un aserradero. Sin embargo la familia del hombre había nacido en Puebla y él durante un tiempo había probado la aventura por esos lados, trabajando de chofer.

Jorge Belarmino Fernández

Cuando Leopoldo cumplió cinco años en aquella suerte de paraíso, el abuelo murió, los tíos pelearon por la herencia y el padre de nuestro amigo los mandó a volar y pidió a su mujer que juntara los bártulos de ellos y de los siete hijos. Así fueron a dar a la Loma de Tulpetlac, donde apenas había unas cuantas casitas en lo alto.

Ninguno de estos hombres y mujeres representaba a un tipo de obrero de origen campesino común en Ecatepec antes de los años setenta: el de las zonas próximas de los estados de México e Hidalgo, cuya familia no abandonaba la tierra y que con el salario de él compraba alimentos, animales, ropa, herramientas. Estos hombres iban y venían todos los días y hacían las tareas agrícolas que el tiempo les permitía.

Cuando se pregunta a Don Carlos López sobre su vida, él con razón empieza hablando de su abuelo, a quien metieron preso por lazar soldados de la intervención francesa que apoyó al imperio de Maximiliano.

La historia de muchos en el país reiniciaba en esos momentos o un poco después. Porque ahí se completaba la desposesión de la mayoría de las comunidades indígenas y campesinas. Y en menor medida, porque aparecían las primeras industrias en el país y daba comienzo la aventura de buscar la vida tras el río Bravo.

El pueblo, pues, se puso a andar de un lado a otro en esos tiempos. Aunque lo hacía todavía de a

San Ecatepec de los obreros

pocos. Fue más tarde, cuando el padre del propio Don Carlos salió de la ciudad de Puebla para asentarse por ratos en una serie poblaciones, que cientos de miles se trasladaron de aquí para allá, por efecto de la Revolución.

Pero el gran movimiento humano que hoy conocemos, principió en el momento en el cual Don Carlos se contrató en la Sosa Texcoco: en la década de los cuarenta. Varios de nuestros protagonistas nacieron entonces.

Fue ahí que los veinte millones de habitantes que entonces tenía la República comenzaron a reproducirse a un ritmo sin igual, y que muchos abandonaron el campo, donde residía el 75 por ciento o más de la población³⁶. Unos lo hacían por temporadas, y los más para no regresar a sus lugares sino de tarde en tarde.

El motivo no era sólo la industrialización del país. Era el proyecto que pusieron en marcha las corrientes que controlarían al país en adelante. El sexenio de Lázaro Cárdenas había sentado las bases del desarrollo industrial, tratando de evitar que el campo se vaciara, con la idea de llevar parte de la industria a la agricultura de las comunidades.

Los gobiernos que lo siguieron no daban un quinto por las mayorías, y convertían a los campesinos en los sacrificados del milagro mexicano. De las

36. Refiriéndose a los tiempos, Luis González y González, un historiador confiable, advertía que los números se confundían al dar por supuesto que los asentamientos con más de dos mil 500 habitantes debían considerarse urbanos, cuando la mayoría estaba lejos de serlo.

Jorge Belarmino Fernández

parcelas de éstos salían a bajo precio los productos con los cuales alimentar a la población urbana; salía la mano de obra en condiciones de superexplotación, para la agricultura privada, y los millones de trabajadores que, a pobres costos también, requerían las fábricas y la actividad de las ciudades en general, levantando construcciones y calles por miles, limpiando la vía pública y atendiendo sus jardines; haciendo placentera la vida de los hogares de las clases adineradas y medias, donde nunca faltaba la mujer que se ocupaba de todo: limpiar, lavar, cocinar, servir de tentación para los patrones o para la primera experiencia sexual de los muchachos.

Al lado de la marcha a las zonas urbanas, se producían las oleadas de braceros a los Estados Unidos, que los recibían o los echaban según sus necesidades y caprichos.

En resumen: millones de seres del pueblo cambiaron de residencia y de forma de vida, saliendo también de pequeñas ciudades, como Alvarado, de donde procedían el Jarocho y su esposa Inés, o Chacaltianguis, que vio nacer y crecer a Manuel.

Como ilustran las historias de nuestros compañeros, las formas en que los de origen campesino abandonaron los pueblos y recomenzaron la vida en Ecatepec, entre sí podían parecerse en esto o aquello, pero eran profundamente distintas. Y también lo era su significado. Con su actitud, por ejemplo, todos los días Nabor le decía a la ciudad:

San Ecatepec de los obreros

—Vengo porque tuve y quise, y no a rendirme a tus pies. Te doy gracias por haberme recibido y enseñarme muchas cosas, pero las principales las sabía antes de venir, y sigo siendo el de siempre.

En contraste, Simón me contó un día la siguiente historia:

—Cada cosecha, luego de que le llevábamos el maíz que nos tocaba, el patrón nos juntaba en un patio para desgranarlo. Le dábamos de palos, y él se subía en un alto para mirarnos y pegaba con una vara y contaba: *Uno, dos, uno, dos*, sin parar.

“Yo creía que nomás le gustaba molestarnos. Pero luego, cuando me vine para acá y vi cómo se hacían las cosas, me di cuenta que no. Que lo que hacía era llevarnos a ritmo, para trabajar más, y más rápido: *Uno, dos, uno, dos...*”

Con eso el Grillo me decía que el paso a la ciudad y el encuentro con la industria, le habían ayudado a despejar la mente. Yo, por muy buenos motivos, en todo le creía, y no tengo por qué dudar de aquello, por más que uno se daba cuenta que desde su nacimiento, mi futura comadre, como me daría en llamarlo, había pescado al vuelo cuanto veía.

Los dos tenían razón, seguramente: en el salto mortal que daban había pérdidas y conquistas, a la manera de los migrantes a los Estados Unidos del siglo XXI. Y también contribuciones no sólo como fuerza de trabajo: costumbres, ideas y, si el camino no maltrataba demasiado, una sólida conciencia moral.

Jorge Belarmino Fernández

Solía decirse que para cuestiones de lucha en las fábricas, no debía confiarse en los pueblerinos. Y tal vez era cierto en algunos de ellos o en determinados momentos de su proceso, bien en razón de que el desconocimiento del mundo al cual se incorporaban los hacía conservadores, bien porque en sus cabezas andaba todavía el campo, del que no pensaban separarse por completo.

En todo caso, en principio representaban al país, con mucho, más rebelde. Cualquier cosa podía afirmarse en México, excepto que la población rural se conformaba con su destino. En algunos lados o durante cierto tiempo podía resultar así, pero nada había sido más constante que sus revueltas. Lo había sido en el pasado lejano y en el reciente.

Los años veinte estaban atravesados de movimientos campesinos, y el virtual cese del reparto agrario tras el sexenio de Cárdenas reavivó el viejo reclamo zapatista, acicateado por un crecimiento sin pausa del número de los sin tierra, que intensificaba su demanda de trabajo hasta alcanzar niveles alarmantes en los cincuentas, por la expulsión de los Estados Unidos de al menos tres millones de braceros³⁷.

Mientras Simón y los demás crecían en sus pueblos, en diversos lados se producían tomas de los nuevos latifundios amparados por la familia revolucionaria, y acciones por una variedad de demandas.

37. La información viene de *Los herederos de Zapata*, de Armando Bartra, publicado por Editorial Era.

San Ecatepec de los obreros

¿Cuánto habían sido tocados los padres de Agustín, Fidel y el resto, por esta terca historia? Muchas regiones no se habían contagiado de ella, y en tales y cuales, como la de Querétaro, donde el Grillo vivió sus primeros veinte años, la relación entre el *amo* y las familias a quienes arrendaba parcelas eran muy parecidas a las del porfiriato.

Como sea, en una buena cantidad de casos, cuando se dejaba el hogar natal era con una dirección de Tulpetlac, Santa Clara o Xalostoc, en la bolsa. Y a veces quien lo hacía, había tomado la decisión tras horas de plática con parientes y amigos que se les adelantaron y vivían allí, y que les ofrecerían sus casas y los ayudarían a conseguir trabajo.

En las colonias del municipio, pues, era frecuente hallar a paisanos apiñados. No había mejor forma para mudar de lugar, echándose la mano entre sí y haciendo menos duro el cambio.

El gran ejemplo eran los zacatecanos compañeros de Fidel, quien luego de recibir apoyo le dieron cobijo a Guadalupe el Güitas, lo mismo que a la Lombriz y a otros antiguos vecinos.

Algo similar sucedió con Simón y los queretanos; con los oriundos de las cercanías de Salvatierra, que arroparon la llegada de Cristina y su familia, y con los de la sierra de Puebla, a los cuales María y su señor abrieron brecha.

De tal modo, cuando uno o una de estos colectivos era ganado por la idea de defender sus derechos y se conectaba con un sindicato, un abogado

Jorge Belarmino Fernández

o un grupo en quien confiar, animaba a sus paisanos a imitarlo. Había pocas maneras más eficaces para que la lucha y la conciencia sobre el papel de los obreros en la sociedad se extendiera con relativa rapidez.

La Crinamex, Eduardo y el Güero

Una tarde en la esquina de Trailmobile, la señora del puesto de comida, que se había convertido en una decidida defensora del sindicato, nos presentó a su esposo, trabajador de Crinamex. Lo había llevado casi a rastras, parecía, para que hablara con nosotros, después de escuchar sus crecientes quejas sobre el trato en la fábrica.

El compañero, a quien llamaré Eduardo, dudaba en decidirse y a primera vista le dábamos la razón. Crinamex era una gran empresa y entre ella y su mafia sindical habían creado un sistema de control muy estricto. Los que en otras plantas se permitían hacer reclamos al supervisor o al jefe de línea, o se tomaban libertades al ir al baño o terminar la cuota del día, allí se les despedía, y al menos un par de protestones, al salir de la fábrica habían recibido golpizas merecedoras de hospital.

Con el tiempo eso exigiría una organización muy especial. Pero de momento se trataba de ayudar a que Eduardo y un pequeño número de hombres en los cuales confiaba, resolvieran si merecía la pena atreverse a iniciar algo. Desconocíamos, claro, las verdaderas intenciones de él, que luego habría quien calificara de perversas.

San Ecatepec de los obreros

De modo que durante dos semanas, todas las tardes me plantaba en la esquina más cercana a la empresa, a esperar la salida del primer turno. En las extensas tres cuerdas que debía recorrer antes, no había un alma a esas horas, y a pesar del aprendizaje para jugar con la atmósfera en torno a las fábricas, los metros podían hacerse largos y desolados.

Iba, sin embargo, contento y en paz, disfrutando el tiempo casi quieto, y quizás por ello el primer día tendí la mirada a lo lejos, hasta encontrar los llanos secos que descubrían la relativa cercanía de Ciudad Nezahualcóyotl. Para quien como yo, venía de la gran capital, aquello era una genuina sorpresa. En mi imaginación, construida por las rutas de autos y camiones, el oriente del valle era un lugar sin relación alguna con el norte por el cual andaba.

Apenas puedo describir el placer que me produjo el obvio descubrimiento. Era una especie de revelación. Una vez entendido esto, pensé, no hay secreto de la ciudad que alcance a ocultáseme.

Fue ahí que encontré al perro amarillento, flaco, desgarrado, que sería mi amigo durante las dos semanas. Lo vi avanzando desde los matorrales, con trote cansino, y me pregunté de dónde vendría. Conforme se acercaba, su vida me pareció un misterio extraordinario, pleno de aventura.

E hice lo que viejas enseñanzas me llevaron a jurar no haría jamás: mirarlo a los ojos. El instinto atinó, y tras un segundo para reconocermelo, agachó la cabeza. Estaba vencido, irremediabilmente, quién

Jorge Belarmino Fernández

sabe desde cuándo, y al seguir su dirección en busca del puesto de tacos en el cual yo me había detenido, se volvió más miserable e indefenso.

Moría de hambre y si mendigar le costaba la patada del hombre que fijaba la mirada en él, aguantaría. Pero no hubo maltrato, el puestero le aventó un mendrugo, lo devoró, esperó un par de minutos a ver si caía un segundo y echó a caminar de nuevo, como si supiera que era inútil continuar dando pena. La tarde siguiente, al verlo venir por el mismo camino, entendí que arrimarse al puesto formaba parte de su rutina diaria.

Reparé entonces en que por mucho que me aplicara en conocer la ciudad, nunca podría compararme con él, experto en los rincones del valle y en los extremos de crueldad y amor de sus pobladores. Las enseñanzas de esos días me permitirían ser comprensivo luego con las debilidades que descubriríamos en Eduardo.

Entretanto el Güero, como le había puesto al desastrado ser, me hacía imaginar sus días, dándome de cuando en cuando una señal, normalmente dolorosa: el rengueo de una pata, que vaya uno a saber quién tundió o mordió; un cacho de pelo que había desaparecido por una tarascada o una enfermedad.

—¿Por dónde andas y en qué líos te metes?
—le pregunté una tarde en silencio, viéndolo a los ojos, que al fin levantó. Y me contestó, inclinando un poco la cabeza.

San Ecatepec de los obreros

—Qué sé yo de la vida —me dije. Pronto comprendería cuán poco.

¡Pásele, joven!

Los que vendían comida en el corredor industrial, no acostumbraban gritar ofreciendo sus productos. Para qué, si no había competencia y los obreros y obreras los conocían a la perfección. Podía sí, que alzaran un poco la voz para antojarles un taco o un guiso nuevo o especialmente demandado, cuando no los veían propensos a detenerse.

Muchas de las encargadas de estos austeros establecimientos eran esposas de trabajadores, y otros se habían ocupado alguna vez dentro de una fábrica, y formaban así parte de la familia industrial que se construía en el municipio.

Los malestares e inquietudes del trabajo pasaban a través de ellos, y había quienes se convertían, como la mujer de Eduardo, en sus concientes divulgadores. El puestero de la esquina desde la cual se contemplaba a Crinamex, aunque en principio no era de estos, se había vuelto locuaz conmigo, que diariamente me le acercaba cuando apenas ponía en orden su mercancía.

No fue lo que le consumía, el motivo de sacarme plástica. Mi inusual presencia se delataba a cincuenta metros de distancia, y él se preocupaba por mí. En particular, justamente, por los ojos de la Crina, que tenían la cuadra bajo control.

Jorge Belarmino Fernández

En realidad yo no debería hacer lo que hacía y era conciente de ello, pero no quedaba de otra. A pesar del cuadro que me pintaba sobre la suspicacia de la empresa y del sindicato, Eduardo me había pedido ir allí:

—Hay que agarrarlos en el momento, para que no se hagan pendejos y se vayan corriendo.

La explicación no era muy racional. Porque si tenían temor, sólo se les acrecentaría sintiéndose figoneados. Eso debió despertar mis sospechas, y de hecho así sucedió al tercer día de titubeos para charlar, alejándonos de la esquina con los cuatro compañeros a quienes jalaba, que volteaban hacia atrás cada poco.

Entonces, por medio de otro contacto, aparecieron un par de obreras de la fábrica, también con el propósito de consultarnos. Ellas no hablaban, a la manera de Eduardo, de formar un sindicato independiente ya. Querían hacer algo contra la creciente, angustiosa cuota de piezas que se les exigía y los consiguientes maltratos, y habían pensado también en independizarse, y por ello iban a buscarnos al local que Trailmobile acababa de rentar a la vuelta de la planta. Pero antes querían tantear las posibilidades de obtener éxito, y no estaban dispuestas a dar pasos en falso.

Eso fue lo que puso sobre la mesa el requisito de crear grupos por separado, que organizarían ellas y un par de trabajadores más. Les conté de Eduardo, a quien una ubicaba a la perfección y que le parecía

San Ecatepec de los obreros

merecedor de toda confianza y algo más, pues el hombre tenía un carisma particular.

Advirtiéndoles de mis idas al puesto, les prometí ser prudente, no informarle a nuestro amigo que las había conocido, y convencerlo de cambiar el lugar de reunión. Entretanto empezaríamos con ellas las juntas por separado.

Semana y media tardé en que me hiciera caso aquel inteligente treintañero espigado que, contra la primera impresión sobre él dada por su señora, poseía una gran seguridad en sí mismo. Y sólo lo logré advirtiéndole que no iría más por el lugar, con el pretexto de haber sido espiado durante varias cuadras. De manera que varios círculos, como les nombrábamos, se pusieron a trabajar a la par, sin conocerse entre sí.

Ni antes ni después me topé con un proyecto de organización tan claro, puntilloso y ordenado. Se debía a un proceso que me parecía nuevo, en el que estaba la mano de las compañeras.

Al cabo de menos meses de lo esperado, contaban con unos ocho grupos de entre seis y ocho personas, vinculados a todos, menos uno, de los departamentos de la fábrica, en los cuales habían avanzado de forma notable con ingeniosos mecanismos. Y ni la empresa ni el sindicato, de los que habíamos recabado una buena cantidad de información, parecían estar al tanto.

Una vez obtenida la firma de compromiso de más de la mitad de la gente, se optó ir por el sindicato

Jorge Belarmino Fernández

independiente, puesto que resultaba inútil tratar de ganarle espacios al de los charros.

Fue ahí que Eduardo se adelantó a los demás, y promovió un mitin en un departamento, para terminar en las puertas de la planta demandado la asistencia de todos los trabajadores y trabajadoras.

Espectacular resultó el acto, y también sus consecuencias: la convocatoria por parte de la empresa, en el propio lugar, al que aparecía como el líder del movimiento. El obrero, seguro de sí mismo, salió de la oficina de la administración arengando a la pequeña multitud, pidiéndole resistiera porque él acababa de ser despedido.

Las compañeras cayeron en cuenta de lo que sucedía y arrearon a los otros de vuelta al interior de la fábrica, dando disculpas a gerentes y supervisores por una locura cuyo único responsable era el esposo de la puestera. Nadie volvió a las reuniones, hasta dos años más tarde.

Todavía tuvimos la ingenuidad de creer que el hombre se había sacrificado por sus compañeros. Él mismo se encargó de hacernos salir de nuestro engaño: estaba hasta el gorro de ser un asalariado y había urdido el movimiento de modo de obtener una indemnización suficiente para poner la herrería con la cual venía soñando.

Su culpa se atenuaba por la plena convicción de que, como en efecto sucedió, tras su salida, la empresa repararía en los extremos a los cuales estaba llegando, y contrataría más personal para reducir las cargas de trabajo.

San Ecatepec de los obreros

Luego el Celerín³⁸ se volvería gran compañero de quien hacía de aquel método una sistemática forma de subsistencia: Efrén.

Era un personajazo. Era un hombre chaparrito, soldador. Su forma de vida era entrar a una empresa y provocar el despido para reclamar indemnizaciones. Tenía como siete demandas. Porque tenía once hijos y mantenerlos estaba cabrón. Era de los que iba por la calle y se encontraba un tomatito viejo y se lo llevaba. Para la vida era un luchador increíble y también un gran organizador. Como era muy bueno trabajando, encontraba chamba inmediatamente y se ponía al asunto. Siempre con honestidad, sin llevarse a nadie entre las patas.

Algunos de nosotros tildaron a Eduardo de oportunista y traidor, y lo habrían hecho con Efrén, de saber lo que Jorge sabía, sin darse cuenta que el caso era explicable y más o menos común, en aquel mundo hostil.

Altars

Para nosotros el joven de piel mulata, cabellos ensortijados y brillantes ojos negros que sonrían, es un rostro en un marco sobre la mesa de casa del Jarocho, donde la vida de la familia parecía suspendida en torno a él.

Para Mario, para su mujer, sus dos hijas y su segundo hijo varón, la foto se volvía de cuerpo entero, tenía voz, iba hacia atrás y hacia delante en el tiempo y hacía travesuras, se enfermaba, llevaba la comida del padre a la fábrica, trepaba al tren de paradas locales

38. El nombre del compañero es Jorge Robles.

Jorge Belarmino Fernández

que lo conducía a la escuela, se alejaba cargando una maleta para tomar el camión a Veracruz y no aparecer de nuevo hasta que las vacaciones en la universidad se lo permitieran.

En él estaban los sueños de todos, por los cuales la Negrita renunciaba con gusto a una nueva muñeca y el Jarocho a más de tres tragos en el Rocamar. Les bastaba el retrato, al que en el cumpleaños del muchacho, la madre, Inés, prendía una veladora.

Don Carlos, Don Juan, Don Melquíades, Irineo, Fidel, Nabor, etcétera, y sus esposas, tenían también las fotografías de los hijos a la vista, y las velaban cuando estos se marchaban. En ellas terminaban por cobrar sentido sus historias personales.

Si la Sierra de Guadalupe pudiera penetrar las paredes, habría hallado estos altares en cada una de las viviendas dispersas en montoncitos por Ecatepec.

Un tráiler, un idiota y un gran salto adelante

Mientras el portón de Trailmobile se abría, el Jarocho estuvo en segundo plano, sin sumarse al alboroto que los demás hacíamos. Pero apenas el del tráiler quitó el freno advirtiendo que saldría aunque pasara por encima de nosotros, nos hizo a un lado como si fuéramos niños, adelantándose hacia la puerta del chofer diciendo sin palabras:

—Se acabaron las payasadas.

La salida del tráiler la había anunciado la empresa. Lo había hecho ante la inminencia de la huelga por violaciones al contrato, a través de la

San Ecatepec de los obreros

cual el sindicato contestaba la arrogancia con que los gerentes pretendían cobrarse la derrota en la primera huelga.

Temprano por la mañana un empleado de confianza había informado a los compañeros, que un rudo con experiencia vendría para llevarse las unidades terminadas. Usando mi papel de delegado de los asesores, intercepté en la calle al administrador para reclamarle.

—No me salgas con pendejadas —dijo mirándome de arriba a abajo.

—Pues está loco si piensa que vamos a dejar salir los carros —le contesté envalentonado, olvidándome de los argumentos legales.

El sonoro aplauso que festejó mi ocurrencia, me animó a seguirme de largo. Provocaciones y mentadas subieron de volumen, y en un momento sentí que podía darle al fulano un alegórico, demoledor, inesperado gancho, y cambié el tono:

—Mire, amigo: ni siquiera sabe lo que pasa allá adentro.

—¿Y me lo vas a decir tú?

—¿Cree que se hace lo que usted ordena?

—continué, saboreando el momento, y Juan de Dios empezó a ponerse nervioso.

—¿Ah, no? —respondió el gerente con una maña que me pasó de noche.

—Está ahí de pendejo, pensando que le ponen remaches por dentro a los tanques y...

Juan me dio un jalón para callarme y hacer que me alejara.

Jorge Belarmino Fernández

—Esas cosas no se platican —me dijo en voz baja, culpándose por contar a un idiota lo que únicamente los trabajadores debían saber: que aprovechaban cualquier ocasión a modo, para fingir que hacían su tarea: dar golpecitos cuando tenían que soldar en el interior de un tanque; asomar las piernas por debajo de una plataforma, de modo de tomar una siesta...

Eran mecanismos para defenderse de las cargas de trabajo que el salario no cubría, y establecer un ritmo al que a regañadientes la empresa se acostumbraba. En ellos se expresaba el nivel más profundo de la guerra que los trabajadores y trabajadoras libraban contra las patronales.

Para que el sindicato alcanzara el nivel de fuerza y madurez que le permitiera plantearse estos problemas de fondo, era preciso un constante desarrollo de la organización.

El primer paso se produjo cuando Luis Vázquez suplió a Irineo en la secretaría general. Los roces con la empresa crecían y se embrollaban, y para encararlos debía apelarse cada vez al comité, en el cual no tenían representación todos los departamentos; o, en los casos más serios y extendidos, aguardar a la revisión contractual de cada dos años, o recurrir a una desgastante serie de emplazamientos a huelga por violaciones al contrato.

Luis, pues, dio forma a la organización departamental y forzó a la gerencia a reconocerla

San Ecatepec de los obreros

formalmente. De esta manera, los delegados recogían en el momento los conflictos que se generaban y los dirimían con la administración, obviando a los supervisores, y se inició una práctica de asambleas por área de trabajo, en las que los problemas y el estado de cada proceso de la producción se discutían a cabalidad.

Al paso de los años, cuando Manuel quedara al frente del sindicato, el régimen interior de la planta se transformaría y Martín podría dejar de preocuparse: había manera, sí, de conciliar las ganas de trabajar a conciencia, con la defensa de los derechos.

Masa y El Fogonazo

La Cooperativa era posible por el movimiento estudiantil de 1968 y la Insurgencia Obrera de 1971-72. Ambos habían representado el poema de un gran escritor peruano, que empezaba encontrando un cadáver en la calle³⁹.

Un hombre se acercaba al cuerpo y le rogaba levantarse. “Pero el cadáver —decía el poeta— siguió muriendo.” Un segundo hombre se sumó a la súplica, y luego centenares, miles, millones, con el mismo resultado. Finalmente “todos los hombres de la tierra lo rodearon”, el cuerpo que yacía los miró y, emocionado, se incorporó y echó a andar.

Para mí el poema había cobrado sentido un atardecer en Salamanca, Guanajuato, durante un mitin que citó la Insurgencia. Llegué allí con los electricistas

39. Masa, se llama el poema, y puede encontrarse en cualquier antología de César Vallejo.

Jorge Belarmino Fernández

de Irapuato y Celaya, a quienes estimaba, pero que como todos los del gremio en el país, gozaban de condiciones privilegiadas entre su clase y tenían un estilo poco combativo.

Armaron el templete eficiente, desapasionadamente, con la abundancia de recursos a su mano y la confianza en que la policía y los agentes de gobernación los respetarían. Entre ellos tendía a extraviarse la beligerancia del modesto grupo de ferrocarrileros vallejistas acostumbrados a chocar con el poder, que llegaron casi enseguida.

La jornada, pues, auguraba imitar las sosas manifestaciones de la IO en el Bajío, dominadas por los contingentes de uniformes amarillos recién estrenados, pasando en correctas filas tras la banda y las bastoneras del sindicato, para repetir con aburrimiento la bicoca de consignas que desde los megáfonos de los carros les dictaban sus comités ejecutivos.

Conforme anochecía, emergiendo de aquí y allá entre las sombras, fueron sumándose obreros y obreras de las pequeñas organizaciones del FAT, campesinos que sostenían viejas demandas de restitución o distribución de tierras, y los primeros posesionarios de la región.

Reclamos muy diversos y cada vez de tono más alto se mezclaban, liberando a los vallejistas y produciendo un efecto de contagio en los de Galván, que cedían la tribuna donde las denuncias al régimen se precipitaban, ahora ante nerviosos agentes y soldados requeridos por la presidencia municipal.

San Ecatepec de los obreros

Era un momento mágico, al que le importaba un soberano sorbete la presencia de la fuerza pública, en la confusión de ropas, rostros, olores de muchas clases haciendo añicos el aislamiento de la vida personal al cual se nos forzaba o nos entregábamos, para convertirnos en un todo dispuesto a crecer interminablemente. Era el cadáver que se agitaba, pues, pidiendo por más para levantarse.

Con eso al hombro llegamos los de la Cooperativa a Ecatepec, no importa cuán torpes o frágiles fuéramos. Y los trabajadores y trabajadoras más cercanos abrían el saco y se entusiasmaban con lo que había allí.

Fieles a lo que nos habíamos propuesto originalmente, los cooperativos con nuestros generosos tiempos libres, impensables para las familias obreras, servíamos de puente con la insurgencia en distintos lugares del país, y con experiencias acumuladas en el mundo durante los últimos doscientos años. A cambio, Agustín, Fidel, Mario y los demás; sus madres, esposas e hijos, nos decían cuán ardua y profunda era la tarea para cumplir el poema.

Juntos, a principios de 1974 rentamos un local de cinco por cinco en la Urbana, de modo de recibir a quienes querían organizarse, y nos pusimos a repartir en las plantas un periodiquito mimeografiado: El Fogonazo de Xalostoc.

Lo hacíamos después de un año de medir los riesgos, con el aval de las tres fábricas que tenían sindicatos independientes y de los grupos creados en

Jorge Belarmino Fernández

otra docena, y sabiendo que contábamos con el apoyo de la veintena de empresas en las cuales trabajaba la Cooperativa en diversos lugares del valle de México, y del FAT, sobre todo, pero también de la Liga de Soldadores, la Tendencia Democrática y otros sólidos movimientos dispersos por el país, más el indispensable del despacho de nuestros abogados.

En ese poco tiempo sentíamos habernos constituido en algo particular dentro de la propia Coope y de los grupos relacionados con ella. Y es que nuestra actividad no se limitaba a las factorías organizadas o en proceso de organización, aisladas entre sí y de sus entornos. En nuestro caso el centro eran las colonias.

La veintena de obreros y no obreros que por plazos nos dedicábamos a darle vida al local y a hacer y repartir El Fogonazo, conocíamos a las familias de muchos y nos reuníamos con tales y cuales no sólo para hablar de sus luchas, sino también para hacernos amigos. Lo hacíamos a las puertas de los centros de trabajo, en los puestos de comida de las esquinas, las casas, el billar de la San Miguel, el merendero frente a Visa o, muy de tarde en tarde, en el Rocamar, la lonchería prostíbulo a la vuelta de Trailmobile, o en una pulquería.

Y así íbamos componiendo una estrecha comunidad que permitía, pongamos por caso, que los compañeros más ágiles con el ingenio y la lengua, vieran y estimaran al Agustín que estaba detrás de la apariencia de un hombre lento para reaccionar ante

San Ecatepec de los obreros

los albures y las bromas pesadas. O respetaran el papel de guía que hacía Nabor, aunque en la organización de Visa fuera secundario. O entendieran los motivos de que anduviéramos por allí David, el Pelos, el Celerín o yo, quien trabajaba unas horas al día en Televisa y rentaba un hermoso departamento con la futura madre de mis hijos.

De cómo los malditos pagan su culpa

Había historias de los que llegaban y también de los que se iban, aunque estos eran rarísimos. Voy a recordar las dos que más me impresionaron.

La de llegada es la de Nabor. Chamaco, quedó huérfano, y en el pueblo un tipo aprovechó para traerlo de encargo. No pasaba día sin que encontrara la manera de burlarse de él. Hasta que se pasó de la raya.

La única herencia de Nabor era una burra, a la cual cuidaba como a una hija. Se le ensarnó y la llevó junto al río, a darle una friega que le recomendaron. El animal estaba terminando de secarse entre los mimos de él, cuando se les acercó el malhora. Con aire de inocencia preguntó qué pasaba. Nuestro compañero le contó y él le dio una receta infalible:

—Úntala con gasolina y préndele fuego.

Nabor era ingenuo pero no tanto, y cansado de que le tomaran el pelo, agarró el cántaro más grande a la vista y amenazó con lanzarlo. El hombre aparentó que sentía terror y le pidió que lo dejara continuar el consejo, que no terminaba, claro, en la primera, bárbara parte:

Jorge Belarmino Fernández

—¡Cómo crees, si ya sé que así la burra se te muere! No, la cosa es que antes la pongas a la orilla del agua y, cuando salga la lumbre, la avientes.

—Ah —dijo quien estaba a punto de convertirse en obrero, y se dio a la labor. Ya que su única propiedad se echó a correr, ardiendo, despavorida, rumbo a la muerte, y el tipo soltó la carcajada, Nabor aprendió muchas cosas y decidió una: usar el cántaro. Tenía al otro semiagachado, de espaldas, y se lo dejó caer en la cabeza.

Ni volteó a mirar el resultado. Cogió rumbo a la carretera y con lo puesto subió al primer autobús que pasaba.

Así de “accidental” había sido la decisión de venirse a la Ciudad de México, donde luego de una noche al amparo de una obra en construcción en la Raza, un albañil le recomendó buscar trabajo en Ecatepec.

Igualmente “azarosa” resultó la historia del Güitas para desaparecer.

Después de lo del dedo fue de viaje a su pueblo, como él mismo y otros hacían de vez en vez. En su caso yo imaginaba que el motivo era agarrar fuerza donde estaban sus recuerdos —y se lo respetaba—, para continuar la vida de la ciudad y sus alrededores, en los que una persona podía andar kilómetros sin que nada ni nadie lo reconociera, convertido en paisaje, digamos.

Si bien él no acostumbraba a perderse en ese anonimato, y salía muy poco de las dos docenas de

San Ecatepec de los obreros

manzanas en torno a su casa en la San Miguel, que eran una especie de extensión de sus rumbos en Zacatecas. Pero no había fábrica en la que hiciera huesos viejos y se incorporara de lleno a las cofradías de los compañeros de trabajo. Para nosotros eso tenía la virtud de ir dejando la semilla del descontento en muchos lados, cuyos frutos a ratos recogíamos luego.

No nos dábamos cuenta de que a pesar de lo seguido que hablábamos con él de cosas personales, fuera de Fidel, la Lombriz y sus demás paisanos, lo entendíamos muy poco.

Se fue de paseo al pueblo, pues, y a los quince días recibimos la noticia:

—Mató a dos.

Se intuía la violencia contenida en Guadalupe, ¿pero matar a alguien? ¿Dónde quedaba su esencial nobleza y el espíritu de justicia que no nos inventábamos había en él? ¿Dónde? Precisamente en los pormenores del suceso.

Corría el dinero fácil en el pueblo, cuando el tráfico de drogas resultaba cuestión de niños comparado con el de después, pero dejaba ya buenos dividendos. Eso hacía que todas las semanas hubiera juegos de naipes con montes que daban para vivir por meses a una familia. Los organizaban el par de narcos de la región.

Con ellos echó unas manos el Güitas. Al terminar, hasta el último peso sobre la mesa estaba del lado de él. Los malos, que lo eran de veras, sacaron las pistolas, y el obligarlo a dejar la cosecha de horas

Jorge Belarmino Fernández

de batallar contra sus trucos, les dio ocasión para cobrarse lo que realmente les dolía, y no el dinero, que podían reponer en un santiamén: el orgullo sobajado. De modo que, a la vista de los que habían abarrotado la cantina tras los rumores rápidamente esparcidos, se divertieron de lo lindo humillando al de la San Miguel.

Fiel a los mismos principios de cuando armaba borlote en la fábrica, por un maltrato a su persona o a la de sus compañeros, Guadalupe fue a su casa y tomó el rifle. Con la paciencia y el olfato del buen cazador que había sido desde niño, se apostó en un árbol sobre el camino que los tipos debían recorrer.

Nunca más, hasta hoy, volvimos a verlo. Que estaba vivo se sabía por los chismes.

Quiera Dios así siga y lea este libro.

Palabras mayores

Solíamos pasar por Cerro Gordo camino a esto y aquello, viendo en la General Electric un gigante al cual difícilmente tendríamos acceso, debido al poder de la empresa y, en particular, del sindicato. La cabeza de éste, Francisco Pérez Ríos, gozaba de una fuerza sólo inferior a la de Fidel Velázquez, a quien debía suceder en la presidencia de la CTM y del Congreso del Trabajo (CT)⁴⁰.

Las caricaturas de la prensa sacaban de él un estupendo partido, pero perdían las sutilezas de una personalidad particularmente enredada. Su ropa

40. Pérez Ríos no se quedó con el cargo de Velázquez, porque murió antes que éste: poco después de lo de la General.

San Ecatepec de los obreros

no le pedía nada a la de los hombres más ricos del país, se acicalaba con tal esmero que rebrillaba, y no se cubría con las ostentosas alhajas de los personajes de su estilo. Su meteórico ascenso parecía haber producido en él cuevas y túneles siniestros, que sin embargo le permitían presentarse como un ser afable y comprensivo.

Pertenecía a la estirpe de los viejos charros hábiles en el manejo de la gente y en la negociación, y ninguno se había acomodado mejor que él entre la gran burguesía. Por eso se comportaba, más que como el Padrino que era, a la manera de un banquero.

Por supuesto había tenido las senadurías y diputaciones que quiso, y por supuesto le bastaba levantar el teléfono para recibir favores de los secretarios de estado, tratar con el empresario o la trasnacional más remilgosos, o convencer a *Don Fidel* de amagar con una huelga de los tres millones de afiliados al CT.

Pero para nosotros su figura recordaba, antes que nada, el fin de la Insurgencia Obrera. Con él fue el choque más directo del movimiento, que no pudo doblarlo. De forma que teníamos muy claro que donde quiera que se lo enfrentara, la cosa iba muy en serio. Incluso en puntos periféricos de su sindicato, como la General. No extrañará entonces, que cuando David y yo vimos un mediodía desde el camión, que se había declarado la huelga allí, no nos cupiera la sorpresa.

—Esto si está gordo —dijimos, y en un par de horas reunimos a nuestros amigos, para ofrecer

Jorge Belarmino Fernández

la modesta ayuda de “los trabajadores en lucha de Xalostoc”.

Nos recibieron cariñosamente y nos comunicaron sus dudas sobre el modo en que pararon. El sindicato había firmado la revisión del contrato sin consultarlos, y aunque el descontento era generalizado, no se habrían resuelto a actuar si no fuera porque unos jóvenes que, presentándose como parte de la Tendencia Democrática de Rafael Galván, les aseguraron echarían atrás la firma, con su asesoría.

—¡No, pus cuándo! —comentamos entre nosotros, pero no venía al caso desanimarlos, y prometimos estar con ellos en las guardias y en el boteo y juntar dinero en nuestros grupos.

A solas despotricamos contra los irresponsables que los habían aventado a lo que nos parecía un callejón sin salida, aliviados de no estar en él, y de que nuestro trabajo avanzara con pasos más bien lentos y firmes.

Informamos a la Cooperativa y la tarde siguiente, no recuerdo cómo, ésta nos citó con carácter de urgencia en la oficina de los abogados.

Al llegar encontramos una alegre excitación:

—¿Fueron a la huelga de la General Electric?

—Sí. Está de la chingada...

—Hay que ver —nos interrumpió Paco Ignacio.

—¿Qué?

—Los trabajadores vinieron al despacho y ahora Castillejos los representa.

San Ecatepec de los obreros

La boca y los ojos se nos abrieron tanto como era posible.

—Así que desde este momento ustedes se encargan del asunto —dijo PIT II entre la euforia colectiva.

David y yo dimos tímidos argumentos para evitar el encargo.

—Mario se va con ustedes y los demás ayudamos —dijeron.

Debí insistir, pero me ganó mi segundo peor compañero, después del miedo: la necesidad de ocultar mis limitaciones y recibir el aplauso.

Camino a casa, por primera vez desde que comenzó el viaje de la Cooperativa, me sentí incómodo conmigo mismo. Quería pasar la vida entre obreros y obreras y proyectos de cambio, sin concebirme como quien pensaba se me pedía ahora.

La noche me tranquilizó, diciéndome que tarde o temprano era inevitable asumir responsabilidades de aquella clase. Y que, en todo caso, debía hacer cuanto estuviera a mi disposición por compañeros a quienes una izquierda torpe y altanera había puesto en un brete.

La verdad es que no conocía lo que realmente había sucedido en la General antes de la huelga ni el sentido que ésta tenía hasta aquel día, y que desaparecía con el llamado a Castillejos a ser el representante legal.

Jorge Belarmino Fernández

Contra la pared

La huelga en General Electric no se había producido prácticamente desde la nada, como suponíamos. Y nos habríamos dado cuenta, de continuar en nuestro papel de solidarios acompañantes.

Hacia rato los trabajadores y trabajadoras exigían aumentos, plazas y diversas mejoras en sus condiciones generales. La Tendencia Democrática se había acercado a quienes estaban al frente de las protestas, de modo de que la fábrica se sumara a la batalla en el sindicato electricista unificado por la fuerza, el SUTERM.

Lo había hecho, sin embargo, en términos que tal vez no aprobaría Rafael Galván: se pretendía convertir a la General en un punto de quiebre en la confrontación con la camarilla de Pérez Ríos, a la manera de los trabajadores de la industria nuclear, poco antes.

Desde esta perspectiva, de entrada no resultaba absurdo hacer a un lado la firma del contrato por la dirección del sindicato, desconociendo de inmediato a ésta. Había una gran objeción al plan: los tres mil quinientos obreros y obreras de Cerro Gordo, carecían del grado de organización y de la autonomía en la materia de trabajo, de los nucleares.

¿Qué había sucedido entre aquel segundo día de huelga y el siguiente, para que la mayoría decidiera buscar a Castillejos? ¿Nuestra presencia había influido en ello?

San Ecatepec de los obreros

El abogado les plateó la difícil posición en la cual habían quedado, aconsejándoles no echar marcha atrás. El recurso que estaba a la mano era declarar la suya como una “huelga constitucional”, en la cual la asamblea suplía al sindicato. El mecanismo se había probado en otros lugares y podía o no dar resultados. Todo dependía de la unidad y la capacidad de resistencia.

La General abría así el camino a los movimientos de confrontación directa en la gran industria de la zona. Eso era posible sólo por la influencia que el movimiento de Galván continuaba poseyendo en el país. Pero ciertamente sus representantes ante las plantas de Cerro Gordo, habían obrado con una imperdonable ligereza.

Agustín, Fidel, los amigos de Trailmobile, de Visa, etcétera, estaban atareados con sus problemas, y los de la Cooperativa en el municipio no se comprometían con el asunto o lo hacían marginalmente. Unos, porque eran concientes de su inexperiencia: otros, porque en ese momento se confirmaron en su idea original de que el trabajo en los sindicatos no avanzaría mayor cosa, y que por lo tanto debía aprovecharse a la manera en la cual intentaba el conjunto de la izquierda: para crear cuadros.

Afortunadamente se nos sumó Mario. Era un tipo inteligente, con experiencia política e imaginación. Gracias a él pude encontrar mi espacio en la huelga. Este espacio estaba en la ayuda a las guardias, de modo que se consolidaran y, a la manera de Trail-

Jorge Belarmino Fernández

mobile, sirvieran de base para crear una organización firme.

En principio el número de trabajadores, de puertas y turnos; la conversión de las guardias en representaciones de los departamentos de las dos plantas, y la confrontación sin mediaciones que se planteaba, permitía desarrollar la democracia directa y sentar las bases de lo que llamábamos poder obrero.

Había una velada reticencia de algunos trabajadores hacia nosotros, que me cohibía a ratos, despertando mis fantasmas personales. Pero la forma de estar en la huelga borró la distancia, ora abandonándome al ritmo que pedía a gritos echar un dominó o un conquián o charlar de la vida privada, ora organizando las asambleas departamentales y los intercambios de experiencias y reflexiones, invitando a quien de fuera se dejara.

Una de las acciones más urgentes consistía en atraer a la mayoría, que no acudía o lo hacía sólo de tarde en tarde, y asegurar su compromiso con la lucha. En una semana las guardias se nutrieron, el boteo marchaba y se estableció un sistema por el cual se solicitaba y concedía permiso para emplearse temporalmente, sin eximirlos de asistir a las reuniones y, si sus ingresos se los permitían, dar una contribución. Un listado de teléfonos, direcciones y contactos, permitía diseñar mecanismos de respuesta en caso de que algo sucediera.

Las asambleas generales, precedidas por las de cada puerta y turno, dejaron de ser un seco ritual en

San Ecatepec de los obreros

el que unos cuantos intervenían desde el templete para informar de los avances en los trámites ante las autoridades y lanzar arengas que terminaban por sonar huecas.

A los quince días no se discutía ya nada más el destino de la huelga, sino el de la organización posterior, y el optimismo parecía a prueba de todo.

Pero algo fundamental no marchaba: no había entre los trabajadores quien se resolviera a asumir la dirección. A mis ojos era incomprensible, certificando el buen número de compañeros que estaban en capacidad de hacerlo.

Uno de ellos terminó dándome la clave. De aproximados veinticinco años, alto, piel clara, pelo muy negro, ojos que pasaban del café al verde y labios generosos que lo volvían muy atractivo para sus compañeras, había estudiado ingeniería eléctrica en el Poli, sin terminar.

Su ascendiente entre los compañeros de su guardia era palpable, y en silencio demostraba no tolerar nuestra presencia. Una tarde, jugando dominó, a las lonas que nos cubrían de la lluvia entraron el par de jóvenes que los habían animado a parar.

Tras un frío saludo no esperaron a que los invitaran a sentarse, y se pusieron a hablar, dirigiéndose al compañero. Echaron pestes contra Castillejos, y él y los demás alrededor de la mesita donde se despachaban las fichas, o que esperaban turno o descansaban, callaron en espera de que yo abriera la boca. Me concentré en el juego, fiel al

Jorge Belarmino Fernández

convencimiento de que el problema era grave y de que, muy por encima de mis ideas o las de nuestro abogado, les competía a los trabajadores.

Él se encargó entonces de contestar:

—Nos dejaron solos.

Ellos trataron de justificarse, apabullando con falsos razonamientos legales y la promesa de que llegarían los grandes apoyos ofrecidos, que no se habían insinuado siquiera. Era demasiado y, sin alharacas, mientras continuaba en lo mío, eché por tierra sus argumentos. Se marcharon y en adelante el compañero cambió el tono conmigo.

Sería en el rostro de este hombre en el que, durante la asamblea al día siguiente de la llegada de los golpeadores, encontré la confirmación de que debía asumir la responsabilidad. Y sería él también, su obsesiva presencia en mi cabeza, y la del trabajador que se había negado a entregar las llaves de la puerta, quienes más me atormentarían luego.

Siento no haberlos encontrado, ni a ellos ni a ningún otro huelguista, a mi regreso en 2008, para que se encargaran de contar, y no yo, una historia que de alguna manera influiría en las de Spicer y Kelvinator.

A veces hay que decidir la vida

—¡Agitadores! —gritaban contentos los de los palos aquella tarde en las afueras de la General Electric, echando a correr detrás de mí y de Mario, quien había

San Ecatepec de los obreros

observado la escena desde el primer proyecto de centro comercial sobre la Vía Morelos.

Él aceleró por el pasillo del lugar, abierto por ambos costados, y yo no quise seguirlo, imaginando la cacería por el descampado. Desde muy pequeño sabía lo que era el pánico, y luego lo había encontrado en algunos de quienes se refugiaron en la primaria anexa a la Normal de San Cosme, al ocultarse en un closet o bajo una banca, el diez de junio de 1971.

Así ya no se era el que se era, ya no se era nadie, sino un nervio incapaz de contener sus temblores, aislado del mundo que se volvía amenaza hasta en sus más inocentes manifestaciones —una súbita ráfaga de aire moviendo una lámpara; el inesperado canto de un pájaro; la aparición de un niño imprevisto. Corriendo, sabía pues, que una persistente historia, a la cual por años había creído ponerle la cara, me pisaba los talones para vencerme de una buena vez.

Entonces vi a los trabajadores de la panadería del centro comercial, que habían salido para conocer las razones del ajetreo. Me señalaron la puerta, entré, cerraron, uno de ellos me condujo a los hornos, y cuando los enviados del SUTERM amenazaron con meterse también, “más tranquilos que una mujer que miente”⁴¹ les dijeron que allí no había nada de su interés.

Vaya a saber qué pasó hasta que me avisaron para tomar un camión. Subí, di las gracias con la

41. Frase de *Cuaderno de un retorno al país natal*, de Aimé Césaire, un poeta de La Martinica que encontró, quizás como nadie, el espíritu de las multitudes en los países colonizados, como el nuestro.

Jorge Belarmino Fernández

mano y pedí al chofer me dejara de nuevo. Del lado contrario de la avenida los policías echaban a andar, atravesé entre ellos y trepé a otro *perico*, en dirección a la fábrica.

Pensaba en bajar, buscar a los huelguistas que anduvieran por allí, marcharnos a la oficina de los Castillejos, procurando encontrar la lista de teléfonos de las familias de los compañeros, e iniciar las mil cosas que de seguro se nos ocurrirían.

Pero seguí de largo. En el camino redescubrí el tipo de soledad de siempre que debía decidir el futuro. Era la soledad absoluta, que no podía esperar ayuda de nadie. Esta vez ni de mis compañeros de la Cooperativa, que sin duda iban a conformarse con animarme, bien porque les había dejado creer que era capaz de más de lo que podía, bien porque estaban ocupados en otros asuntos o no tenían intenciones de comprometerse. Ni de mi pareja, quien se entregaba al placer y a los temores por la maternidad y había resuelto dar un brutal giro a nuestras vidas.

Mi existencia toda, pensé, se juega en los próximos días. Si asumía plenamente mis responsabilidades con la General, y para ello debía volverme el que hasta ahí no me consideraba en posibilidad de ser, sabría qué camino tomar cuando llegara el hijo, al cual ingenuamente soñaba convertir en una canción, y después, si no, probaría reducirme al adulto soberbio y frágil en el cual se había convertido el niño mimado y el joven irresponsable.

San Ecatepec de los obreros

Saldría sobrando saber cuánto de justo y cuánto de equivocado tenía este razonamiento, de no ser porque se refería no sólo a mí, sino al conjunto de quienes desde fuera o desde dentro de las fábricas nos involucrábamos en la democratización de los sindicatos y en la búsqueda de una nueva sociedad.

Para unos primero y para otros después, llegaba la hora de reflexionar en lo que hacíamos y decidir el mejor camino a futuro. El distinto lugar y la distinta personalidad de cada uno planteaba el problema de diferente manera, o lo haría pronto. Muchos, empezando por buena parte de los personajes de nuestro libro, desarrollábamos o desarrollaríamos lo mejor de cada uno, descubriendo que la vida podía ser algo espléndido, distinto a lo que se nos había deparado. Y nos dejábamos llevar, creyendo que el tiempo obraba a nuestro favor.

Irineo vivía luminosos momentos que no había soñado, Fidel sentía un profundo orgullo por sí mismo y aprendía sin parar cosas que, lejos de alejarlo de sus iguales, lo comprometían con ellos.

Los ojos de Simón cobraban un brillo todavía más intenso al que de por sí tenían, conduciendo a la reivindicación de su lugar en la tierra, a un centenar de algunos de los seres humanos más despreciados de la ciudad, para plantearse él mismo un porvenir en el que su inteligencia y su don natural de líder se explayarían.

Manuel disfrutaría el inmenso gusto de ser más que un buen solador, encontrando la forma de

Jorge Belarmino Fernández

transformar el terrible desorden de una empresa transnacional, a favor de sus compañeros, y se sumaría a un partido de izquierda que le despejaría enormemente la mirada y lo haría el primer edil de oposición en el municipio.

Leopoldo descubría que las duras enseñanzas de su infancia lo harían uno de los representantes del reclamo de seis mil hermanos, y le permitirían hablar de tú a tú con hombres y mujeres a los que jamás les había faltado nada.

Cristina encontraba la manera de que su extraordinaria vitalidad, que a los ojos ajenos la convertían en una mujer ligera, se liberara y, a golpes, fuera reconocida como una virtud.

Agustín hallaba un camino que podía cumplir íntimos deseos, con los cuales haría justicia a su madre y sus inconmensurables sacrificios.

No éramos seres puros en ningún sentido, y seguramente lo que más importaba a todos era satisfacer la vanidad personal. En cualquier caso, estos antes y aquellos después, estábamos cambiando nuestras vidas en el sentido deseado, y de venirse eso abajo cada uno a su modo se sentiría destruido.

La tarde en el camión alejándome de la GE, me pregunté si Mario me ayudaría, comprendiendo mis temores. Había mostrado tamaños muy superiores a los míos para enfrentar problemas, y ahora de hecho debía ponerse a la cabeza de un movimiento en el que, debido a las circunstancias, a los obreros se les dificultaba tomar por las riendas. Apenas llegué al

San Ecatepec de los obreros

despacho de los abogados supe que no: era urgente, dijo mi compañero, alcanzar a su mujer en Canadá.

En La Loma

La tarde tras el rompimiento de la huelga, cuando yo iba con mi soledad, los de la General tomaron la más natural y sabia decisión: reunirse en la primaria en La Loma de Tulpetlac. En ella, en su escuela primaria y los alrededores, se concentraba la mayor fuerza de las luchas por llegar. Allí estaba Misael Núñez, uno de los líderes de la disidencia magisterial y de las tomas de predios urbanos en el municipio. Y allí estaban Lepoldo y una porción de los compañeros que se preparaban a democratizar el sindicato en Kelvinator, y obreros inquietos de Alcan Aluminio, Aceros Ecatepec, Liberty...

¿Se les sacaría provecho? Quienes habían estado en las guardias durante la llegada de los rompehuelgas, y los que llegaron después, se limitaban a pedir amparo al maestro que algunos conocían por los inicios de su activismo. Éste se atrevía sólo a animarlos, marginado de la posibilidad de aconsejar a un movimiento que se producía en el ambiente de las fábricas, que desconocía. Leopoldo y los demás habían sido testigos de la huelga, habían escuchado rumores sobre lo que sucedió esa tarde y observaban ahora el inusual ajetreo en la primaria. Pero no tenían pretexto más que para figonear.

Aunque no sé bien a bien cómo se desarrolló la reunión de esa noche, el acuerdo fue impedir que la

Jorge Belarmino Fernández

mayoría de los obreros y obreras volvieran al trabajo. La idea de evitarlo a toda costa no podía considerarse, al observar desde lo alto el movimiento en torno a las plantas y al cerro. La policía y la gente de Robles Santibáñez hacían dos cercos, y llegaban autos con agentes de Gobernación y de la Secretaría del Trabajo.

Antes del amanecer los compañeros bajaron en pequeños grupos hacia los dos lados de la Vía, para hablar a los que se presentaran al primer turno. Se formaron corrillos, los de Robles se les acercaron para deshacerlos o provocarlos, con el aval de los uniformados detrás de ellos, y aquí y allá estuvo a punto de que la gresca iniciara. La repuesta de los trabajadores zanjó la cuestión: el grueso tomó camino a La Loma.

Tres horas después, desde el carro de Don Armando Castillejos la fábrica tenía el aspecto de una fortaleza tomada, en la que se teme por el regreso de sus pobladores. De ella a los bajos de La Loma se abría una tierra de nadie que la policía ocupaba.

Cruzamos la primera línea de uniformados y agentes, y en la segunda nos detuvieron:

—¿A dónde van? —preguntó el oficial del Barapem a cargo, que de seguro había asaltado a una buena cantidad de obreros en los días de paga.

El abogado hizo valer su título y el fino estilo desarrollado en el movimiento de 68 y los años en la cárcel, y desde luego nos dejaron pasar. Abrió la asamblea en la explanada de la primaria, a la cual

San Ecatepec de los obreros

habían llegado unos mil quinientos compañeros, explicando la estrecha vía legal que quedaba en las nuevas circunstancias.

Luego se llegó a la conclusión de que sólo había terminado la batalla inicial y que la siguiente podía ganarse. El primer requisito era crear una organización muy sólida, cuya base debía ser la departamental de las guardias. El segundo era no concebirse como un movimiento de resistencia, sino pasar a la ofensiva. Porque lo que daba la impresión de jugar en contra, en realidad lo hacía a favor: el cerco de la fuerza pública y el poder de la empresa y del sindicato.

Aquél creaba un punto tal de tirantez sobre la Vía Morelos y las fábricas y colonias en torno suyo, que no podía sostenerse mucho tiempo, a riesgo de convertirlo en un foco de descontento, al que la Secretaría del Trabajo temía. Y Pérez Ríos se friccionaba con los intereses de una trasnacional cansada de perder dinero por un conflicto esencialmente sindical, de modo que ambas terminarían confrontándose también si la cosa se alargaba lo suficiente. Restaba tener la inteligencia para decidir en qué momento negociar y con quién.

Para ello debía empezarse de inmediato, instalando las asambleas departamentales y creando comisiones de vigilancia, abastecimiento, relaciones con organizaciones hermanas, búsqueda de recursos, difusión del conflicto. Cada trabajador y trabajadora haría explícito el tipo de compromiso que adquiría, en

Jorge Belarmino Fernández

el entendido de que al menos mil permanecerían en la primaria, en dos turnos, y de que los demás asistirían de inmediato a los llamados. La última condición era integrar a las familias a la lucha.

Estaba en juego, se debía tener siempre presente, no sólo la primera etapa que se abría, sino la del regreso a las plantas.

No se tomaba en cuenta el vital elemento que proporcionaba la cercanía de Misael, de Leopoldo y sus vecinos, y volvían a desestimarse las dificultades mostradas durante la huelga, para el surgimiento de una dirección natural.

Los días siguientes fueron complicados, atravesando de ida y vuelta las filas de la policía, que se volvieron ácidas al aparecer miembros o supuestos miembros de la Liga 23 de Septiembre. Más difícil aún resultaba poner en práctica las ideas, y no aparecía la ayuda esperada.

Dos semanas después, subiendo la calle de tierra que conducía a la primaria, me detuve. De haber conocido entonces a Leopoldo, que había pasado mil veces por allí hacia la casa y la fábrica, a lo mejor no me habría rendido marchándome por el costado del cerro.

Camisas de fuerza

La asesoría legal era imprescindible en los movimientos. Por una poderosa razón: la Ley Federal del Trabajo había sido concebida para controlar el descontento. Copiada de la del fascismo italiano —conforme luego

San Ecatepec de los obreros

parecería demostrar Jorge el Celerín— hacía de camisa de fuerza con la que el Estado tenía en sus manos el manejo de los conflictos.

Partiendo de las enseñanzas del periodo maderista, sobre los beneficios para el empresariado de ceñir las protestas a los ritmos de la normatividad burocrática, la legislación obligaba a que hasta los más mínimos detalles fueran convalidados por las Juntas de Conciliación y Arbitraje. Los abogados tenían sentido no por exigir su cumplimiento, sino por encontrar los resquicios en ella que permitían defenderse del grueso, pesado andamiaje, siempre sobre el sostén de la lucha en los centros de trabajo y las calles.

Retar al aparato sin los magros recursos de los asesores, representaba un suicidio, a menos que se contará con mucha fuerza. En particular en los sindicatos nacionales como al que pertenecía la GE, en los cuales las secciones quedaban supeditadas de arriba abajo a la dirección central.

Los miembros de la Tendencia Democrática que alentaron la huelga en Cerro Gordo, promovieron enseguida el desconocimiento del comité ejecutivo del SUTERM, asegurando que las secciones bajo la influencia de Galván respaldarían la lucha.

Después de la mañana en que en lugar de subir a la primaria de la Loma, me escurrí hacia un lado, no dejé de asistir al campamento, ahora en calidad de acompañante.

Jorge Belarmino Fernández

Para entonces se habían realizado un par de manifestaciones hasta las plantas, y en el mes siguiente se harían dos más. Si bien nada por el estilo se había visto hasta entonces sobre la Vía Morelos, no se sumaban grupos de otras factorías del municipio, fuera de los que venían de Trailmobile, Visa y la organización dispersa en Xalostoc.

En cuanto a la zona sucedía, magnificado, lo que pasó durante la huelga de Trail. Los obreros y obreras estaban pendientes. Si el movimiento prosperaba sería un aliciente para sus inquietudes. A la vista, no resultaba así: las marchas perdían número y la gente volvía al trabajo, en algunos casos para ser despedida.

La derrota no era un hecho, sin embargo. De reinstalarse los aproximados quinientos que quedaban en pie, cambiaría la relación de fuerzas dentro de la fábrica, permitiendo por primera vez una auténtica organización allí. Y la intervención real de la Tendencia Democrática, que empezó a producirse, podía sumar la de ellos a la lucha en el conjunto del SUTERM.

Al hacerlo serviría de empuje al SME, el sindicato electricista del valle de México, Morelos y regiones cercanas, que conservaba la autonomía y estaba también en la mira de Pérez Ríos. Con ello se obligaría al gobierno a definirse de una buena vez frente a su proyecto de renovación del sindicalismo ligado al Estado.

San Ecatepec de los obreros

El auditorio del SME se abrió para un acto en que las secciones galvanistas del centro del país se solidarizarían con los de Cerro Gordo. Era el gran momento. Pero las autoridades tomaron partido, interceptando los camiones en que veían contingentes de aquéllas.

No había manera, pues, de abrir al menos un poco el ostión del régimen. Por más que, de nuevo, no todo estaba perdido. El compromiso de los trabajadores nucleares y las manifestaciones de apoyo del Consejo del Centro, que escapaba al control del Padrino con facha de banquero, impulsaron a los quinientos a tomar las instalaciones de Paseo de la Reforma.

Fue un momento glorioso, en que Robles Santibáñez y sus pistoleros pagaron la ofensa del rompimiento de la huelga, incapaces de detener a los obreros, que no pararon hasta entrar en el despacho de Pérez Ríos. Y allí se quedaron.

Después de una semana de nerviosismo, éste entendió que se trataba de un último, desesperado esfuerzo. Bastaba con esperar el roer del tiempo, y les propuso el regreso al trabajo de quienes tenían base, que representaban la cuarta parte de los quinientos. No la aceptarían, estaba seguro el charro, y no importaba, porque no hacía sino divertirse con la desgracia de ellos.

El final fue tristísimo. Muchos de los de base prefirieron decir adiós, y el sucesor natural de Fidel Velázquez recibió al resto con un sarcástico aire paternal:

Jorge Belarmino Fernández

—Caray, muchachos. Yo que estaba haciendo esfuerzos para que la empresa aumentase la oferta de reinstalación, y ustedes me salen con esto.

No hubo protestas, no hubo nada. Los compañeros abandonaron el edificio en silencio, cada uno por su rumbo.

En breve, sus vecinos de Kelvinator parecerían aprovechar la experiencia para no cometer errores. Les serviría, además, el movimiento ejemplar de Spicer, que se preparaba entre tanto.

Llegar, crecer, el municipio

Habla Don Carlos:

En 1946, cuando empezamos a trabajar en Sosa, vivíamos en el DF. Veníamos todos los días en autobús, en los Tizayuca o los San Juan. Nos bajábamos en la carretera y caminábamos, y la fábrica no quedaba ahí nada más.

Luego llegamos a rentar casa en Xaxalpa. Después en San Cristóbal, pero el cuate que nos rentaba no nos cumplió. Y allí había un presidente municipal al que le decían el milusos, porque también era jefe de la policía y era juez de lo civil. Y cambiaban y todos eran del PRI y ni siquiera de San Cristóbal. Y le preguntaba yo a un compañero que trabajaba en la fábrica:

—¿Por qué no ponen a un presidente de ciudadanos auténticos de San Cristóbal?

—No—dice—, es que no completamos los doscientos mil pesos para comprar la cartera.

La Sosa era la única fábrica en el municipio. Ya luego apareció la General Electric, Aceros Tepeyac, La Costeña,

San Ecatepec de los obreros

la cartonera, una fábrica donde hacían ácido sulfúrico con los esqueletos de animales, y se comenzó a llenar. En la cartonera, antes traían de los ingenios azucareros los bagazos de caña y los quemaban; y como despedían alcohol, cualquier chispa incendiaba las montañas que había de aquel lado. Entonces luego agarraron las pacas para hacer papel.

Luego entre San Cristóbal y la Sosa abrieron la primera colonia obrera del municipio, la Ruiz Cortines. Nosotros fuimos de los primeritos en llegar.

Habla Leopoldo:

No había casi nadie cuando nos vinimos a la Loma de Tulpetlac, la escuela estaba en construcción. Llegamos a un cuarto de tierra, luego hicimos dos más, y después uno arriba, al que nadie se quería ir, como muéganos, aunque ya éramos nueve hijos. Sembramos una jacaranda...

Y con la tradición del campo, los pájaros, las flores, los animales... Yo logré hacerme de sesenta gansos, que son muy agresivos, y con ellos me paseaba sintiéndome una gran cosa. Ni los perros se me acercaban. Y de ahí tuve conejos, palomas, guajolotes.

Mi madre cambiaba canarios y cotorritos por jilgueros y otros pájaros más finos, y siempre andaba renovando. Los animales nos permitían vivir. Porque aunque era un espacio muy pequeño, había que tenerlos, para los gastos. Que una cuota de ochenta pesos para la secundaria, que era un dineral, y mi mamá agarraba un ganso y lo vendía.

⊕

Jorge Belarmino Fernández

Escuchaba mucha música ella: desde Cuco Sánchez, Pedro Infante, las Hermanitas Núñez... Eran discos. Un día pudimos comprarle una consola. Y a la vez era muy aguerrida, también para controlar a los seis hijos hombres, y además del tamaño que éramos.

El mayor fue boxeador de peso completo y llegó a pelear eliminatorias para unos panamericanos. Llegó a la semifinal y ganó, pero de ahí salió lastimado de un dedo y ya no pudo pelear. Y eso lo había aprendido en la colonia, donde había bronquísimas. Eran de banda. Bandas de amigos, que teníamos fidelidad entre nosotros y nos defendíamos. Y había otra allá abajo, que hacía lo mismo.

Y como mi hermano siempre andaba dándose trompadas... Nomás para poner un ejemplo de cómo era, luego yo un día y me manda mi mamá por él:

—Ve allá abajo, ya está tomado, está echando bronca y va a haber problemas.

Y cuando luego iba a pelearse con la Chica. La Chica era uno de los muchos zacatecanos que se vinieron porque había una sequía terrible allí en esos años. Y éste medía más de dos metros, era fuertísimo, rancherote y bravucón. Pero ya estaba muy tomado aquel día. Y yo le digo a mi carnal:

—Ya vámonos.

—No, espérate, estamos arreglando aquí un asunto. —Y nada tonto me da una caguama llena, porque la Chica amenazaba con sacar puñal y se llevaba la mano izquierda, atrás, y traía una chamarra de mezclilla. Y mi hermano me dijo:

San Ecatepec de los obreros

—*Si saca puñal, va el caguamazo.*

Y yo temblando, estaba chico de edad. Total le da dos vueltas, se le vienen, ¡zas, zas! Y no, pues nada, no le duró. Pero salvaje aquél, todavía le metió dos o tres azotones contra la cara. Muy de machos de cine: la Chica con el labio abierto hasta por acá, mi hermano le da un trago de tequila y él se lo toma.

Pero volviendo a lo de la casa, cuando ya andaba en las actividades políticas en Kelvinator, quise rentar mi lugar aparte, pero mi papá no me dejó. Le dije:

—*Pero, papá, yo no quiero comprometerlos.*

—*No, acá respondemos —contestó. Porque para él y para mi madre la casa era la seguridad de que no nos desintegráramos.*

Manuel resume el desarrollo de las colonias en el municipio:

Llegabas a vivir en zonas donde no había pavimento, drenaje, luz eléctrica, agua potable.

Así se construyó Ecatepec. El boom demográfico que pasó fue así, de esa manera. En el mejor de los casos, contratabas un terreno con algún vendedor, fraudulento o no. Y en el peor era ir a invadir. Había muchas invasiones promovidas por los mismos dueños. La mayoría eran tierras ejidales, que no se podían vender, y entonces ellos aprovechaban.

La zona adonde nosotros nos fuimos a vivir en Xalostoc, todavía eran terrenos que fueron habilitados para la industria, que ahí dejó de crecer por 1970. Quedaron muchos predios baldíos. Por eso en la parte donde yo estoy

Jorge Belarmino Fernández

hay unas cuadras que tienen cerca de quinientos metros de largo, porque no eran para vivienda.

Mientras nuestras historias transcurrían, en el municipio no se instalaba ya ninguna planta de importancia, pero sí muchas pequeñas, y en las grandes establecidas aumentaba la producción y el personal que ocupaban, a veces hasta multiplicarse por tres o cuatro, como en Sosa Texcoco y Kelvinator.

Este aumento parecía capaz de absorber todavía a la mano de obra de las familias que se instalaban a un velocidad treinta veces superior al de por sí explosivo crecimiento demográfico del país⁴². Porque las familias eran numerosas, como la de Leopoldo; los hijos en su mayoría tenían menos de quince años, y el grueso vivía de los ingresos del padre.

En el fondo estaba un México cuyo modelo de desarrollo había iniciado una crisis irremediable. Era en el campo tradicional, agotado de sostener el crecimiento del conjunto de la República, donde se manifestó primero y de manera más aguda. En las ciudades en 1970 la inflación daba las primeras señales de salirse de control, en 1973 se disparó y al año siguiente pareció inmanejable, aunque los trabajadores y trabajadoras sindicalizados sufrían menos que otros sectores y se estaba lejos del caos que comenzaría a principios de la siguiente década.

42. Mientras en el conjunto de México durante los 1970s la población progresa de 50.6 millones a 66.8 millones de habitantes (32%), en Ecatepec pasa de 200 a 800 mil (400%, pues). Un proceso semejante se da hasta ese momento en Naucalpan, Tlalnepantla y Nezahualcóyotl. Luego, en tanto en estos el ritmo se desacelerará, en el nuestro se mantendrá.

San Ecatepec de los obreros

Más allá de ello, fuera de los salarios, la industria no dejaba nada al municipio, pues los impuestos los pagaba en el Distrito Federal, donde se encontraban sus oficinas. De suerte que no se quedaba un peso de las utilidades de Sosa Texcoco, Aceros Ecatepec, Alcan Aluminio, Jumex, Gamesa, Jabón Corona, la General Electric, etcétera, para obras de urbanización.

Los trabajos casi perfectos

La Cooperativa, o quizás al menos buena parte de ella, estaba enormemente orgullosa de su labor de hormiga. A ratos ocupábamos centenares de horas en ayudar a que se levantara una huelga vieja y cansada, de veinte o treinta trabajadores o trabajadoras. Y cuando algo salía bien, así fuera por un tiempo o en empresas muy pequeñas, sentíamos reproducir, pongamos, la insurrección de los marinos de Cronstandt, que coronó la revolución rusa.

Era justo, por las extraordinarias dificultades que encontraba la organización obrera, y por las íntimas relaciones que tejíamos con los compañeros. Si estaba en juego el presente y el futuro inmediato de la familia de Jesús, Eulalio o Ester, en los cuales representábamos nuestras propias vidas, la diferencia entre hacer o no las cosas bien y obtener un éxito o un fracaso, resultaba vital.

Es así como debe entenderse nuestra exaltada participación en Crinamex. O en Camas y Tubos. Que la historia de ésta la cuente el Celerín, hace luz

Jorge Belarmino Fernández

también sobre las luchas por la democracia sindical en 2008, pues Jorge colabora en ellas⁴³:

No recuerdo a través de quién llegaron los compañeros. No sé si fue algún zacatecano o alguien de la Kreimerman. Eran como trescientos o cuatrocientos trabajadores y teníamos un grupo de diez permanentes y, en momentos de crisis, de cuarenta, que tenían influencia en toda la gente.

En esta época nos reuníamos en el localito de la Urbana, y todo era muy formalito. Pero después las reuniones eran en casa de ellos. Era analizar la situación para planificar el cambio de sindicato. Para mí fue una de las grandes lecciones de mi vida.

Logramos tener casi la totalidad de la gente. Teníamos representantes de todos los departamentos, y todos estructurados a partir del grupo promotor. Repartíamos propaganda en la fábrica, y cuando para impedirlo mandaron policías para que los trabajadores que venían en transporte público se cambiaran a uno contratado por la planta, organizamos una operación comando, con el Hash, la Micha y el Cabezón, tres compañeros de otros lados de la Cooperativa. La cosa era ir a donde recogía el camión a la gente.

Nuestros compañeros llegaron tarde y tuvieron que alcanzar el camión, pararlo y subirse a repartir la propaganda. Era muy cabrón, porque en esa época estaba la guerrilla y la policía andaba muy cabrona, y tú llegabas con los volantes escondidos y no sabían si tenías un arma debajo del jorongo, o papelitos. Éramos muy irresponsables, ahora lo entiendo.

43. En 2008 Jorge forma parte de la Coordinación del FAT.

San Ecatepec de los obreros

Nos ganamos el respeto de la gente y citamos a una asamblea. La planeamos a la perfección. Excepto lo más importante: olvidábamos que la asamblea es el terreno del charro y que éste a veces no es pendejo.

Organizamos una insurrección para que corrieran al abogado, y llamamos a Castillejos. Nos repartimos en todos los espacios. Lo que nunca pudimos controlar es que quien llevaba el debate era el secretario general directamente. Y éste era de un sindicato nacional de la CROC. Hasta entonces mandaban a sus cuida sindicatos, pero esta vez se presentó él mismo, con un chorro de achichincles.

Toda la gente empezó a gritar:

—¡Castillejos...!

Lo único que faltaba es que alguien se parara y dijera:

—Aquí está Castillejos —que esperaba en la puerta conmigo, cagados de miedo los dos, pero muy emocionados.

Entonces el charro dijo:

—¿Quieren cambio de abogado? Pues al que está lo destituimos orita. Y aquí está el nuevo. Denle oportunidad de probar.

Y se desbarató todo el proceso.

Así de fácil.

De tuna, ron y canela

Don Carlos nunca fue conocido por su afición al trago. Sin embargo, recuerda con emoción los pulques de San Cristóbal, de cuando llegó:

Jorge Belarmino Fernández

—Con un litro tenía uno para andar viendo dinosaurios.

En 2008, al preguntarle a Manuel qué identificaba al obrero de Ecatepec de los 1970s, él, tan rápido en contestar, tardó en hacerlo. Lo primero que dijo fue:

—El alcohol.

Por un segundo me confundió, enseguida se me vinieron a la memoria una serie de historias y no supe qué pensar. Luego Leopoldo me iluminó. Mientras hacíamos este libro, camino a la casa donde creció, me habló del asunto y saludando a un par de vecinas, puso como ejemplo la historia de la madre de ellas.

La mujer se había entregado al espíritu del vino, a la manera de una amante incapaz de controlar su deseo, dejando todo para ser poseída por él, el más dulce, el más brillante y apasionado, el más demandante y destructivo ser.

Por meses olvidó cuanto la mantuvo en su puesto durante los cuarenta años desde su nacimiento, y amanecía tirada en la calle o entre los matorrales, hasta hacerle insoportable la idea de volver a las cuatro paredes y el techo que la protegían del hambre y el frío y le daban la tibieza de una familia.

Quería estar al descampado, donde nada la contenía. Un día y otro las hijas iban por ella y la llevaban de vuelta a su cama, su cocina y sus recuerdos, que saltaban desde las fotografías sobre la mesa. Al cabo de unas horas escapaba de nuevo.

San Ecatepec de los obreros

El final de la historia era la madrugada en que la vieron sobre una carretilla, cargada por el *marrascapache* amigo que acababa de recogerla del charco en el cual amenazaba ahogarse.

Leopoldo comprendía a la mujer, y al hablar del alcohol no moralizaba. Lo conocía perfectamente y con el ejemplo ilustraba cuán seductor y monstruoso podía ser. Sin embargo, entendía también que uno se acercaba a él tratando de huir de lo que Nabor diría eran diablos más poderosos y destructivos. O para otras cosas:

Yo fui alcohólico. Una vez me aventé el Guadalupe-Reyes, que le dicen. Hasta que exactamente el seis de enero me levanto con un delirium tremens clásico. En los ladrillos de las paredes veía bolsitas con fetos. Y luego salió el diablo típico, con cuernotes, rojo, rojo, y se empieza a carcajear de mí. Y una bruja con gorro negro... No, me morí de risa y me paré, pero muy mal.

Tenía ya tres faltas en la Kelvinator y a la cuarta te despedían sin indemnización ni nada. Y bajo corriendo a La Higuera, que es la parada de todos, donde una señora vendía té de canela con alcohol del 96 o aguardiente de caña de lo más barato. Y los compas:

—Vente, cabrón, échate una y te vas. —Y estuve así, como entre el bien y el mal. Si no iba a trabajar me despedían, pero el cuerpo me pedía alcohol y me paré. La idea era quedarme. Agarré fuerza de no sé dónde y corrí, corrí, corrí con toda mi cruda. Y abí decidí que tenía que pararle, porque estaba a un paso de convertirme en un marrascapache. El marrascapache le llamábamos a

Jorge Belarmino Fernández

aquel cabrón que se emborrachaba con una guayaba que encontraba tirada en un mercado. Y entonces lo agarran ya las guayabas con alcohol adentro y la guayaba fermentada le sirve nomás como pretexto.

A las canelitas de la señora le metíamos muchos, para la cruda. Yo así llegaba a la planta, me comía algo en la entrada y me metía. Y de ahí hasta las once, en que nos daban media hora para comer y yo me iba a una cantina a meterme una bola, la pasaba muy mal. Porque trabajar crudo era terrible. En cambio, borracho no había problema. Claro, no borracho perdido. Porque ya estabas con toda la energía del alcohol encima y eras muy lúcido.

Hay un momento del alcoholismo en que tienes eso, una lucidez de sabio. Todavía recuerdo cosas que surgían estando borracho, en que veía cómo había que resolver un problema difícil, y sí, salía como lo había planeado.

Y el licor te da una gran comunicación con todos los trabajadores. Y valor también. Por ejemplo para meter volantes a la fábrica, calzoneados, entre los calcetines...

Yo lo dejé en un tris y nunca más volví. Lamentable, otros no.

Leopoldo y Manuel sabían que había muchas cosas más que identificaban a los obreros, además del trabajo. Por ejemplo, la solidaridad y la fidelidad a la palabra.

A mí la cuestión de la identidad, ya se ve, me obsesionaba. Y no era una mera voladura mía. Por más de veinte años había atestiguado la manera en la cual los venidos del campo y de pequeñas zonas urbanas del interior, transformaban al Distrito Federal.

San Ecatepec de los obreros

Los “rancheritos” se acomodaban poco a poco en un lugar, y pasados unos años había allí una colonia que no se parecía al resto. En unas, las calles tenían las soluciones extravagantes orilladas por el accidente o la necesidad —colecciones de vueltas que no congeniaban con la traza geométrica; súbitas interrupciones, espacios comunitarios improvisados en los rincones—, y en todas había algo novedoso y particular en las costumbres.

Podía apreciarse en el habla, que le metía giros y acentos pueblerinos a la tradición urbana popular, renovándola sin parar. O en las expresiones religiosas públicas que, por ejemplo, habían trasladado el seno del culto a la Guadalupe, de los antiguos barrios del Centro a los rumbos entre Ejército y Legaria, próximos a zonas fabriles.

El Percas, un gran amigo que conocía mucho del tema por su participación en las primeras colonias de poseionarios⁴⁴, no estaría enteramente de acuerdo con estas afirmaciones. Maestro en escuelas de varios campamentos, rabiaba, entre otras cosas, por la resistencia de los colonos a aceptar proyectos de vivienda que recuperaran materiales y formas de construcción de las regiones de origen, cuya nobleza estaba más que probada.

44. Héctor Percástegui, se llama, y puede encontrárselo detrás de uno de los personajes de la crónica *Fuerte es el silencio*, de Elena Poniatowska, publicada por Editorial Era. La colonia Rubén Jaramillo, junto a Temixco, Morelos, y el Pedregal de Santo Domingo, en el DF, pueden contar mucho de él.

Jorge Belarmino Fernández

¿Qué sucedía en Ecatepec? En el desorden de los asentamientos “regulares” e irregulares, pasaba algo parecido al DF, y la ausencia de misceláneas, tiendas de ropa, etcétera; de cines y demás centros de recreo, no sólo dentro de las colonias sino en sus alrededores, hacía extraordinariamente austera la vida y, en el mejor sentido del término, la “ruralizaba”.

La falta de parques era un caso claro, sobre todo en determinadas zonas, como Santa Clara-Tulpetlac, San Pedro o las afueras de San Cristóbal: ¿para qué se querían, si chicos y grandes podían divertirse más a sus anchas en las arboledas, los matorrales, los ojos de agua?

Algo semejante podía decirse de la carencia de lo que era ley en la capital, frente al granel de buenas pulquerías y puestos de la esquina. En estos se producía un intercambio especialmente rico: al empezar, la puestera o el puestero llevaba tacos y guisos que eran reminiscencia de los de su tierra; luego el cliente iba seleccionándolos y demandando sus gustos, a veces adquiridos en los paseos defeños.

En los hogares este trasiego no parecía ser tan intenso, por las muchas bocas que alimentar, que en cualquier mesa imponían a los frijoles, las tortillas y los chiles habituales en los valles o las planicies del centro del país. Pero sin duda cada jefa de familia le daba el toque personal aprendido de sus mayores. Y para los días especiales solía hacerse el platillo “del pueblo”, con frecuencia viajando a éste para traer lo que no se hallaba en los mercados.

San Ecatepec de los obreros

El Percas odiaba la obsesión de los colonos por el ladrillo, el cemento y la lámina; por el cuadrículado, los techos rigurosamente planos y el tipo de aberturas de las casas de la ciudad, que mandaban al olvido la madera, la palma, los espacios circulares y cónicos, las puertas bien orientadas y las ventanas manejadas con sapiencia y moderación, de sus regiones natales.

Por fuerza estimaría, sin embargo, la vecindad de nuevo tipo que Don Carlos, Don Juan y los demás levantaban: vuelta hacia adentro, familiar, que crecería conforme los hijos fueran casándose y los nietos se hicieran mayores, demandando soluciones diversas, que facilitaban la sociabilidad entre hombres y mujeres de variadas generaciones, inclinaciones y grados de parentesco (la hija dentista que pondría su consultorio allí, conviviendo con el cuñado obrero, el sobrino fotógrafo, etcétera).

Don Melquíades, con cerca de setenta años entonces, había sido de los primeros en echar a andar esta fórmula. Era el único oriundo de Ecatepec que yo conocía. Había nacido en San Pedro Xalostoc, uno de los siete pueblos originales.

Siendo niño, hacía las piruetas que se precisaran para que le permitieran acompañar al papá a vender la leche de sus vacas, en las orillas del Distrito Federal.

Cuando empezó a contarme sus impresiones, recordé al Ojitos, el perro aquel que dejó de buscar dueño. Porque desde la primer vez Don Melqui se enamoró del ir y venir de gente en la ciudad, y de la sensación de libertad y aventura que le transmitía.

Jorge Belarmino Fernández

En cada viaje debía vencer la tentación de no seguir de regreso al padre, que llevaba los tambos en un carro arreado por una mula. Era muchacho ya y estaba a punto de pedir permiso para marcharse, pero murió la mamá y no soportó la idea de dejar al viejo con su tristeza y la carga de ver por el destino de las tres hijas que completaban la familia.

El día en que por fin pudo tomar camino, la alegría desapareció: su padre se había rendido. En cuanto le dieron cristiana sepultura, se despidió de las hermanas como si no las fuera a ver nunca más, y bajó a la carretera.

Inconscientemente, iniciaba ahí la labor que culminaría al recibir la jubilación y dedicarse de tiempo completo a seguir las luchas en las fábricas y la forma en la cual el municipio se poblaba, buscando el sentido profundo de todo ello.

Años anduvo descubriendo la feria de calles y oficios del lado sur de la Sierra. Y no, no se había ido para siempre, ni mucho menos. No pasaban dos, tres meses, sin que volviera a San Pedro, para con el tiempo casarse con una joven cuyo nacimiento recordaba. Fue entonces que comenzaron los largos viajes diarios entre el pueblo y el trabajo, que se había quedado quieto en una planta de la Industrial Vallejo.

Apenas aparecieron las fábricas justo debajo del horizonte de su casa, buscó colocarse en ellas. En la Brenner no lo aceptaron por una curiosa razón: era demasiado calificado. Protestó diciendo que haría cualquier cosa, y nada le valió. Pasados los años, creía

San Ecatepec de los obreros

que la razón estaba en la política de la empacadora: no contratar a nadie con experiencia, para mangonear a gusto. Luego se abrió la Ideal Standard.

Ahí estuvo hasta retirarse y tener tiempo de husmear por el municipio, juntando más ideas sobre algo muy parecido a lo que a mí me obsesionaba. ¿Lo visto en esos cincuenta años desde sus viajes con el padre a la capital, era un simple precipitarse de sucesos sin orden y relación entre sí, o conformaba una historia a la manera de la de cada hombre y mujer, con principio y fin y las inexorables fracturas, remiendos o cambios de piel, de cuanto estaba vivo y expuesto a las mudanzas de un tiempo excepcionalmente complejo?

Y así, hasta esos años de volverse el andariego que seguía el rastro de quienes hacían lo mismo que él cuando la Ideal.

Los últimos que serán los primeros

En mi vida personal todo marchaba mal o hacia un camino no deseado. Poco antes Taibo y otros cuatro tuvimos que renunciar a nuestra divertida, ligera y no mal pagada chamba, y me había quedado con una que me resultaba detestable. Mi primer hijo venía en camino y Coral, mi pareja, empujada en parte por un terrible engaño mío, tradujo en verdad absoluta la que lo era a medias, para reandar el camino que habíamos hecho en esos años y someterse al más convencional.

Jorge Belarmino Fernández

Me culpaba además por no aprovechar el mejor momento del efecto de contagio que Trailmobile tuvo sobre la Industrial, decidiendo a organizarse a trabajadores de Gamesa y Jabón Corona, dos de las fábricas más grandes y difíciles del fraccionamiento⁴⁵.

Y a mis ojos la Cooperativa dejaba de hacer sentido.

Una tarde, yendo a nuestro localito desde el camión que me había dejado en la autopista, topé con los perros que los niños se divertían en espantar retirándolos a los bordes de la Urbana. Los conocía bien y cuando el primero de la fila giró para espiarme, le puse mi cara de hombre triste. Se cobró todas las que le debían, invitando a los demás.

Los cincuenta metros a continuación fueron una tortura, con él haciéndome apurar el paso a fuerza de ladridos cada vez más envalentonados, y con los

45. En ambas plantas los patrones acostumbraban contratar trabajadores en las regiones en las cuales ellos habían nacido o donde sus familias tenían propiedades. De esa manera ejercían un control semejante al de tiempos de Porfirio Díaz. Por eso fue particularmente conmovedor ver cómo sus obreros un buen día dijeron ¡Hasta aquí! Cada grupo por su lado se acercó a nosotros en las afueras de Trailmobile, demandando los ayudáramos en mítines que harían de inmediato. Fuimos con ellos, en cada caso las empresas nos intimidaron inútilmente con sus grupos de choque. La mesa estaba servida para que Trail dejara de estar aislada en la Industrial. Pero la huelga de la General Electric y la resistencia en La Loma chupaba todas nuestras en ese momento pobres energías, y cuando un par de meses después intentamos tomar contacto de nuevo con los compañeros, las patronales y sus sindicatos habían terminado con el asunto. ¿Cuánto habrían cambiado las cosas de haber prosperado la lucha allí? ¿Y cuánto habríamos resistido la presión los que, sin oportunidad de ayudar en secreto, nos descaramos en aquel par de días consecutivos?

San Ecatepec de los obreros

otros cercándome tirando mordidas, mientras los niños volteaban a observar a quién dejaba intimidarse por tan pobres seres.

Entendí lo mucho que me acercaba al fondo, y sólo la aparición del Grillo y de sus compañeros me sacó, al menos por unos meses, de lo que Nabor llamaría el infierno.

De los muchos momentos bien grabados que me quedan, escojo el de la vez en que en el local yo trataba inútilmente de barrer la tierra del piso de cemento, cuidando con la mirada al hijo, quien tenía un par de meses, cuando escuché el rugir de los motores. En segundos los tres camiones aparecieron en la esquina, rechinando las llantas.

Ni en sueños había visto una estampa tan maravillosa: un centenar de macheteros sonreían presumiendo su rudeza, entre el zangoloteo de las plataformas que los choferes traían a mal traer, como se debía.

Con mi “comadre” al frente, bajaron de un salto para entre bromas saludar al chiquito y darme efusivos apretones de mano. Hasta valiente me volvería, con tal de pagar ese cariño.

Era así porque ellos se lo merecían y porque desde muy pequeño en mi cabeza andaba la devoción por los hombres y las mujeres recios. En particular, mi abuelo, un líder minero de otro país, muerto veinte años atrás.

De modo que para mí acercarme a los trabajadores y participar de sus luchas, representaba

Jorge Belarmino Fernández

mucho más que una decisión política o un acto de solidaridad. Era volver sobre un pasado familiar que habría querido vivir, entre seres de una vitalidad infinitamente superior a la de aquellos con los cuales había crecido en mi colonia y con quienes parecía condenado a estar hasta el fin.

Y cada día en Ecatepec había confirmado mi deseo, con momentos como ése de ver llegar a Simón y a sus compañeros resueltos a hacer algo para que dejara de tratárselos como brutos.

Mientras se acomodaban armando el mayor alboroto posible, entre escupitajos que el Grillo reprimía por los posibles efectos sobre su ahijado, se entendía a la perfección el motivo de que se ganaran la justa fama de ser unos cafres, que echaban sus gruesos camiones sobre quien se les cruzara, burlándose de las caras de susto de los automovilistas. Era cuestión de orgullo, igual que el venir al localito donde planeaban la forma de bajarles los humos a sus patrones y al líder de su sindicato. No había nada más parecido, aunque fuera en miniatura, a las mejores historias que había escuchado sobre mi abuelo.

Sobre sangre levantado⁴⁶

Un bulto en el piso, eso era Higinio en un rincón del almacén. ¿Dónde habían quedado las mañanas de

46. No aburriré contando el trabajo que me costó reconstruir esta historia, a la cual agregó detalles que no alteran lo sustancial. Diré sólo que el nombre de Higinio es auténtico, como el de su hermana Gervasia, y que un poco al azar conocí la versión del hermano del socio de rubio pelo ondulado.

San Ecatepec de los obreros

niño de trepar el cerro rumbo a los cafetales, su mano azotando la vara contra el matorral que se negaba a jugar con el viento; el sol restallando en sus ojos, el aroma de la tierra gruesa, húmeda, un poco agria?

¿Dónde sus carreras, la chiva que no hacía caso y lo desesperaba, la madre trabajando con el metate la masa en la cual se convertían los granos amarillos; el cabello al vuelo de su hermana Gervasia, el clarín con su canto, del cual sólo él conocía las rutinas; los rebuznos, los ladridos y los trinos festejando el amanecer? ¿Y la esposa, los cuatro hijos, los años echándose al lomo toneladas diarias por un jornal que apenas daba para vivir?

Nadie allí, en el almacén, ni en las oficinas a su costado tenía el mínimo interés en contemplar el cuerpo que llevaba una hora en la más completa soledad. Lo único que importaba al capataz, al gerente y a los socios a quienes éste había convocado con urgencia, era deshacerse de la responsabilidad por la muerte de:

—¿Qué cómo se llamaba? —preguntó uno de ellos por teléfono al abogado al cual pedían consejo, y volteó hacia los demás. —El nombre, cuál es el nombre.

Se lo dieron y lo repitió por el audífono.

—Ahora hago el reporte —dijo el leguleyo.

—Pero escúcheme bien. ¿Tienen una botella de licor por ahí?

—Whisky.

Jorge Belarmino Fernández

—¡No!, no sirve. De preferencia consigan mezcal, o brandy barato. Algo fuerte. Y se lo echan.

—¿Cómo? —preguntó el socio al teléfono.

—Con un embudo.

—¿En la boca?

—Sí, claro.

—¿Y para qué?

—Para argumentar que el tipo estaba borracho y que por eso las varillas se le vinieron encima.

—¿Cómo si fuera un accidente?

—No use esa palabra en ningún momento. Simplemente el tipo no tenía nada que hacer allí, estaba borracho perdido e hizo la babosada.

—Ah —dijo el chaparro, de rubio pelo ondulado, conocido por sus pocas luces, que se había convertido en el socio mayoritario por el simple arte de casarse con la heredera del fundador de la compañía.

Higinio, en el rincón del almacén, seguía muerto a solas con su última mirada, que de ser cierto lo que se dice, había repasado en un segundo su vida entera, con el espanto de verla truncada cuando se quedó a hacer horas extra y le ordenaron remover las largas tiras de metal en lo alto de la pila, protestó pues no estaban bien asentadas y, ante la insistencia, las jaló.

Aunque quizás lo que quedó en sus ojos no era el pasado sino el futuro: la mujer y los cuatro hijos, el mayor de once años, al garette, sin quien velara por ellos. Si alcanzó a hacer cálculos, poco lo habría tranquilizado la compensación a ellos por su muerte:

San Ecatepec de los obreros

lo mínimo suficiente para hacerse cargo de su cuerpo, y una pensión que no alcanzaría sino para quitarse lo peor del hambre.

Pero ni eso le estaban dejando ahora en la oficina por encima de su cabeza. Ya no faltaba más que lo que en diez minutos harían con él, metiéndole por la boca el embudo y vaciándole tres cuartos de litro del innoble líquido que ni en sueños se habría tragado, porque lo suyo eran los curados con los cuales se daba fuerza y valor cada mañana para hacer hasta cuatro viajes diarios con el peso siempre a punto de doblarlo.

Luego de eso, el hombre desaparecería por completo del cuerpo de Higinio, confirmando lo que —puede afirmarse sin melodramáticos excesos— habían visto en él los individuos aquellos: una bestia de carga.

Simón, el Güero-Güero y la democracia

Simón era bajito, moreno fuerte, de gran bigote, los ojos más luminosos que he visto, piernas arqueadas y la vitalidad que le había ganado el mote del Grillo. Nadie se resistía a su paso y el centenar de macheteros de la empresa lo seguía a donde dijera. Pero no representaría lo que representaba, sin su eterna mancuerna, el Güero, alto, musculoso, de andar calmudo y mansa, piadosísima mirada.

Para los cien la dosis diaria de curados era tan alta como el número de toneladas que cargaban, y sin embargo sólo uno se embriagaba. Lo llamaban,

Jorge Belarmino Fernández

justamente, el Pulques, y resultaba un caso ejemplar de los seres por quienes la estupidez social no daba un quinto aunque valieran su peso en oro.

De hecho todos, o casi todos, eran un caso ejemplar, y entre las múltiples manifestaciones de ello se incluía la forma de votar. Se trataba de algo muy simple, que nos costó trabajo entender. Cada vez que se pedía levantar la mano para mostrar el acuerdo o desacuerdo con una propuesta, los cien lo hacían en el mismo sentido. Al principio nos parecía el típico caso de irse a la cargada para apresurar el trámite.

Nos dimos cuenta de lo que en verdad sucedía, al ver a uno de ellos regañar a distancia, con ademanes, a su compadre por no hacer lo que el resto, y al compadre resistiéndose, hasta que el otro se levantó para increparlo en voz baja.

Como la totalidad de los grupos, no coincidían sino en lo muy obvio, y abundaban las rencillas personales preparadas a expresarse a la menor provocación. La unanimidad provenía de la conciencia de estar dando un paso que ponía en peligro el trabajo y tal vez algo más, frente a la administración que había adulterado la muerte de Higinio.

Esta forma de democracia topó con un grave problema al plantearse la necesidad de nombrar un comité ejecutivo. Los cien se rehusaban en redondo. Porque al dar a unos cuantos la representación, quedaba roto el ente colectivo que cuidaban con celo.

Tardamos media hora en convencerlos de que debía tomarse como un acto de mera formalidad, y

San Ecatepec de los obreros

sólo tras la redacción y firma del documento en el cual así se reconocía.

La votación que siguió se llevó también un buen rato, esta vez de chacoteos, pues para cada cargo se dieron varios nombres, aprobados siempre por la misma cantidad de trabajadores. El asunto se resolvió jugando a subir y bajar manos.

Creo que las elecciones de los tiempos de la transición política en el país probarían, por contraste, la validez del sentido de democracia del Grillo, el Güero y sus amigos.

El Pelos, David, el Cele y compañía

—A las ocho de la noche en casa de Beatriz —quedamos.

La primera vez que fuimos al lugar era para conocer a quien nos describían como una joven que había dejado a su rica familia, para vivir en un cuartito. El cuartito resultó un estudio con ventanas hacia una de las calles más hermosas de la capital, en el primer piso de un conjunto donde desde unos años atrás solían vivir personajes vinculados a la cultura.

Aquello era una exageración acostumbrada entre la izquierda, con un fondo real, porque en efecto, Beatriz había abandonado el destino para el cual se preparaba a una muchacha de su clase.

Todos habíamos sido presentados con nuestra mejor cara, por lo general oculta. Así, una serie de hombres y mujeres de mi estilo, que malgastábamos la vida o estábamos muy golpeados por motivos

Jorge Belarmino Fernández

poco claros, fuimos introducidos como los seres que también éramos: apasionados y en persecución de un lugar en el mundo, que bien podía ser el encuentro de una justa causa a la cual entregarnos.

El aire épico era a la vez, sin embargo, la coartada perfecta para solapar vicios enormes, inevitables tras miles de años de pequeñas y grandes infamias sociales y personales en todas las épocas y lugares, y al amparo del poder o de la confrontación con él; en tal y cual caso creaba auténticas monstruosidades. Si no, que lo dijeran el estalinismo, la Revolución Cultural China o las purgas a base de ejecuciones, de ciertas guerrillas latinoamericanas.

La izquierda, pues, no garantizaba a nadie ser una persona mejor que las demás, como había advertido la propia izquierda hacía mucho. Pero ciertamente favorecía el desarrollo del espíritu solidario y de justicia; permitía adquirir una perspectiva crítica sobre la sociedad y sus sectores dominantes, que no se hallaría en otro lado y, por encima de todo, participar de una utopía con visos de realidad.

Por lo demás, la izquierda, o las izquierdas, para ser exactos, habían hecho o forzado los cambios sociales en el mundo, de ella venían los grandes personajes políticos en ciento cincuenta años, y no resultaba una casualidad que la mitad de la tierra estuviera bajo su influjo. Había creado asimismo a críticos de ella misma con estaturas enormes, y tras la primera guerra mundial eran más bien excepción los

San Ecatepec de los obreros

poetas, novelistas, pintores, de primera fila, que no se afiliaban a ella.

Nosotros, por supuesto, no representábamos a “la” izquierda, como nadie en particular la representaba en México, y constituíamos un núcleo de reducida influencia. Nuestras virtudes y deformaciones, sin embargo, traducían bien el de miles de hombres y mujeres.

Aquella noche en que nos citamos en el departamento de Beatriz, era para encontrar a media docena de jóvenes maestros y estudiantes de la UNAM. Su aire solemne resultaba un mal chiste, y también el desparpajado de nosotros. Se diría que escenificábamos un encuentro de las direcciones de la revolución rusa, china o cubana. Ellos harían las veces del partido de hierro forjado en sesudos años de estudio, y nosotros el de un movimiento de masas en precipitación.

La cuestión se reducía a invitar a su secta a ayudarnos en un trabajo en las fábricas de la ciudad, que pensábamos se desbordaba.

De su parte, por más de tres horas la charla resultó tan aberrante como la de un mercader que pone objeción tras objeción al ofrecimiento de compartir una clientela infinitamente más rentable que la suya, a cambio de nada. Porque el mundillo en el cual se movían se reducía a decenas de universitarios, y nosotros les ofrecíamos el acceso sin restricción a unos cuantos miles de obreros, movilizados ya o en camino a hacerlo.

Jorge Belarmino Fernández

Con un extraordinario tono ceremonioso, transpirando sospechas, terminaron por concertar una nueva cita, pues debían consultar la cuestión con “su gente”.

Al marcharse, el espectáculo que dimos algunos de nosotros no fue mejor. Una porción de los más jóvenes, universitarios también, patentizaron su descontento: ¡compartir “la representación de los obreros” —que en sus cabezas acababan de pasar de pocos miles a millones—, con unos iguales!, sin importar si estos tenían detrás incomparables más años de discusiones y muestras de fidelidad.

No había que hacer caso de pequeñeces, sin embargo, y sí sumar y no restar. Éramos felices y la tolerancia se nos daba con facilidad. En este impulso venía el descubrimiento de los otros y el amor por ellos.

Las familias trabajadoras nos veían como bichos raros, incluso después de que decidieran querernos. Y es que lo éramos. O lo éramos de cierta manera, mientras de otra nuestro comportamiento resultaba absolutamente natural. No sólo “los de abajo” tenían razones de sobra para odiar a esta sociedad, conforme había probado el movimiento de 1968.

Según mi amigo Juan, quienes desde las clases medias nos organizábamos para estar cerca de campesinos, trabajadores, posesionarios; para plantear la revolución armada o formarse ideológicamente, en esencia nos buscábamos a nosotros mismos y poseíamos una soberbia por encima de la común. En

San Ecatepec de los obreros

mayor o menor grado y cada uno a su manera, nos sentíamos redentores del país.

Más de una docena de nosotros anduvimos por Ecatepec. Unos estuvieron muy poco tiempo, otros no confiaban bien a bien en la acción sindical, y sólo cuatro nos comprometimos realmente con el lugar. Los otros tres, al llegar rondaban los veinte años.

En orden de aparición, el primero era Julio el Pelos. Había estudiado en una de las escuelas bilingües más prestigiosas de la ciudad, y si su familia no pertenecía a la clase del gran dinero, la pasaba más que bien. Se había marchado de casa y Coral, la futura madre de mis hijos, y yo, lo habíamos adoptado.

Delgado en extremo, parecía un nervio afanándose en encontrar calma, y fue su optimismo quien concibió la idea de levantar un plano detallado de las colonias de Xalostoc, señalando los hogares de nuestros compañeros, para convencernos de que, de tener un candidato a las elecciones, venceríamos al PRI.

El segundo, David, condiscípulo de Julio, se granjeaba el reconocimiento general por hacer cada día, en camiones y Metro, el largo camino desde San Jerónimo, en el sur del DF. Aunque su peculiar sentido del humor con frecuencia confundía o irritaba, no había trabajador que no lo estimara. PIT II recogería en un cuento su momento de gloria:

“—A treses —dijo David, y escondió la sonrisa en la bufanda roída... Por la calzada entraba un airecito helado que no perdonaba, y se le escabullía a

Jorge Belarmino Fernández

la manta con la que se protegía la puerta de la fábrica en huelga. David observaba todo a través de sus gruesos lentes tratando de que nada se le escapara... Sabía que tendría que contarle una y mil veces en las próximas semanas. Porque se ganara o se perdiera la huelga, si le ahorcaban la mula de cincos al charro sindical Cerón, David y Luna habrían entrado en el salón de la fama⁴⁷.”

El tercero de los jóvenes, Jorge el Celerín; habla por sí mismo en estas páginas porque viviría y trabajaría en el municipio cuando los demás nos marcháramos. Diré sólo que el apodo no se lo habían dado de balde y que era uno de los pocos miembros de la Cooperativa de extracción relativamente popular. Relativamente, subrayo, porque si su madre fue obrera, el modesto negocio de su padre le había permitido asistir a un buen colegio de paga.

La diferencia entre dormir con el enemigo y pintar bardas

Química Formex, en la cual trabajaba Ramón, quedaba al borde de la Industrial, sobre la calle que conducía a Trailmobile.

Las enjardinadas modernas, fachada de sus dos plantas, y la forma en que los obreros aparecían y desaparecían como por arte de magia durante los cambios de turno, se nos había convertido en sinónimo de que allí no se movería nada, pero sólo después de

47. Leopoldo Cerón era uno de los charros más rudos del área metropolitana.

San Ecatepec de los obreros

los comentarios de su vecino Agustín y de otros, sobre la dureza de la empresa y del sindicato.

Pasar todos los días frente a ella, producía por eso la sensación de andar sobre la nada. Cuando haya manifestaciones de protesta en este lugar, en Gamesa y Jabón Corona, nos decíamos, sabremos que en la Industrial el movimiento es imparable. A las dos últimas las habíamos descuidado por completo cuando así sucedió, y ahora en la Química se presentaba la oportunidad.

En aquéllas nuestros buenos deseos se habrían traducido en un choque con el sistema, para el cual no estábamos de ninguna manera preparados. De conjuntarse las tres, sin duda habríamos sido perseguidos en regla, y con sólo Formex creció notablemente el interés de los agentes de Gobernación en nosotros.

¿Y cuando viniera la Brenner, donde mi compadre llevaba cuatro años de tantear la situación, y las grandes de más allá: Kelvinator, Alcan Aluminio, Aceros Ecatepec, Jumex...? Qué sería, si al tratar de hacerle el alto al más pinchurriente de los charros, que vivía en la San Miguel, primero habíamos estado a punto de ser alcanzados por los cuchillos de cocina de sus parientas, que defendían su fuente de ingresos, y luego el propio Agustín y el Cele se las habían tenido que ver en una esquina con la pistola del individuo.

En Formex, como en otros lados, tardamos en aprender a mirar. La calma que por tres años nos hizo creer en un férreo control y hasta en un cierto

Jorge Belarmino Fernández

conservadurismo de los trabajadores, por sus buenos salarios, ocultaba una callada obra de organización tocada por la picaresca.

Jorge el Celerín recuerda la historia:

La Química tenía dos plantas, divididas por la calle. En la esquina había un taquero, un gordito él, de ojo claro, que hacía unos tacos de tripa maravillosos.

Era una compañía gringa y el sindicato era de industria, manejado por la COR de Olivo Solís, y quien se encargaba de administrar el negocio era una mujer. El grupo estaba muy organizado. Sobre todo los de mantenimiento.

Una de las características de que no fueran delatados y de que esto funcionara, es que se había ganado al delegado, porque ni siquiera era una sección del sindicato, sino una delegación. Era un galanazo el cuate, que en sus ratos libres cantaba en un mariachi, y se cogía a la mujer aquella.

Allí el rollo era cómo obligar al patrón a negociar con ellos directamente. Empezando por unos despidos que se habían dado. Las reuniones se hacían en rincones de la calle y en una pulquería que había atrás.

Un día organizamos una acción directa. El plan era copar la oficina del gerente. El problema es que para hacerlo, los de una de las plantas tenían que salir a la de enfrente y meterse. Era muy arriesgado porque representaba abandono de empleo.

El plan funcionó de maravilla. Yo estaba afuera con el taquero, con mi cachuchita, y a las once de la mañana los de la primera planta me avisaron quitándose la gorra, y yo hice lo mismo con los de la otra. Y sale toda la gente de

San Ecatepec de los obreros

la planta dos, digamos, y los de la uno les abren la puerta mientras a su vez van sobre la oficina. Media hora después la cuestión del despido estaba arreglada y se establecía el precedente de sentarse a discutir con la empresa sin pasar por el comité ejecutivo del sindicato. A la larga el propósito era deshacerse de la COR.

Todo funcionaba muy bien, hasta que nos cae la desgracia: una de las mañanas aparecen las paredes de las plantas con pintas del Partido Comunista (PC), que ni los conocían. La gente creyó que habíamos sido nosotros; que les habíamos mentado al no decirles que éramos del PC y que teníamos intereses distintos al proceso de organización interna.

Los compañeros regresaron, pues, a su discreta labor anterior, y tres años más tarde, cuando la empresa cambiara de dueños y se volviera Química Borden, reaparecerían para formar un sindicato independiente.

¿Quiénes habían hecho las pintas eran Don Juan López y sus discípulos? La pregunta viene a cuento, ya que por entonces a eso se dedicaban. A nosotros podía parecernos un trabajo externo y sin futuro alguno, pero no a ellos. Incluidos los hijos de Don Juan, que participaban en las frenéticas jornadas de declarar la presencia del PC en las bardas y a través de volantes, perseguidos por la policía.

Las fábricas y grupos organizados de la zona no se quejaban de los *pescados*, como se conocía a aquellos, y sí en cambio de las sectas que tenían la mala costumbre de presentarse en cuanta organización

Jorge Belarmino Fernández

salía a luz, para buscar militantes e influir desde ellos. Los demás rabiábamos: ¿no había fábricas a cientos, donde las condiciones de trabajo despertaban el malestar y sobraban los obreros en disposición de escuchar sus ideas?

—¡Son una punta de flojos, que no hacen sino enturbiar el ambiente! —tronábamos.

La mayoría de las veces sin duda teníamos razón. En otras seguramente nos equivocábamos en el juicio fácil, y no faltaban los casos donde la inquietud sindical había seguido a la formación política o se había radicalizado por ella en términos que aplaudíamos sin saber aquello.

Todos, sindicalistas, organizaciones clandestinas, Don Juan y sus seguidores, nos las habíamos visto, a la manera de cada obrero en cada factoría, con un dictatorial aparato construido a lo largo de cincuenta años, que en 2008 en mucho seguiría en pie, reacondicionado por el PAN.

Poder obrero

El desarrollo industrial de Ecatepec había sido decidido, como casi todo en el país, por el poder político y económico concentrado en el DF. El municipio iba encontrando unidad a través de su gente: la de los siete pueblos originales, que se recomponían, y la de las colonias obreras. Sus límites administrativos eran formales y la geografía real la definía la población, para quien no resultaban ajenos al menos algunos de los grandes procesos de la

San Ecatepec de los obreros

zona metropolitana. En particular, quizá, para los trabajadores y trabajadoras en lucha.

Para 1975 entre los asalariados urbanos el movimiento se extendía lentamente, a pesar de que el sindicalismo corporativo readquiría frente al Estado, la fuerza perdida durante los años anteriores⁴⁸.

La inquietud se irradiaba a través de los sindicatos democráticos, de los despachos de asesores disidentes, los grupos de izquierda que incidían directa o indirectamente en los ambientes laborales y, por supuesto, por medio de los trabajadores y trabajadoras.

Manuel recuerda como una suerte de placenteras clases, los viajes del comité ejecutivo de Trailmobile a las oficinas de los abogados y a la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, y de las comisiones y contingentes a varios lugares del valle a fin de dar y recibir solidaridad. Para los de Alumex no se podía entender del todo el proceso en el cual no paraban de avanzar, sin la asesoría y los locales del FAT en Tlatelolco y la Martín Carrera, los compañeros de Vidrio Plano, de Mexicana de Envases, del SUTIN, etcétera.

Se nos han olvidado los nombres de los obreros de Spicer que vivían en Xalostoc, Santa Clara y las cercanías de San Cristóbal, y nunca les preguntamos si estaban ya en la fábrica cuando Lucas y veinticinco

48. En la página 106 del libro que hemos citado, Francisco Pérez Arce recoge los números sobre movimientos sindicales recabados por otra investigadora. Según estos, entre 1971 y 1976 se produjeron 164, y su “punto más alto fue 1975, año en el que da cuenta de cincuenta movimientos”.

Jorge Belarmino Fernández

más perdieron el trabajo en 1969, durante el primer intento de ganar los puestos de delegados; o en la segunda, de 1972.

No sabemos, entonces, cuánto ni de quién habían escuchado sobre los sindicatos independientes y las luchas en la zona, en esos años y en los dos a continuación, más pródigos. Pero sí que conocían la existencia del de Trail; que habían presenciado escenas de la huelga de la General y que al organizarse esta vez se encontraron más de una ocasión con Juan y los demás de Alumex.

Como sea, hacia marzo o abril de 1974, en que comenzaron a reunirse con el propósito de hacer a un lado a la FAO, “que siempre había actuado como *sindicato blanco*”⁴⁹ auspiciado por los empresarios, Ecatepec y el área metropolitana en su conjunto atravesaban su mejor etapa de insurgencia obrera. No se trataba de un suceso apabullante ni mucho menos, pero había efervescencia aquí y allá y progresos significativos en términos de poder obrero.

De particular importancia para Salvador y sus compañeros era la existencia del Sindicato Nacional de la Industria del Acero, SNTIHA, del FAT, cuya creación no había sido sencilla, por las trabas que ponían las autoridades laborales al registro de organizaciones de ese tipo que no pertenecieran a las centrales oficiales. La experiencia del conjunto de la Cooperativa, con Paco Ignacio al frente, iba a servirles también.

49. Página 119 del mismo trabajo.

San Ecatepec de los obreros

Los dos intentos previos de organizarse, en 1969 y 1972, podían desanimar a los trabajadores a un nuevo intento, pero también habían sido una escuela. Y en cualquier caso, no les quedaba de otra. A la intensidad de los ritmos, los bajos salarios, el gran número de eventuales y el maltrato, venía a agregarse ahora la creación de un cuarto turno, con el cual la empresa evitaba el pago de horas extras. Las jornadas se volvieron combinadas, de manera que unas podían ser diurnas y otras nocturnas, y alcanzaban los domingos.

Hubo protestas y la gerencia hizo un despido como escarmiento. Escogió mal y Don José, el elegido, se propuso no cejar. Esperaba a la salida a quienes le daban confianza y los convenció de reunirse con el objetivo ya de formar una sección del SNTIHA. La tarea no resultó fácil: los patronos y la FAO vigilaban, había que cambiar de lugar, el grupo se descomponía cada poco. A cambio los arropaban otros sindicatos independientes.

Once meses tardaron en meter la solicitud de registro. En esta guerra, celebraban la primera asamblea formal cuando apareció la policía y tomó preso a Don José. El seguimiento que hicieron los abogados del FAT y las organizaciones hermanas obligaron a soltarlo por falta de pruebas. Eso activó la participación y con ella un proceso que no tenía marcha atrás.

No importaron, pues, las artimañas convenidas por la empresa con la Secretaría del Trabajo. Al

Jorge Belarmino Fernández

principio fue una audiencia convocada en vacaciones, y no significó mayor cosa. Después, la instalación de hecho en la planta de una inspectora que disuadiera a quienes estaban por el cambio de sindicato, certificando sus firmas. Una demanda obligó a cambiarla y el que la suplió se hizo ojo de hormiga.

Las siguientes medidas patronales no sólo no prosperaron, sino que sentaron las bases de la organización a toda prueba. Y lo hicieron de la manera gradual que más convenía a ésta. La primera reconoció que la FAO no tenía tamaños para hacerse cargo del problema y llegó a un acuerdo con el Congreso del Trabajo, para llamar en su lugar al sindicato minero, que tenía tanta o más fuerza que la mafia electricista de Pérez Ríos. La táctica era romper el descontento desde el interior, introduciendo esquiroles.

—Nosotros contestamos anulándolos —recuerda un compañero. —Hablamos con ellos y a algunos los convencimos... Otros siguieron tercicos. Entonces les rompíamos los volantes, hacíamos bola alrededor de ellos y les metíamos miedo.

La segunda medida resultó en una serie de acciones dentro de la fábrica, que significaban el inicio de la instauración del poder obrero. Presuntos *halcones* que participaron en las represiones del 2 de octubre de 1968 y el 10 de junio de 1971, suplieron a la policía industrial. Esculcaban a los obreros a la salida para eventualmente sembrarles piezas robadas, Antes de que sucediera, los compañeros se resistieron a ser cateados e impusieron la expulsión del nuevo jefe

San Ecatepec de los obreros

de seguridad. De las puertas, el paulatino control de los trabajadores pasó al interior, a punta de mítines.

No hubo tiempo de más por el momento, pues llegó la hora de estallar la huelga. Los logros no eran despreciables, pero lo realmente bueno estaba por llegar.

Dejamos la palabra al folleto con que los trabajadores conmemoraron los 121 días de movimiento⁵⁰:

[...] al amanecer, cuando llegamos a la fábrica, las puertas ya se veían cubiertas con las banderas rojinegras. Ya había estallado la fiesta.

La Huelga

De repente nos dimos cuenta de lo que teníamos entre las manos. Ahí estábamos, quinientos o más de nosotros, sin saber qué hacer. Y comenzó la organización: Las guardias de las cinco puertas. Se hicieron guardias de doce horas, dos turnos al día repartidos en tres puertas. Sirvió para que pudiéramos mantener grupos fuertes permanentemente ante la fábrica y que asistiéramos todos.

Luego, las comisiones: solidaridad, buscar el apoyo, una de información a la prensa. Los encargados de cada puerta, los cajeros, la distribución de la comida, la preparación de los botes y la organización de las brigadas que salían a buscar colectas, los que se fueron de comisión de información, los encargados de conseguir cartones.

50. El folleto se llamó, precisamente, *Poder obrero. Testimonio de los 121 días de lucha de los trabajadores de Spicer*.

Jorge Belarmino Fernández

Al rato aquello era un hervidero de trabajo y comenzaron a llegar las primeras mantas de apoyo que eran colgadas en las rejas: Alumex, Vidrio Plan, La Presa, Martín Carrera, Vidriera Fosa, SUTERM, Tendencia Democrática, Tesorería, Intersindical, Tecnomaya, Colonia Ajusco.

Y salió el primer desplegado:

“Estamos en una huelga libre exigiendo: Reconocimiento de la titularidad del contrato para nuestro sindicato independiente.” Y fuimos a nuestra primera manifestación, organizada por la Tendencia Democrática del SUTERM en el Distrito Federal, el Sindicato Independiente de Trailmobile y los grupos sindicales de lucha de Xalostoc. Allí se escucharon nuestros gritos por primera vez: “¡Spicer... Spicer... Spicer...! ¡Pueblo, escucha, Spicer está en la lucha!”

Fueron días muy duros. Nos tuvimos que lanzar así nomás, a lo loco, como quien dice. No teníamos caja de resistencia, sólo algo que habíamos podido ahorrar en lo personal, pero muy poco. No esperábamos que fuera a durar tanto.

Un error grave que se cometió fue no habernos preparado para una lucha larga. Nos confiamos mucho en el rumor que se corría de: “esto no dura una semana, no pueden aguantar”. Era parte de una visión exclusivamente económica de la lucha. La empresa lógicamente no podía aguantar una semana en huelga después del tortuguismo que se le había hecho desde un mes antes.

San Ecatepec de los obreros

Pero no fue la lógica económica, sino la lógica de un enfrentamiento político entre dos clases, obreros y patrones, la que dirigió toda la huelga. La empresa estaba dispuesta a perder millones, y los perdió.

Este error nos costó caro, fue una de las fuentes de desgaste más grande que padecimos. Hizo necesario un gran trabajo de pláticas en las puertas para que todos, todos, hiciéramos una reflexión sobre lo que estaba pasando, y nos preparáramos para una lucha larga que podría terminar en represión.

Así surgió la teoría de la resistencia, que fue la que permitió resistir días de huelga, la que fue haciendo de nosotros combatientes de una lucha larga y no de un combate de una semana.

La resistencia se pensó, se creyó y se preparó. Con frecuencia nos poníamos a imaginar quiénes vendrían a reprimirnos, por dónde llegarían, cuántos serían, nos enfrentaríamos o saldríamos corriendo. Si eran cien, les dábamos en la madre, si venían quinientos armados, correríamos como venados. ¿Correr? ¿A dónde? Para La Presa.

La Presa estaba dispuesta a recibirnos. La Presa estaba dispuesta a rajarse la madre junto con nosotros. Los cuetones estaban listos; si se venía la represión tronaríamos cuetes y La Presa se dejaría venir, o bien, subiríamos corriendo al cine Guevara y ahí empezaríamos a organizar el brigadeo. Las resorterías también estaban listas.

Para ello, hablamos con cientos de colonos, volanteamos, hicimos festivales gigantes y mítines. La

Jorge Belarmino Fernández

gente de La Presa rápido supo que éramos parte de la misma cosa; Spicer empezó a ser parte de la vida de La Presa. Teníamos pensado empezar a luchar por La Presa: agua, drenaje, basureros, escuelas. No tuvimos tiempo. Estamos en deuda con ellos.

Al principio pensamos que la empresa no iba a resistir mucho. Las automotrices se quedaron rápido sin ejes. Hasta empezaron a salir noticias en el periódico y la radio. Imagínense: las automotrices teniendo que disminuir y hasta parar la producción por falta de una pieza que sólo nosotros producíamos. Los teníamos bien agarrados.

Pero el gobierno entonces abrió las fronteras para que pudieran importar ejes. A nosotros no nos extrañó mucho, porque desde hace mucho sabemos que las autoridades están con los patrones. Con esa medida, lo que hicieron fue permitir que la empresa resistiera más tiempo.

No les sirvió del todo, porque los ejes extranjeros no se adaptaban bien a las necesidades de aquí, y les costaba más adaptarlos. Pero a las automotrices no pareció importarles mucho. Además, la trasnacional decidió pagar la diferencia en el costo. El resultado fue que todos los patrones, los de Spicer, los de las cámaras y los de las automotrices, se unieron en contra nuestra y se hicieron mucho más fuertes.

Yo nunca me había imaginado eso. Los patrones de muchos lados unidos con las autoridades en contra de los obreros de una fábrica. La presión se dejó sentir muy fuerte. Ya esperábamos de un momento a otro

San Ecatepec de los obreros

que las autoridades declararan inexistente la huelga y nos aventaran a la policía montada para obligarnos a trabajar.

Pero de nuestro lado la cosa también se estaba poniendo bien. Formamos comisiones que fueron a informar de nuestro problema y a pedir apoyo a muchos lugares, aquí mismo en la capital, y a provincia. La gente respondió a todo dar. De todos lados nos llegaron cartas de solidaridad y apoyo económico. De Campeche, Puebla, Tlaxcala, Guanajuato, de muchos lados. Hasta de Centroamérica y Europa.

Fue una respuesta muy a todo dar, porque no solamente nos mandaban cartas y dinero los dirigentes, sino que la misma gente, los trabajadores, los colonos y los estudiantes, se venían aquí a platicar con nosotros y a demostrarnos su apoyo. Algunos hasta se pasaban aquí la noche haciendo guardia, y entonces discutíamos los problemas de todos.

Suena muy bonito eso de la solidaridad. Pero la solidaridad no se levantó del aire. Fue producto de un trabajo duro, de hormigas. Sólo Vidrio Plano, Martín Carrera y Mexicana respondieron a la solidaridad rápido, y eso porque había información constante entre los grupos. Lo demás tuvo que hacerse poco a poco. Informando incansablemente. Convenciendo a los dirigentes de los sindicatos independientes, hablándole a las bases. En algunos sindicatos bajo control charro, o bajo control de traidores dizque independientes como Ortega Arenas, tuvimos que brincarlos a las direcciones y llegar a la base.

Jorge Belarmino Fernández

La solidaridad no sólo se construyó pidiendo. Se construyó dando, yendo a ayudar en la medida de nuestras posibilidades. A pesar de estar en lucha hicimos tantos actos de apoyo como pudimos. Y ahí fue donde se construyó la solidaridad con Spicer, en nuestra solidaridad con los que luchaban.

Ningún movimiento sindical a pesar de estar en conflicto ha estado en tantos actos de apoyo a otras luchas como el de Spicer. Fuimos a todas las manifestaciones de apoyo a los electricistas que pudimos, acompañamos a los de Mexicana a lo largo de toda su lucha. Participamos en decenas de mítines de colonias. Acompañamos a los de Shatterproof en el estallido de su huelga. La comida que nos sobraba a veces la llevamos a huelgas chicas más necesitadas que nosotros, como la de Alteza o la de Bujías Multicare, y así. Si algo lamentamos es no haber podido ayudar más. No fue por falta de ganas.

La solidaridad más importante en aquella época fue la de los compañeros de Mexicana de Envases, la sección hermana del Sindicato del Hierro. Llegaron a venir hasta veinte compañeros todas las noches a hacer guardias con nosotros. Los sindicatos independientes y algunas colonias, sobre todo la Martín Carrera y La Presa, fueron quienes nos sostuvieron aquellos treinta y ocho días.

Fue un apoyo muy parejo. Se notaba hasta en los camiones, cuando nos subíamos a botear. Todos cooperaban. En la Universidad hacían pintas y colectas especiales todos los jueves, día que fue declarado día

San Ecatepec de los obreros

de Spicer. Los colonos de aquí enfrente, de La Presa, se metieron de lleno en la huelga: además de todo el apoyo económico y moral que nos dieron, estaban dispuestos a jugársela con nosotros. Nos dijeron: “Si les mandan a la policía, ustedes nomás manden a alguien a tocar las campanas de la iglesia y allí nos bajamos todos a apoyarlos”.

Ahí fue que las autoridades se tuvieron que agachar. Ya estaban contra los obreros de muchas fábricas y de muchos países, apoyados por colonos y estudiantes. La cosa ya estaba pareja, aunque les doliera. No se atrevieron a declarar inexistente la huelga y decidieron darle largas al asunto, esperando que nos desinfláramos.

Así fue como paramos el primer ataque en serio de la empresa. Desde entonces las cosas las vimos distintas. Tuvimos más conciencia de quiénes eran nuestros enemigos, y quiénes los amigos. Desde entonces nos propusimos prepararnos para cuando entráramos a trabajar. La bronca era demasiado dura como para ganarla toda en una sola huelga.

Empezamos a discutir y a organizarnos para pelear desde dentro, para responder desde las máquinas e imponer de hecho el poder obrero y el sindicato independiente. Todos los días hicimos asambleas por departamento y por puerta y teníamos pláticas.

El corazón y la columna vertebral de la huelga

En las guardias de doce horas, que hacíamos divididos en dos turnos, construimos la organización real de

Jorge Belarmino Fernández

nuestro sindicato: las pláticas sobre el poder obrero fueron creando su motor y dirección; la organización departamental se convirtió en la transmisión, los ejes y el diferencial.

Para mí el Poder Obrero es la lucha directa para destruir el poder de los patrones, para vencer su fuerza y destruir su organización; la lucha directa para ganarles la dirección de la producción y hacerles pedazos sus ideas, su seguridad, su orgullo y sus órdenes, e imponer a cambio nuestra fuerza, nuestra organización, nuestra dirección, nuestras ideas. Así entiendo el poder obrero, así lo entendimos todos en las pláticas, y así lo llevaríamos allá dentro. Además, las pláticas fueron sacando a la luz ideas que teníamos desde hace tiempo en la cabeza sobre quiénes son los patrones, quién la clase obrera, qué es el gobierno, qué es la explotación, cuál es la historia de las luchas obreras.

La plática que se dio en todas las puertas sobre el poder obrero fue sencilla: explicaba los mecanismos mediante los cuales los patrones dirigen la fábrica y el mundo, y cómo estos mecanismos podían ser rotos.

Ante los patrones que dirigen la producción; poder obrero. Ante el poder patronal que marca los ritmos de producción y los turnos; poder obrero. Ante el poder patronal que establece quiénes son los que dan las órdenes y que éstas deben ser siempre obedecidas; poder obrero. Ante el poder patronal que decide quién tiene trabajo y quién no, cuánto se cobra y cuánto no; poder obrero. Ante el poder patronal que

San Ecatepec de los obreros

nos desune, nos felicita o nos regaña, nos asciende o nos castiga; poder obrero. Ante la ideología patronal; poder obrero. Ante la mentalidad patronal de esto es bueno, esto es malo; poder obrero.

Yo entendí muy bien lo del poder obrero. Lo que pasa es que desconfiaba que se pudiera realizar. Se me hacía pura ilusión. Pero poco a poco fui entendiendo que era como un edificio de lucha que se levantaba sobre algunas piedras grandes; en lugar de negociar, actuar.

Todos juntos, nunca presentarnos solos, siempre en bloque. Quitarles de las manos la confianza. Hacer lo que se nos daba nuestra chingada gana. Pero hacerlo no por la voluntad de uno, sino con la base de la organización departamental. Así lo entendí yo, y así lo hicimos.

También organizamos festivales los domingos. Algunos dicen que los festivales ayudan; nosotros no estábamos del todo convencidos, pero la verdad es que sí ayudaron... En cien días de lucha escuchamos miles de canciones revolucionarias, algunas medio pesadas, otras buena onda; vimos hartos teatreros y hasta un mago solidario con la huelga: "Aquí tenemos a los charros, soplamos dos veces y... ¿qué pasa? Soplamos tres veces, soplamos cuatro y ¡chingó a su madre el charro!" El mago acompañó a la huelga en sus momentos más difíciles y en los mejores también.

Y qué decir del conjunto Hawaii: "Nosotros nos solidarizamos con la huelga, por eso nos vestimos

Jorge Belarmino Fernández

de rojo y negro. Y ahora, para todos los caballeros y damas que los acompañan: ¡Mazatlán!”

De la huelga salieron animadores y compositores, seis corridos y un bolero; un compa fue capaz de sostener él solo un festival en La Presa frente a trescientas gentes durante cuatro horas. Hasta exagerábamos a veces. Una vez tuvimos a la Conga Obrera de puerta en puerta, hasta seis horas, porque en todos lados los hacíamos repetir.

Aumentó mucho la unión y la participación entre todos nosotros, a pesar de los rumores y chismes que metían los perros de oreja, porque todos podíamos hablar claro delante de todos y los problemas se discutían de frente. Lo hacíamos en las departamentales. Primero creíamos que eran algo así como reuniones nomás pa variarle. En las puertas más organizadas no fue difícil armarlas, porque sólo tenían dos o tres departamentos revueltos. La puerta uno, famosa por su eterno desmadre, a la que iban y venían comisiones visitantes, con veinte departamentos ahí revueltos, juegos de dominó eternos, cantantes, magos, teatreros, grillos turistas, cineastas fantasmas, policías. En esa puerta fue un desmadre armar la departamental, pero se consiguió.

Ya luego entendimos de qué se trataba: organizarnos de la misma forma en que estábamos divididos a la hora de estar trabajando, por departamento de producción. Los de engranes con engranes, los de mantenimiento con mantenimiento, los de ensambles con ensambles, y así hasta los veintiocho grupos en

San Ecatepec de los obreros

donde todos conocieran a todos, donde se pudiera discutir más a fondo que en la asamblea y de donde salieran proposiciones a la asamblea general.

Ahí podíamos discutir problemas personales como criticar a los derrotistas, a los desmoralizados... y también a los huevones, ¿cómo no? También en esas asambleas departamentales se podía controlar el trabajo diario y repartirlo; cosas que es necesario hacer, pero que en la asamblea se armaría un relajo quererlas resolver.

También en las departamentales podíamos discutir con más cuidado problemas más serios, como qué es un sindicato revolucionario, qué es el charrismo, por qué nuestro sindicato es diferente.

Y ahí preparamos la resistencia en el interior de la fábrica, formamos comisiones de control obrero sobre la dirección, las finanzas y los errores de la huelga y un chingo de cosas que salían de todos, porque a nadie le daba pena decir esta boca es mía. Nos enseñamos a adueñarnos de las decisiones.

A todos se nos informaba completamente de cómo iban las finanzas y las pláticas con las autoridades y discutíamos qué había que hacer en cada momento, pero al mismo tiempo dábamos ideas de cómo evitar que los supervisores nos dominaran cuando entráramos a trabajar para hacernos producir más o dividirnos.

La empresa, mientras tanto, se dedicó a su viejo juego de utilizar a los del sindicato minero para querer asustarnos o comprarnos. Los mandaron por

Jorge Belarmino Fernández

acá, a veces hasta armados, y nos agarraban cuando andábamos solos. Entonces nos recitaban las canciones que les habían enseñado los charros para crearnos desconfianza o darnos miedo. Algunos llegaron a provocarnos, pero siempre los dejábamos igual que a los charros: hablando solos.

Contraatacamos al minero haciendo marchas en la noche frente a su local. Una vez los colonos los amenazaron con tumbarles su letrero a pedradas. Al día siguiente, cuando nadie los veía, los mineros lo quitaron.

También emplearon otra táctica al mismo tiempo: enviaban cartas o mensajeros a nuestras casas, a las esposas o las mamás de nosotros, acusándonos de no sé qué mentiras y haciendo amenazas.

Las mujeres

Nuestras esposas y mamás reaccionaron al revés de como ellos pensaron. Le entraron con más ganas al movimiento.

Desde el principio nos apoyaron mucho. Hasta se organizaron entre ellas y trabajaron duro. Formaron brigadas que organizaron la ayuda de los de La Presa, Martín Carrera, San Agustín, Providencia, Ticomán, Zacatenco. Consiguieron varias entrevistas para presionar a Muñoz Ledo, Zertuche, Hernández, López Mestre, y si no las querían recibir, le entraban por la fuerza.

“A mí no me dejaba participar mi marido. Decía: ‘Esto es cosa de hombres’, el muy macho. No

San Ecatepec de los obreros

fue sino hasta las primeras acciones que realizamos, que comprendió que era una lucha de todos. Lo que nunca nos dejaron hacer era las guardias. En todo momento nos tuvimos que ganar a pulso el derecho a participar en nuestro lugar en la lucha de Spicer.”

La verdad es que jugaron un papel decisivo. Se convirtieron en la columna fundamental de apoyo y aliento para todos nosotros.

Muchos grupos políticos de izquierda se acercaron a nuestra lucha. Lamentamos decir que de la mayoría no guardamos buenos recuerdos. Llegaron a ver qué sacaban, a criticar desde las sombras, a dividir. O a ver los toros desde la barrera. Pocos llegaron a servir y a sumarse. Muchas veces les dijimos que si querían criticar lo hicieran en la asamblea.

En la mayoría de los casos no se aparecieron. Otras veces, las menos, lo hicieron, pero sólo para insultar, para explicarnos que nuestros dirigentes eran “reformistas”, “oportunistas”, “economicistas” y quién sabe cuántas chingaderas más. Siempre les respondimos lo mismo: “Si no les gusta la lucha de la clase obrera y no están dispuestos a compartirla: a la chingada”. Las “sectas” se negaban a reconocer que la lucha obrera, así como suena, éramos nosotros, y ellos los espectadores, los mirones.

La lucha no siempre iba para arriba. Muchas veces prendió el cansancio entre nosotros. Y no era el cansancio de uno o dos, era el cansancio de todos. De repente una puerta entera estaba agüitada, nadie quería hacer nada, no había los voluntarios que siempre se

Jorge Belarmino Fernández

presentaban para las comisiones.

Hasta para traer los frijoles o cortar leña nos hacíamos del rogar. Coincidió con que dos o tres de nosotros fallábamos a las guardias y nos íbamos de borrachos. Esto se dio muchas veces, durante la huelga. Siempre coincidía con los momentos en los que después de haber dado un gran empujón (una manifestación, un mitin, un gran apoyo solidario), no teníamos clara idea de cómo seguir la lucha.

Contra el desgaste usamos dos recursos: sentarnos a discutir qué seguía, echar imaginación, planear nuevas acciones; o lanzarnos en campañas de autoagitación. Una noche los de la puerta tres discutimos qué era eso del desgaste, del cansancio, y decidimos hacer una manifestación hasta la puerta uno para decirle a los compañeros que estábamos firmes.

La manifestación, de unos cincuenta compañeros, se fue gritando todo el camino, en descampados, en una vía del tren solitaria, en una carretera vacía. Ahí tronamos la garganta para oírnos solos. Pero qué sabroso, carajo. Nuestro nuevo grito fue: "Ante el desgaste: ¡poder obrero!". Los de la puerta dos contestaron con otra manifestación.

Nos pasamos la noche de manifestación en manifestación. Pueden decir que estamos locos, pero nos sentíamos mucho mejor; y de pasada espantamos a los del minero al pasar frente a su local y agitar un poco a los terceros turnos de las fábricas de al lado y a los trasnochadores de la colonia La Presa.

San Ecatepec de los obreros

El desgaste puede ser derrotado, si es analizado. El cansancio está en las cabezas y en la baja conciencia. Los espías de la empresa estaban desconcertados. Por eso no nos podían vencer, porque no nos podían entender.

El desgaste es en parte falta de lucha clara: los enemigos se vuelven oscuros, no se les encuentra por ningún lado, se pierden de vista. Empezábamos a recortarnos unos a otros. Nos escogíamos como enemigos a nosotros mismos, imaginándonos fantasmas y exagerando las sombras. Los problemas personales se hacían frecuentes, hasta que reaccionábamos y nos lanzábamos otra vez contra enemigos reales en una lucha clara.

Lo único que logró la empresa con todas sus marrullerías fue darnos más coraje para la lucha y traernos más apoyo. Cada día ponía más al descubierto su porquería. Además todo el tiempo que dedicó a tratar de bajarnos los ánimos y comprarnos, como si fuéramos igual que ellos, nos sirvió para unirnos más y organizarnos mejor para cuando entráramos a trabajar.

Sí, ya para cuando llevábamos casi un mes de huelga, todos sabíamos perfectamente cómo responder a las agresiones y provocaciones de la empresa a la hora de estar trabajando, y estábamos seguros de que iban a ser respuestas parejas de todos los compañeros. Ya nadie iba a estar solo allá dentro.

Por esas fechas la empresa quiso dar el golpe decisivo a nuestro movimiento. Los charros de la

Jorge Belarmino Fernández

FAO ya estaban derrotados desde antes de la huelga. Para inclinar la balanza a su favor, a la empresa sólo le quedaba atraerse a unos charros más pesados. Entonces hizo que la FAO le pasara el contrato colectivo a los del sindicato minero. Hasta sacaron grandes desplegados en los periódicos anunciando el “traspaso”.

Pero ni así pudieron. El 5 de agosto les contestamos con una marcha a la que asistieron siete mil compañeros, pero siete mil compañeros que asistieron por sus propias pistolas, sabiendo lo que querían y apoyándonos auténticamente.

Dos días después, a la empresa no le quedó otra que sentarse a firmar el convenio y concedernos lo principal.

Se levanta la huelga

Así, la presión a las autoridades le fue llegando a la empresa, que además estaba agarrada económicamente. Por eso le impusimos que se sentara a dialogar. Y se logró el esquema de un convenio. ¿Nos equivocamos al levantar la huelga? ¿Quién sabe?

En aquel momento, la posibilidad de la represión se veía cerca. Con la huelga declarada inexistente las autoridades se lavaban las manos del conflicto y la empresa podía presionar a las autoridades del Estado de México para que nos echaran a la policía. Por otro lado, el entrar a trabajar ponía la lucha en otros términos que a nosotros nos convenían. Permitía que recibiéramos algún dinero, y nos lanzáramos a probar, ante las agresiones que sabríamos vendrían de la empresa, el poder obrero que habíamos estado ensayando

San Ecatepec de los obreros

en las reuniones departamentales. Por eso se aceptó el convenio. Porque nos parecía que era un buen punto de partida para seguir en la lucha por el sindicato independiente.

“El convenio no era tan bueno como hubiéramos querido, pero detenía una represión que cada día veíamos más cerca y garantizaba algunos de los puntos de lucha que más nos habían preocupado: que la inspección se hiciera de inmediato, que no entraran nuevos trabajadores a laborar, la reinstalación de los despedidos, el veinticinco por ciento de salarios caídos, el reconocimiento en las negociaciones de nuestro comité, así como un compromiso de no represalias y prolongación de contratos individuales por cuatro y seis meses más. Si cumplían el convenio, con lo ganado en la lucha, con lo aprendido y con lo organizados que nos encontrábamos, podríamos derrotar a la empresa en el interior de la fábrica.”

Pero no nos hacíamos ilusiones. “Estábamos concientes de que los papeles firmados sólo se respetarían si eran hechos valer por medio de la fuerza organizada de los trabajadores”.

La semana del poder del obrero

Se entró a trabajar con la clara conciencia que íbamos a la guerra. A los pocos de nosotros que no lo entendían así, y que guardaban esperanzas en el convenio, pronto la realidad les dio de cachetadas.

Dos ejércitos entraban a la fábrica el viernes: uno, el patronal, entraba dispuesto a pasarse por debajo

Jorge Belarmino Fernández

de los huevos el convenio. Sus fuerzas: capataces, supervisores (salvo honrosas excepciones), ingenieros, perros (FAO) y charros (mineros), con la ayuda más o menos disimulada de las autoridades, que se supone deberían hacer la inspección en un día o dos y fijar fecha de recuento.

Nosotros íbamos setecientos cincuenta, fogueados por la huelga; con ideas claras de lo que teníamos enfrente y una buena conciencia, táctica y organización.

El plan de la empresa consistía en meter esquirols poco a poco para que los fuéramos entrenando, posponer la inspección al infinito e imponer su poder sobre nosotros a través de la presión, las amenazas, los gritos, las órdenes, el terror...

El viernes trataron de meter esquirols y los sacamos donde los descubríamos. Metieron cinco en un carro y hubo un paro general hasta que salieron corriendo de la planta.

La producción no se normalizaba ni se normalizaría mientras siguieran agrediendo. Tuvimos que organizar la resistencia con una velocidad enorme. Los primeros choques fueron en el segundo turno.

En el departamento de calabazos se trató de imponer a Rangel que entrenara a un esquirol. Éste se negó. El supervisor, que no reconocía a nuestros delegados, no quiso hablar con ellos y entonces el departamento detuvo la producción. Corrió la voz por la planta, llegó un ingeniero, la raza se le hizo

San Ecatepec de los obreros

bola y el ingeniero retrocedió. Tuvieron que llevarse al esquirol.

Las autoridades inspeccionaban seis o siete por día y los capataces y supervisores recorrían la línea amenazando. Entonces chocaron dentro de nosotros dos posiciones que se hicieron muy claras en las asambleas de turno del martes: la mayoría sostenía que además de los paros generales de turno, dirigidos por el Comité de Lucha, cada departamento tenía autonomía para dirigir sus propias acciones contra las agresiones de la empresa. Así se decidió, y por eso la guerra que se desató en la planta era una guerra constante, sin frentes de batalla, que estallaba y se detenía inesperadamente, volviendo loca a la empresa, que sentía cómo su poder se caía a pedazos y cada vez era menos dueña de la planta.

Los charros del minero su presentaban todos los días a las entradas y las salidas de los turnos y provocaban con su actitud. La policía hacía también acto de presencia.

La primera provocación se armó en la mañana en el departamento de ensamble; un esquirol le rompió un pómulo a Lucas con un fierro. Todo ensamble paró y se lanzó sobre el agresor que huyó corriendo, fue perseguido por toda la planta hasta que se escapó. El paro de ensamble se prolongó hasta garantizar que la empresa despidiera al minero.

En el segundo turno continuaron las agresiones y las respuestas. Un compañero acusado de tortuguismo en flechas fue reportado y se respondió

Jorge Belarmino Fernández

con el paro. Además se impuso que la negociación fuera a través de nuestros delegados. En otros departamentos nos negamos a recibir los reportes. Los ritmos de producción y la forma de realizar las operaciones las decidíamos nosotros. De turno a turno se corría la voz para igualar la producción.

Mantuvimos sobre los esquirols y los capataces una guerra ideológica permanente. Ley del hielo, desobediencia, respuesta firme. A veces todos nos quedábamos mirando a uno hasta que no sabía dónde meterse, quería que se lo tragara el suelo.

Los grandes cacas de la fábrica adoptaron dos posiciones: o sonrientes y zalameros, o déspotas y agresivos, pero las dos actitudes nos resbalaban. Sabíamos quiénes eran, y sus pinches gestos sólo nos servían para ver el calibre moral de estos perros de presa del capitalismo. Sosa era de los segundos. Y así le fue. El departamento de relaciones industriales había sido centro permanente de represión y venganza antiobrera. Así le fue a Sosa. Uno de aquellos días estaba gritándole a la raza y volteó para ver en el pizarrón de “sugerencias” una pinta. “Sosa, chinga a tu madre”.

Los baños estaban llenos de pintas y a poco éstas se fueron extendiendo a los talleres. La empresa nunca pudo durante aquellos diez días controlar las paredes y cada vez que pegaba un comunicado éste era despegado o manchado con aceite.

La empresa despidió a Lucas con el pretexto de que había provocado la protesta, y el martes adopta-

San Ecatepec de los obreros

mos el método de meterlo a fuerzas. “Reinstalación a huevo”, se llamó la operación. En la mañana lo metimos dentro de la bola y los vigilantes que intentaron despedirlo fueron barridos por la ola. Lo pusimos en su máquina durante tres días. Como no lo quisieron reinstalar, cambiamos de táctica.

En otros departamentos comenzó la guerra psicológica. A los perros se les ladraba todo el día: “gua, gua”, y cantábamos una de las canciones del movimiento: “No nos moverán”.

El martes, a la salida del primer turno y entrada del segundo, los mineros, que eran unos ciento cincuenta, se acercaron a provocar, tratando de entrar a trabajar. Los del segundo turno colocaron las rejas y comenzó un mitin: “No pasan, no pasan”; “Fuera charros del minero”; “Obreros sí, charros no”. Nos negamos a entrar a trabajar hasta que se retiraran los charros. Entre nosotros y los mineros quedaron seis compañeros de los asesores del Sindicato Nacional del Hierro. Bien pegados a la reja porque si los trataban de agredir los charros, los metíamos a la fábrica. Llegó la policía y se desplegó. Patrullas y policías montados con escopetas.

Uno de los asesores se acercó a un policía y le preguntó:

—¿Quién dirige la operación?

—Aquí, todos, contestó el policía.

—¡Ah, carajo!, qué policías tan democráticos.

Aquello olía muy feo. Menos mal que los del primer turno se dieron cuenta y empezamos a salir

Jorge Belarmino Fernández

en bola. Al ver que éramos muchos, los mineros se retiraron y el primer turno salió a su asamblea en marcha.

El miércoles, el departamento de ensamble comenzó a realizar paros exigiendo la reinstalación de Lucas. Media hora trabajaban y luego paro. Todo el primer turno se sumó a los paros. Se hicieron tres paros generales de quince minutos.

El viernes en ensambles se gritaba: “Lucas, escucha, tus cuates en la lucha”, y se oía el grito por toda la planta. La primera vez que Lucas lo oyó, lloró de la emoción.

Cruces iba caminando por el patio cuando tocó la hora de paro. Miró su reloj y ahí se detuvo. A su lado se detuvo un montacargas con otro compañero, y ahí se quedaron platicando mientras duraban los quince minutos. Ahí llegó el supervisor a echarles la bronca, pero lo tiraron de a loco hasta que el paro acabó. Luego le dijeron: “Ahora sí, ¿dígame?” “¿Van a seguir haciendo paros?”, gritó el supervisor. “Algunos”, contestó el compañero.

En el departamento de Salustiano el supervisor invitó a los perros a tomar café, y el departamento paró la producción porque estaba prohibido tomar café según el reglamento interno. “O todos o ninguno”, dijeron a coro, y le quitaron la cafetera al supervisor... Y se lo bebieron.

Después de los primeros días, empezamos a romper los reportes que nos entregaban los supervisores. Otra medida que se tomó en algunos

San Ecatepec de los obreros

departamentos fue pedir que cuando reportaran a uno, reportaran a todos. Esto unido a que se acosara a las autoridades laborales para que desarrollaran rápidamente la inspección. Al principio tener ahí a los inspectores de la Secretaría del Trabajo nos frenaba, luego, cuando vimos la calaña de esos cabrones, ya no nos frenaba nada. Cada vez que se paraba, se asomaban desde los ventanales de las oficinas a ver qué estábamos haciendo.

Lo primero que se quebró, fue el miedo. Actuábamos como un solo hombre, coordinados, sintiendo detrás de nosotros todo el peso de la fábrica y todo el poder. Luego perdimos el respeto a las estructuras del poder patronal. Una vez un gerente de producción se metió en medio de un paro a tratar de romperlo y hasta patadas le dimos, tuvo que volver a subir las escaleras guardando la figura.

Nos burlamos de ellos como nunca: “Están haciendo un paro, eso es ilegal”. ¿Cuál paro?, respondíamos. Simplemente ustedes no están cumpliendo el convenio y nosotros no estamos a gusto.

El miércoles, la asamblea del segundo turno salió en marcha desde el local del cine Guevara en La Presa y llegó cantando hasta las puertas de la fábrica. Cuando los vigilantes esperaban que nos paráramos para checar tarjetas y entrar, seguimos en marcha hasta el interior de la empresa.

Llegamos hasta donde estaban los inspectores que habían trabajado un chingo ese día (habían

Jorge Belarmino Fernández

inspeccionado a ocho compañeros en ocho horas) y los presionamos con un mitin.

A partir de ese momento, las marchas se sucedieron en el interior de la fábrica, manifestaciones de diez a cien compañeros a cada rato. Cada grupo que terminaba su trabajo salía hacia el comedor en manifestación, se regresaba de comer en manifestación. Y todas ellas coreando consignas.

El segundo turno hizo tres paros el miércoles para imponer que se hiciera más rápido la inspección. Cada uno de esos paros de quince minutos fue acompañado de gritos y cantos. Era tan contagioso, que la mayoría de los esquirols comenzaban a jalar con nosotros en los paros.

La estructura patronal estaba destruida. Muchos supervisores querían renunciar (presentaron sus renunciaciones como quince), los gerentes de producción ya no bajaban a las líneas. Mestre, el gerente general, una vez que se asomó y le chiflaron, ya nunca volvió a aparecer. Éramos los verdaderos dueños de la empresa.

La presión los obligó a que aceleraran la inspección y el jueves inspeccionaron a ochenta. Ese día suspendimos los paros generales y sólo sostuvimos el tortuguismo para obligar a la empresa a que no obstaculizara la inspección con artimañas, como había venido haciendo. Jueves y viernes fueron días de tortuguismo solamente. La producción bajó al diez por ciento. Éramos como un reloj que caminaba al revés, y no había capataz que pudiera enderezarlo.

San Ecatepec de los obreros

El viernes rematamos la semana del poder obrero con una presión tremenda al tomar la oficina de nóminas. Lo hicimos porque en nuestros sobres de raya venía descontada la cuota sindical para ser entregada al minero, y porque además había un descuento por una defunción fantasma, como antes acostumbraban los charros. Los tres pinches pesos no nos importaban, lo que nos importaba era que si se nos descontaban se le dieran a nuestro sindicato y no a los charros. El mitin volvió locos a los de nóminas, pero la empresa resistió. Firmamos sobres bajo protesta, y muchos ni los firmamos de recibido. Quizá lo más importante es que obligamos a la empresa a que le pagara a Lucas su semana. Todos los días que lo habíamos metido a huevo se los pagaron. Ahí sí doblaron las manitas.

Durante toda esa semana mantuvimos lazos con los grupos que nos habían apoyado en nuestra lucha. Participamos en dos visitas masivas a Mexicana de Envases donde la empresa había tratado de sacar la maquinaria. Un mitin frente a otra fábrica del charro Cerón, y una marcha de apoyo con los de Martín Carrera que pedían: “Abajo las rentas, que se acaben los basureros en sus colonias”.

La organización era sencilla: un comité de lucha, delegados departamentales que se reunían por turnos, asamblea de turnos, asamblea general, asambleas departamentales.

Íbamos combinando todas estas reuniones para tratar los problemas de diferente nivel que nos afectaban. Así se dirigía la lucha, o más que dirigirse,

Jorge Belarmino Fernández

se marcaban los rumbos que la raza pedía, se analizaba la situación, se preparaban algunas de las acciones, pero sobre todo, se marcaban ideas que adentro se aplicaban.

Mientras se organizaba la huelga, la dirección era el comité seccional y los asesores (unas doce gentes), que se ampliaba con los delegados departamentales más activos.

Durante la huelga, fue el comité de huelga, unos veinte compañeros, elegidos entre los más combativos; muchos de los que habían sido dirigentes en la primera etapa, dejaron de serlo en la segunda por desgaste.

En la semana del poder obrero la dirección la constituyeron los delegados departamentales (unos cuarenta compañeros). En el campamento de Zacatenco nuevos delegados departamentales probados por la lucha ocuparon lugares por reelección.

Y después, durante la huelga de hambre, nuevos compañeros llegaron a la dirección. Siempre fue una dirección compuesta de trabajadores de Spicer (enorme mayoría), asesores jurídicos, compañeros del Comité Nacional del Sindicato del Hierro.

Pero esta dirección pudo funcionar, ser útil, porque estaba firmemente clavada en la base. Porque ejecutaba acuerdos de asamblea general, porque consultaba siempre, porque promovía discusiones de puerta o asambleas departamentales. Porque en la gran mayoría de los casos sometía a referéndum sus proposiciones fundamentales.

San Ecatepec de los obreros

Si algunas veces se tomaron decisiones antidemocráticamente fueron las menos. En la mayoría de los casos, la democracia directa funcionó. Por eso pudimos estar más de cien días en pie.

El lunes 29 de septiembre hicimos una asamblea en un local que nos prestaron los trabajadores de El Ánfora. Allí decidimos cambiar nuestro campamento al quinto piso de la Secretaría del Trabajo para hacer más presión. Y allá nos fuimos.

En la noche del día que nos instalamos allá, el secretario nos dijo que le diéramos cuarenta y ocho horas de plazo para enterarse bien del problema, que porque era nuevo en el puesto.

Otra vez la misma canción: darle largas al problema para hacer que nos ablandáramos. Tuvieron el descaro de decirnos que las soluciones no se lograban por la fuerza y que nos fuéramos a otro lado, que porque si no otros trabajadores iban a seguir nuestro ejemplo.

El martes iniciamos otra forma de presión: la huelga de hambre. El secretario se asustó y hasta se comprometió a resolver en cuarenta y ocho horas el conflicto. Como es natural, no cumplió su palabra. Cuando se cumplió el plazo, tres de nuestras esposas se unieron a la huelga de hambre.

La decisión del estallido de la huelga de hambre fue una medida casi desesperada. Se tomó después de una kermés que hicieron los de Martín Carrera para apoyarnos. No veíamos ya formas de aumentar la presión, la solidaridad estaba disminuyendo.

Jorge Belarmino Fernández

Nuevamente entre nosotros había cansancio, agotamiento. Necesitábamos una acción que volviera a empujar la lucha de Spicer. Nos han criticado mucho la medida. Nosotros decimos: ¿nos quedaba de otra? Nos gusta tan poco como a ustedes, pero ¿nos quedaba de otra?

Sabemos que le estamos dando el placer a la empresa de ver cómo treinta de nuestros mejores compañeros y compañeras desfallecen. Le hacemos fácil a un capitalismo que ha estado matando de hambre a nuestro pueblo durante años, la muerte de un grupo de nosotros... Pero ¿nos quedaba de otra? Fue una medida desesperada y dio resultado. Nuevamente nos pusimos de pie, nuevamente comenzó a caminar la solidaridad. Nuevamente se levantó nuestra lucha. Ahora, no dejaremos morir a nuestros compañeros. Y si alguno cae, tiemblen, cabrones.

Desde que se fueron a la huelga de hambre, el apoyo y la participación ha aumentado mucho de nuevo. En la Universidad se han vuelto a organizar actos que además que nos ofrecen un apoyo económico fuerte, sirven mucho para presionar a las autoridades y extender nuestro movimiento para que muchos trabajadores y gentes del pueblo tengan conciencia de cómo están las cosas.

Se hicieron mítines en la empresa (¡volvimos nuevamente!) donde los charros corrieron, en las oficinas de la empresa, en el quinto piso de la Secretaría, que ya parecía nuestra segunda casa (no

San Ecatepec de los obreros

por los dueños, que nunca nos invitaron, sino porque a cada rato llegábamos y nos acomodábamos). Y luego los mítines en El Ánfora a los que acudieron organizaciones sindicales a darnos apoyo.

La ayuda más potente dada a nuestra huelga de hambre, ha sido el paro de dos horas realizado por los sindicatos de trabajadores y maestros de la UNAM, que junto con los estudiantes paralizaron la Universidad. Un paro que fue acompañado por ciento cuarenta y dos mítines que reunieron a todos los paristas y en cada uno de los cuales hablaron nuestros compañeros.

El mismo día que se fueron a huelga de hambre las señoras, participamos en una manifestación para protestar por los crímenes en España y dar nuestro apoyo a los trabajadores españoles, que llevan una lucha igual a la nuestra.

El todo por el todo

Los que la organizaron ya se estaban echando para atrás cuando estábamos todos reunidos. Pero nosotros ya sabemos que perro que ladra no muerde, y esperamos la marcha. Entonces se nos unieron los demás.

A nosotros nos importaba mucho esa marcha para manifestar que las luchas de todos los trabajadores eran una sola. Cuando empezamos nuestra huelga estábamos solos. Pero poco a poco se fue viendo claro quiénes eran amigos y quiénes enemigos, hasta que se convirtió en una lucha de todos los trabajadores contra los mismos enemigos: los patrones.

Jorge Belarmino Fernández

El lunes 20 de octubre, cuando se llevaban 21 días de huelga de hambre, las mujeres tomaron el quinto piso de la Secretaría de Trabajo y se realizó un mitin en el campamento, al que asistieron tres mil compañeros. Cerca de cuarenta organizaciones sindicales y populares dieron su solidaridad, que terminó con una marcha hasta la Secretaría, que tomó por sorpresa a la policía y que no pudieron impedir. Ese mismo día, en varios países europeos y en Canadá, se realizaron actos de apoyo a nuestra lucha, y en provincia hubo varios mítines de apoyo.

El martes 21 se celebró una nueva asamblea y se citó un nuevo paro en la Universidad para el día 22, una marcha en Azcapotzalco para el 23 y un mitin en el campamento el 24.

El fin de esta etapa de nuestra lucha se acerca. Para el mitin del viernes 24, nuestros compañeros de la huelga de hambre llevarán 25 días de huelga y la lucha de Spicer desde que se inició la huelga llevará 117 días. No estamos tratando de implantar ningún récord, nadie nos escogió en México para que jugáramos ese papel, no somos los mejores ni los primeros, otros han luchado más y más fuerte que nosotros, pero hemos estado a la altura del compromiso que nos echamos.

Para el día 119 del conflicto, “cercados por la presión económica y el agotamiento físico —escribían los compañeros—, nos encontramos ante la disyuntiva de la represión o la retirada”.

San Ecatepec de los obreros

En ese momento la Secretaría del Trabajo les puso un ultimátum. Como única alternativa se les ofrecía renunciar a la sección del Sindicato Independiente, a cambio de la reinstalación de cuatrocientos ochenta y cinco trabajadores, 45 por ciento de los salarios caídos, cien plantas para los eventuales, y liquidación al cien por ciento de los ciento veintisiete que debían quedar definitivamente fuera.

La asamblea general se preguntó: “¿Podemos sumar más fuerzas independientes en esta lucha, suficientes para derrotar al bloque patronal, al Congreso del Trabajo y al Estado? ¿Podemos seguir resistiendo la huelga de hambre?” Las respuestas fueron negativas, y en noviembre de 1975 se firmó el convenio propuesto por las autoridades.

El movimiento dejaba un mensaje final: “... sepan que Spicer no es el final de nada. Es el principio. Al menos para los que lo vivimos. Dondequiera que lo terminemos: en Spicer... fuera de Spicer... Sepan que nos hemos echado un compromiso encima: crear uno, dos, tres, cientos de Spicers, abrir camino a la independencia y libertad de la clase trabajadora. Empezar a cavar la fosa del capitalismo mexicano. Ése es nuestro compromiso”.

El lodo de verdad

Uno iba en los *pericos* de la línea San Pedro-Santa Clara, o en los de Huixquilucan, deshaciéndose de las falsas apariencias según los camellones, los aparadores; los edificios de la capital se esfumaban y se saltaba la

Jorge Belarmino Fernández

Sierra de Guadalupe o se cruzaba el Puente Negro. Pero volvía a encontrar esas falsas apariencias en la zona industrial. Si bien en esto y lo otro resultaban una mala caricatura que no engañaba a nadie, en tal y cual aspecto sorprendía no sólo a los que como yo nos habíamos criado en las clases medias dispuestas a creer la más boba mentira, sino a los propios obreros.

Aunque no lo hacían siempre y muchas fábricas reproducían el tradicional estilo carcelario de su arquitectura, algunas de las plantas de la nueva iniciativa privada gustaban maquillarse con modernas, atractivas fachadas, que correspondían a sus anuncios publicitarios y al aspecto de sus productos en los aparadores de las tiendas.

A Manuel se le paraban los pelos de punta, al observar las desastrosas instalaciones que había detrás de los modernos tráileres presumidos en las carreteras por su empresa.

Agustín tardó mucho en conciliar la vida en el interior de la empacadora en la cual trabajaba, y el criadero de perros que triturados al lado de carnes de la peor clase, terminaban convertidos en jamones y salchichas, con los pulcros artículos embolsados que salían de la última línea de producción y sus carteles y comerciales de tele.

Ramón no dejaba de sentir escozor al pasar junto al hermoso jardín de Formex, donde diariamente checaba tarjeta, y a la vuelta sortear como podía los escurrideros de materiales tóxicos que escapaban por la barda lateral. Y así hasta el infinito.

San Ecatepec de los obreros

Una verdad más se hacía perdediza allí: que la absoluta mayoría de los empresarios manufactureros habría fracasado no ya sin los extremos de explotación a su mano de obra, sino sin la abundancia y variedad de protecciones y subsidios que directa o indirectamente recibía del régimen: cierre de fronteras a la competencia, exención de impuestos, creación de infraestructura, fuentes de energía casi regaladas; controles de precios a los alimentos venidos del campo, que hacían posible pagar bajos salarios; defensa de la pobre calidad de sus productos...

Mi gusto por los charcos de deshechos químicos, que PIT II entendía, resultaba de encontrar en ellos una especie de pus que revelaba esa realidad interior de las factorías. O al menos una parte, porque los trabajadores y trabajadoras hacían otra, en mucho emocionante, conmovedora e incluso hermosa.

A nadie daba la impresión de preocuparle, en cambio, el desastroso aspecto de las colonias. Sin embargo, hasta ellas llegaba el mundo de embustes públicos en los cuales vivía el país, cuando se requería. De modo que un día los vecinos de Xalostoc vieron aparecer cuadrillas de albañiles, carpinteros y pintores en la Vía Morelos.

¿Qué hacían, trabajando a toda velocidad, de día y de noche, a cinco metros de las viviendas del lado poniente? Su primera obra terminada resultó desconcertante. Era el frente de mampostería de un pulcro, colorido hogar, que por su buena altura traía a la memoria las casitas de los pueblos.

Jorge Belarmino Fernández

Al cabo de una semana se contaban por docena, sostenidas en la espalda por cimbras de madera, y si se les miraba desde la Vía habían borrado cuanto había detrás. Su porqué era simple: el señor presidente de la República estaba a punto de hacer una gira por el norte del estado, que iniciaría en ese punto.

Un par de años después, los restos de la escenografía permanecían, para completar el disgusto de los habitantes de la zona, que en la San Miguel llevó a las señoras a juntarse. Demandaban agua potable y drenaje, pavimento, alumbrado, una clínica del IMSS.

Yo podía hacer románticas imágenes con el lodo, porque pasaba en la zona unas horas al día. Quienes vivían en ella no, según bien sabría Jorge el Celerín cuando de “agitador” de la Cooperativa se convirtiera en un obrero más de la Viveros:

El agua era de pozo y a veces no llegaba o llegaba verde. Te bañabas y quedabas como Hulk, todo lleno de lama. En mi casa, que estaba junto a un baldío donde echaba desperdicios una fábrica, las ratas, que parecían conejos, se metían y anidaban entre los mosaicos. Cuando era tiempo de lluvias te hundías en la calle al caminar. Si te ponías enfermo era un pedo. Si tenías seguro pero te ponías mal en la noche, ¡no! Y si no tenías, ¡puta!

El lodo, pues, era lodo, la cereza del pastel de carencias.

Los más tristes machos

La mayoría de los compañeros de Simón vivía en Ecatepec, pero la distribuidora de materiales de

San Ecatepec de los obreros

construcción, a la que le pondré el nombre de AESA, quedaba en el Distrito Federal. O eso creían ellos, nuestros abogados y los planos oficiales de la ciudad. Castillejos debió regresar por donde vino cuando fue a entregar la demanda para el registro del sindicato, y nos llamó:

—El domicilio que me dieron no coincide con el registrado por la empresa, que está en Naucalpan.

La distribuidora se había instalado estratégicamente en el justo borde entre las dos entidades y si las puertas que todos conocían, incluyendo los clientes, estaban sobre la última calle de la capital, en la parte trasera había otra para casos de emergencia como éste.

¿Y ahora qué? ¿Reiniciar el papeleo en la Junta de Toluca, perdiendo los seis meses anteriores y dejando advertidos a los patronos para que hicieran y deshicieran durante vaya uno a saber cuánto?

Don Armando sabía chino, metió un recurso y no podía asegurar, sin embargo, cuál sería el resultado. ¿El asunto terminaría echándose a suertes? No, querían garantizar el patrón de rubio, ondulado cabello y sus socios; y apareció la oportunidad para un charro: la firma al vapor de un contrato colectivo y la inmediata solicitud de expulsar al Grillo y otros, aplicando la cláusula de exclusión que la ley concedía a los sindicatos.

Nunca nada debía darse por perdido si, como era el caso, los trabajadores estaban resueltos a seguir adelante. Pero el proceso que se venía encima

Jorge Belarmino Fernández

representaba una extraordinaria cuota de arrojo y sacrificio, para en el momento más inesperado encontrarse con un almacén vacío.

¿Qué harían Simón y el resto de los despedidos, si eso sucedía y entretanto, boletinados en las empresas del ramo y en las que manejaban las organizaciones corporativas relacionadas con Godinez, el mafioso en turno? Había la posibilidad de encontrarles un puesto en los sindicatos liberados, como se hizo con Fidel, quien por esos tiempos iniciaba una ejemplar, militante historia en el SITUAM.

Decidimos varias cosas: sabotear a la compañía en el manejo y la entrega de materiales; amenazarla con descubrir sus marrullerías en la báscula instalada por las autoridades, en la que debían pesarse sus camiones, y hacerle una visita al charro, previa investigación de las empresas con las que trataba.

La oficina de éste quedaba en el centro del DF. Entramos sin hacer caso de los malencarados y la secretaria de la recepción, y nos plantamos frente al escritorio del tipo, diciéndole quiénes éramos.

—¿Qué quieren?

—Que suelte el sindicato.

No parecía que antes se las hubiera visto con una situación semejante y trataba de comprender, más bien por curiosidad. Y por eso, por curiosidad, preguntó:

—¿Así nomás?

—Esta es la lista de los contratos que tiene firmados.

San Ecatepec de los obreros

No sabía de qué hablábamos y revisó el papel.

—¿Y luego?

¿Luego? Blofeamos, como se hace en el poker:

—No te diremos cuáles, pero en tres de esas empresas vas a tener problemas ya.

No sabía si era verdad o no.

—¿Creen que van a meterme miedo?

—Creemos que debe pensarlo.

Estaba incómodo, no sabía improvisar y la prudencia se le fue al carajo, para ceñirse a los métodos conocidos:

—Pues no voy a pensar una chingada.

Mis veintiocho años de país cruel se hartaron:

—Te lo advierto: o sueltas o te mato.

En caliente estaba dispuesto a hacerlo, pero cumpliera o no la amenaza era la mayor muestra concebible de impotencia. Nos marchamos, y en el trayecto de regreso en los camiones fuimos cada vez más concientes de que el sindicato independiente y la reinstalación no prosperarían.

De cómo matar en vida

Un día al anochecer, Cristina fue a buscarme a nuestro local y me llamó aparte:

—Aquí afuera está una compañera.

—Que entre —le dije, y creí que me pegaría:

—¡No!, ¡sal tú!

La sombra hizo que me tomara un par de minutos reconocer a la joven y asustarme. Era la hermosa, desenfada que había encontrado varias veces

Jorge Belarmino Fernández

con nuestra amiga. Ahora los ojos miraban a ningún lado, el cuerpo parecía el de una mujer vieja y enferma, y temblaba de arriba abajo.

—Tranquila, tranquila —abrazándola le repitió Cristina, quien se volvió hacia mí. —¿A dónde podemos llevarla?

—Hay un médico —le contesté, y no me dejó terminar.

—No, a tu casa. Ve por un taxi al sitio —ordenó, confiando en que salir a las luces de la ciudad ayudaría a calmar a la muchacha, a la que le pondré el nombre de Marta.

Llegamos a mi departamento, Cristina pidió leche caliente a Coral, preguntó dónde estaba el baño, entró con la compañera y el vaso, y volvió después de que escuchamos caer el agua de la regadera.

Entonces nos contó: el jefe de línea le había pedido a Marta quedarse a hacer horas extra, la llevó con engaños a un rincón del patio, puso a dos perros de oreja⁵¹ a la entrada, y la violó. Sus gritos se escuchaban a muchos metros y nadie intentó acercarse. Luego dejó las sobras a los cómplices.

Nuestra indignación, que consideraba la inmediata puesta en marcha de una serie de acciones por parte de los sindicatos y los asesores, se topó con la negativa de Cristina. Porque nada, estaba segura, daría resultado, más que hacer pagar a los tres hombres sin meter ruido.

51. Así se llamaba a quienes servían y llevaban los chismes al patrón o al sindicato charro.

San Ecatepec de los obreros

Pasaba una y otra vez, dijo, y era la culminación de un sistemático hostigamiento a las trabajadoras, fuera y dentro de las fábricas: manos que en pleno galerón se posaban donde no debían, que hurgaban con descaro bajo la ropa en el sin escape de las oficinas... Ni las máquinas apuradas por los empresarios resultaban tan peligrosas como el placer de capataces y administradores por plasmar su dominio sobre las mujeres a su cargo. Y un hermético silencio rodeaba el tema.

Nada gastaba más que aquella manera de compeler no el cuerpo, del cual el acosador o el violador no se interesaban en verdad, sino el alma. La víctima no volvía a ser nunca la misma, perseguida por el recuerdo y por las miradas y las sonrisas mordaces que la desnudaban, lanzadas por el criminal y por quienes escuchaban los rumores.

Los propios compañeros se sumaban o iniciaban el juego que formaba parte del mundo de fantasmas crueles del corredor industrial y las colonias.

Pasada la noche en nuestra casa, Cristina se dedicó a reclutar compañeros. Un día, en el llano que debía atravesar para subirse al *perico*, el jefe de línea, efectivamente, pagó. No quise enterarme de cuánto. Los otros dos desaparecieron. De Marta sé que tardo meses en regresar a la vida.

Jorge Belarmino Fernández

Juan, Gilberto, Rosalío, Francisco y más poder obrero

El señor Campos le había tomado el pelo a los trabajadores de Alumex, para levantar la planta y hacer luego lo que se debía: terminar con las formas y mandar sin más. Cuando ellos respingaron despidió a dos, dio por resuelto el problema, instaló un nuevo horno, aumentó los ritmos y los accidentes vinieron en cascada. Fue entonces que los trabajadores resolvieron formar el Sindicato Independiente, y el empresario repitió la fórmula.

No le sirvió la dosis anterior, y fue subiéndola hasta echar a veintiuno. Parecía ignorar que había ido demasiado lejos, que la cosa se había vuelto personal y que “su gente” se vacunaba con cada nueva agresión.

Los que quedaron fuera firmaron una suerte de pacto de sangre con los de adentro: aguantarían a como diera lugar, mientras el resto hacía lo imposible por volver a la fábrica un infierno para el patrón. Éste dejaba caer el vidrio terminado, aquéllos estropeaban las herramientas, los de más allá pintaban las paredes o pegaban papeles en las máquinas, exigiendo la vuelta de Juan, Claudio, Rafael, Gilberto. Y cada sábado realizaban la colecta que permitía que estos dispusieran de tiempo y armaran borlote ante la Junta de Conciliación de Toluca y buscaran ayuda en Vidrio Plano, el SME, el STEUNAM, la Tendencia Democrática. Y para mitinear a las afueras de la factoría.

San Ecatepec de los obreros

Cuando los despedidos llegaban, en el interior se bajaba la producción y se levantaba un concierto de gritos, que no paraba ni si los jefes de turno y los policías de seguridad se acercaban con aire intimidante.

¿Y ahora, patrón, correrías a todos? ¿Qué pasaría con “la vaquita”, en el tinglado que se produciría? Las protestas arreciaron, y a las horas de entrada y salida, los del primer turno marchaban en fila hasta las oficinas, con la necesaria consigna: ¡Reinstalación!, ¡reinstalación!

En respuesta los acosaban, disolvían las reuniones de más de uno, se les acercaban para decirles al oído que pronto estarían fuera, etcétera. Ya quedaba claro, sin embargo: la planta no era territorio del patrón; era de quienes tenían en sus manos la producción.

Nada funcionaba frente a ellos, quienes se pusieron a hacer pintas en donde fuera, incluido el mismísimo sillón de Campos.

—Les vamos a mandar a la Judicial —les advirtieron a Juan y a los otros de la calle. Y sí. Más de una ocasión los golpearon durante los boteos y, como no entendían, los metieron en los carros, los llevaron a la cárcel, los interrogaron y los dejaron ir después de una paliza.

Resultaba imposible pararlos y el día del recuento por la titularidad del contrato, en las dos hileras en que la autoridad les ordenó separarse para mostrar su preferencia, en la de la CTM se formaron sólo dos de los trescientos. El charro Fragoso se

Jorge Belarmino Fernández

montó en su macho, se negó a reconocer el resultado, y convocó a una asamblea para fracasar vendiendo oropel. En días se dio por vencido.

La gran cuestión ahora era devolver a los despedidos, que para ese momento se habían contratado en Vidriera, una planta de los hermanos de Francisco Campos, donde se inauguraba un horno de vidrio plano. El 3 de agosto de 1975 se reinstalaron veinte de los veintiún que habían echado fuera. El que faltaba prefirió continuar en Vidriera.

Un año pasó todavía para que el señor Pancho aceptara al Sindicato Independiente, y el primer contrato colectivo en esencia no hizo más, ni menos, que ganar la afiliación al IMSS y el equipo de protección necesario. Para ello se habían requerido cinco años de dale y dale, que prepararon a los compañeros a conformar una organización de fuerza poco común.

La empresa tuvo que tragar la representación departamental y la discusión sobre las atribuciones de los empleados de confianza. En palabras de Juan:

—Empezamos a ver la forma de irlos atacando, de irlos parando cuando se pasaran de vivos. Se hicieron reuniones y se les dijo cuáles eran nuestras obligaciones...y cuáles eran las obligaciones de ellos...; cuál sería la forma en que nos deberían tratar.

“Entonces se vio que un empleado de confianza que quería mandar a un trabajador con chingaos y con groserías, o que quisiera hacerlo trabajar a fuerza, la gente respondería...; que se iría a ver a su delegado o

San Ecatepec de los obreros

a alguien del comité para que fuera a platicar con él y le dijera cuál era la forma de tratar a un trabajador.”

En 76, Campos volvió a las suyas y trató de hacer caso omiso de cláusulas pactadas. La primera era el pago en términos legales del trabajo durante la Semana Santa, al triple de lo normal.

—Ni loco —dijo.

De modo que un día Manuel y Claudio, dos compañeros muy combativos, detuvieron a la gente a la entrada del turno, y Pancho patrón dobló las manos.

Para ese momento, el hombre se había asociado a sus hermanos en Vidriera, y lejos de asimilar la experiencia de Alumex y transmitírselas, empezó a llevarlos al caos. Aquéllos, Salvador y Pedro, tampoco daban nada a lo fácil, pero eran personas sensatas, enamoradas de su trabajo, y no estuvieron de acuerdo en que Francisco forzara los conflictos laborales contratando a un sindicato cetemista.

Con el antecedente de Alumex y lo que sabían quienes entraron de Vidrio Plano, los de Vidriera no tuvieron problemas en registrar una organización autónoma y deshacerse de la CTM. El Campos mayor, crecientemente desquiciado, intentó primero imponer un comité y, al fracasar, se le ocurrió una genial idea.

Dio dinero a judiciales para secuestrar en la calle a los obreros más protestones y llevarlos a cárceles clandestinas, donde los retenían de seis a diez días. Cuando los liberaban su condición era tal

Jorge Belarmino Fernández

que requerían el envío a la Cruz Roja, y al volver a la fábrica se encontraban con despidos por ausentismo.

En el camino Pancho les robaba Vidriera a los hermanos. Se creía, pues, capaz de lo que había probado no poder: hacerse del manejo de las dos empresas y los dos sindicatos independientes. Tal arrogancia le costaría quedarse en la calle.

El diablo mayor

Los sindicatos independientes de la zona seguían su curso, sin requerir apenas de la Cooperativa, y los grupos que intentaban organizarse se habían reducido a muy pocos, cada vez con menor asistencia a las reuniones. Entonces en uno de ellos las cosas se reanimaron.

Pensábamos que salíamos del bache, hasta que alguien reparó en un detalle: Beatriz y Carmen acababan de incorporarse a nuestro trabajo. Venían de otros lugares de la zona metropolitana, tenían tanta experiencia como nosotros... y eran muy guapas. Es decir: los trabajadores volvían a juntársenos por verlas a ellas.

Si unos meses atrás nos habríamos reído del asunto, ahora nos caía peor que un recuerdo al diez de mayo. Porque antes su presencia habría sido bienvenida, pero no habría hecho más numerosas las guardias en la General o las asambleas departamentales en Trailmobile, o incidido en la intensificación del tortuguismo en Visa o en las lucha de los macheteros del Grillo, del rastro, Crinamex o Formex, o en las relaciones con los zacatecanos, etcétera.

San Ecatepec de los obreros

Andábamos de capa caída. En el municipio y en todos lados. De hecho ese había sido el motivo de los múltiples cambios que habían traído al par de compañeras a Xalostoc y anexas.

Había en ello crisis de distintos tipos. Por un lado, la de la insurgencia en los sindicatos, y por otra, la de los cooperativistas. La notable diferencia entre ambas estaba en que la primera se superaría, a la manera en que en Ecatepec enseguida probarían Kelvinator, los nuevos, enormes avances en Visa, Alumex, Vidriera y Trailmobile, y la creación de la Coordinadora Obrera. La segunda no tenía remedio.

No lo tenía por el desgaste y el descuido de nuestros futuros económicos. Habíamos apostado por un rápido desarrollo del movimiento, a nuestro alrededor se acumulaban muchísimas más derrotas que triunfos, y empezábamos a topar con la real dureza del sistema. Y las escuelas, los trabajos y en unos casos las necesidades ciertas o aparentes de los hijos, reclamaban decidirse o daban la impresión de hacerlo: estar aquí o allá.

Algo fundamental se rompía entre nosotros. Un día me puse furioso ante la exigencia de expulsar a un compañero por faltar un par de veces a un círculo. ¿No estábamos bajo el principio de que la coerción resultaba inútil en un grupo como el que formábamos? ¿Y no era cierto que nada ni nadie había peligrado por la ausencia del compañero, padre de familia con muchas más responsabilidades que quienes lo denunciaban

Jorge Belarmino Fernández

escandalizados? Tenía razón, pero efectivamente los incumplimientos del compañero señalaban el inicio de una voluntaria marcha, que los denunciantes intuían.

A la vez yo empezaba a convertir en insufrible problema, lo que hasta ahí me parecía normal y que estaba regido por el mismo principio de respeto a la libertad: la parsimonia o el poco compromiso de algunos. Ahora veía en eso lo que me parecía un deleznable cálculo para no arriesgar el puesto o la licenciatura en la universidad, echando sobre los demás mis temores por la forma de ganarme el sustento. Como en la queja anterior, sin embargo, la mía tenía motivo e indicaba dos maneras de asumir al mundo, difíciles de conciliar.

La situación llevó a plantearse alternativas en las cuales no cabía la experiencia de quienes habíamos estado en Ecatepec: convertirnos o no en obreros y obreras, e integrar o no a la organización a los trabajadores más cercanos. En ambas votaciones, para mí desesperantes por absurdas, optamos por el sí.

En el caso de “entrar a la producción”, como se decía, me declaré a favor porque no sabía qué hacer con mi vida y con la de mi hijo. En cuanto a incorporar a los trabajadores y trabajadoras con quien había más confianza, mi posición era rabiosamente en contra.

No podía imaginar a Agustín, Simón, Nabor, el Jarocho, Luis, los Juanes y cualquiera otro más que se nos ocurriera, acompañándonos en largas juntas que a veces tocaban temas valiosos y a veces chatarra

San Ecatepec de los obreros

pura, entre un ambiente de clase media ilustrada, semilustrada o ideologizada hasta el aburrimiento. Me parecía despojarlos por completo del espacio, que hasta ahí era suyo, que supeditaba a quienes veníamos de fuera y en el cual yo encontraba el único serio camino a seguir.

En una reunión en que continuábamos discutiendo acaloradamente, después de la escena en el despacho del charro de los macheteros, me puse frenético. Era el pasito que faltaba. Esa misma noche en mi cuerpo, de la punta de los pies al cuero cabelludo, se pusieron a aparecer una especie de inflamaciones. A la mañana siguiente fui a dar al hospital.

Si mi drama tenía mucho de personal, reflejaba el de los cincuenta o sesenta mujeres y hombres de la Cooperativa, y el de ésta misma. Al cabo de unos meses la organización quedaba dividida en pequeñas fracciones que se odiaban mutuamente, y algunos de los que se habían convertido en mis queridos amigos terminarían pasándola casi tan mal como yo.

Los pocos que se convirtieron en obreros y obreras, dos o tres agobiantes años más tarde vieron desmoronarse también el sueño. Y varios de los demás pasaron un largo tiempo sin encontrar su lugar en el mundo, perseguidos por la idea del fracaso individual y colectivo.

Es cierto que en otras organizaciones de izquierda, proponiéndose algo semejante a lo que nosotros nos habíamos propuesto, unos consiguieron continuar y profundizar la experiencia. Podían

Jorge Belarmino Fernández

atribuirlo a una formación y una práctica más inteligentes, pero la diferencia estribaba, antes que nada, en las distintas circunstancias que les tocaron.

En cualquier caso todos nos declararíamos vencidos, y lo mismo sucedería con la insurgencia sindical. La responsable era la corte de diablos de los que hablaba Nabor, presididos por aquel mayor, que permanentemente amenazaba partir la tierra en dos para tragarnos: el llano poder, pues.

En cuanto a mí, no volvería a Ecatepec. Dejaba así a los hombres que más amaba: mi compadre, mi “comadre”, el sabio analfabeta, los zacatecanos, Mario... Se quedaban también los *pericos*, las mujeres de rebozo o suetercito gastado, el lodo, el cadáver en espera de resucitar, y la buena época que llegaría pronto. Nunca, hasta hoy, me repondría de ello.

De uno que somos todos

Una tarde poco antes de marcharnos, Coral y yo fuimos de visita a casa del Jarocho. Él estaba sentado en la puerta, con la mirada clavada en la tierra, mientras su señora entraba y volvía a salir, como si olvidara algo que no encontraría por más esfuerzos que hiciera, y la Negrita los contemplaba a través de las lágrimas, aferrándose a la muñeca entre sus brazos.

—¿Qué pasó? —preguntó Coral. Inés nos miró un segundo y se metió, jalando a la niña, y el hombrezote pareció no notar nuestra presencia.

Acababa de llegarles la noticia: el muchacho del retrato había muerto.

San Ecatepec de los obreros

Y no había campanas doblando, sino el viejo, ininterrumpido rugir de máquinas, de trenes y tráileres llevándose la mercancía.

Epílogo

A principios de los años ochentas me junté a un grupo de antiguos compañeros de la Cooperativa, para fundar una revista que tendría larga vida: Información Obrera. A través de ella comprobé que los trabajadores y trabajadoras que habían participado en la insurgencia sindical, se esforzaban en continuarla. Unos, como Luna el de Spicer, habían participado en siete movimientos desde la experiencia de 1975, fiel al compromiso adquirido en aquellos 123 intensos días: en lugar de terminar, la lucha comenzaba y había que llevar la semilla a otros lados.

Comprendí también que la insurgencia iba en plena caída, pero que paralelamente sus protagonistas habían alcanzado una gran madurez. Todos sabían que el cambio social era necesario, un buen número estaban preparados para hacerse cargo de la producción fabril, prescindiendo de patrones y administradores, y algunos tenían más claro que la mayoría de la izquierda, lo que ésta debía proponerse.

Ya no había tiempo, sin embargo. El capitalismo salvaje que llaman libre mercado, se expandía rápidamente por el planeta, sustentado en

Jorge Belarmino Fernández

una revolución tecnológica que terminaría con el obrero y la obrera tradicional. Ahora el grueso de quienes trabajaran en la industria serían apéndices de máquinas que no demandarían sabiduría e ingenio.

En el valle de México, tras el sismo de 1985 encontré a puñados de estos hombres y mujeres al frente de las organizaciones que respondían al vacío de poder dejado por un estupefacto régimen. Luego hallé a muchos, de taxistas o atendiendo puestos del comercio ambulante. Por las coladeras se iba una década y media de arduo trabajo, y centenares de miles de años sumados de conocimiento técnico.

Vino la formación del Frente Democrático Nacional, con la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia, y en las manifestaciones cuyo número estas tierras no habían presenciado ni en sus mejores tiempos, volví a andar junto a Fidel, Agustín y cientos más de los personajes de nuestro libro.

Veinte años después, al regresar a Ecatepec, en el Palacio Municipal me sentí en familia, y hoy sigo tentando a cambiar mi casa a algún lugar cercano a las del Jarocho y Manuel, seguro de que en un autobús o una esquina veré de nuevo a mi compadre, mi “comadre”, Luis Vázquez, las trabajadoras de Crinamex, los de AISA, los *visos*, la Lombriz, el compañero que hizo perdedizas las llaves de la puerta a los golpeadores en Cerro Gordo.

Así podría jugar dominó en el camellón de Pugibet, ir de visita al taller de Leopoldo y los hogares

San Ecatepec de los obreros

de Don Carlos y de la viuda y los hijos de Don Juan; sentarme a recordar y a descubrir el presente desde el camellón frente a la Brenner, contribuir a que el PRI y el PAN no volvieran a ganar las elecciones municipales. Y cuando mis hijos y mis nietos me visitaran, mostrarles la santidad que hay allí, donde mora el fantasma del colectivo Conde de Montecristo.

¿Verían ese fantasma también los al menos tres millones de habitantes del municipio? ¿Se darían cuenta de que el pasado y el presente no se explican sin él? ¿Lo descubrirían en las canas y los cuerpos empequeñecidos por los años, con los cuales se cruzan en la calle?

¿Dónde buscarían a los roleros de la Kreimerman batallando para que las varillas al rojo vivo no los atravesaran de lado a lado; a Fidel siguiendo la vía desde la Mexalit, María curándose el espanto con la mano de la hija que se apretaba a su brazo, el muchacho de doce años decidiendo en el tiradero de fierros que había que ganarle al hambre; a las guardias de Trailmobile, las charlas de Nabor, el Güitas dejándose rebanar la falange de un dedo, la desesperación de Martín, Cristina resistiendo a la policía; a las reuniones para preparar el tortuguismo en Visa, las pláticas en el billar de la San Miguel, el sabio sistema de votación de Simón y sus amigos; al sorpresivo mitin de Eduardo, los de Formex cruzando de una planta a otra, la desesperación de los de la General en la Loma; a los sabotajes dentro de Alumex

Jorge Belarmino Fernández

y Vidriera, la huelga de hambre en Spicer, los días de gloria de Kelvinator, los esfuerzos de organización de la Coordinadora Obrera, la tarde en que a Inés y a Mario les avisaron que ya no estaba más en el mundo el joven de la fotografía?



Jorge Belarmino Fernández. Nacido en la Ciudad de México en 1947, ha sido organizador sindical, periodista, historiador, guionista de radio y televisión, y colaborador de varias revistas culturales. Es autor, entre otras obras, de *Cuestión de Sangre*, dedicada a la intervención estadounidense en nuestro país, y de *Buscando a Belarmino Tomás*, su abuelo, dirigente minero y gobernador de su provincia durante la Guerra Civil Española. Forma parte del equipo de Para Leer en Libertad, que comparte charlas sobre historia en comedores públicos, tianguis de libros, preparatorias...